

6



ANIMATI

LAS

FIBRENCI



PQ2326

A183

1964

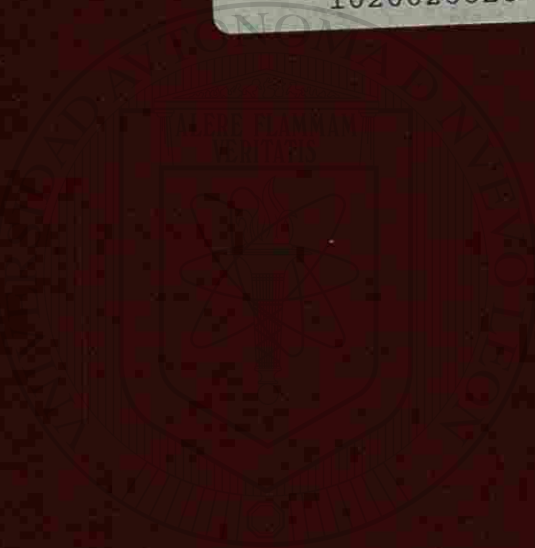
7584

R. C.

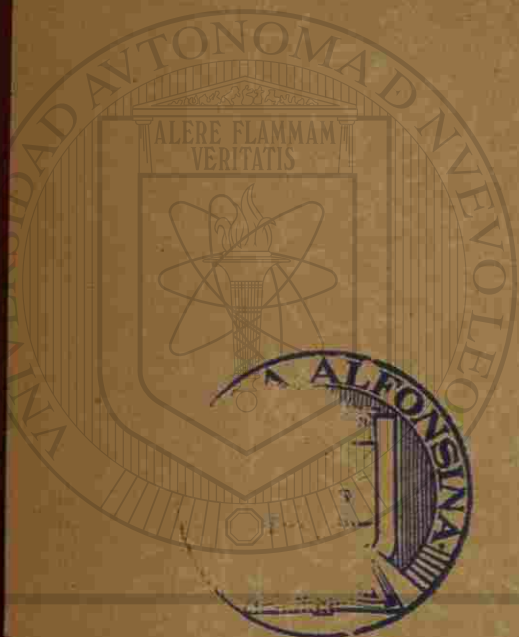




1020026628



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Covarrubias



LAS

CONFIDENCIAS

FONDO
POR
RICARDO COVARRUBIAS

ALFONSO DE LAMARTINE

Traducción de A. P. de los B.
CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.
LIBRERIA DE SAN MARTIN,
calle de la Victoria, núm. 9.
1864.

099473

30406

843

L.



PQ 2326

A183

1964

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

FONDO RICARDO COVARRUBIAS

ALFONSO REYES

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

88

Á

M. PRÓSPERO GUICHARD

DE BIEN-ASSIS.

(POR VIA DE PREFACIO.)

16 de Octubre de 1845.

Lleguemos al objeto de tu carta. Me preguntas: De qué naturaleza son esas *Confidencias* cuya publicacion en sus columnas anuncia un periódico inmensamente esparcido por Francia y por toda Europa; y te admiras con razon al ver cómo deo penetrar, viviendo aún, las miradas indiferentes de algunos millares de lectores de folletines, en las páginas domésticas de mi oscura vida.

«Semejante publicidad, me dices, profana los secretos del corazon; porque los folletines son la moneda falsa de los libros.» «¿Por qué cometes esa falta?» añade con esa franqueza algo ruda que es el estoicismo de la verdadera amistad. «¿Lo haces para

alimentarte con tus propios sentimientos? Cuanto más los entregues á los hombres, tanto menos te pertenecerán. ¿Por adquirir gloria? No hay gloria en la cuna, sino en la tumba de un número reducidísimo de hombres. La celebridad no es más que la gloria del momento, la gloria del porvenir. ¿Por adquirir dinero? En ese caso, le compras muy caro. Explicámeto todo, ó desiste, si es tiempo aún, de un empeño tan incomprensible para mí.»

¡Ay! amigo mío, voy á contestarte, empezando por confesar humildemente que tienes razon en todo cuanto me dices; y sólo despues que me hayas escuchado con alguna parcialidad en favor mio, confesarás tal vez tristemente que no he obrado mal. Escucha el hecho, tal como ha sido; una confidencia es tambien, y acaso no de las ménos indiscretas.

Recordarás aquellos tiempos de nuestra juventud, aquellos dias de otoño que iba yo á pasar contigo en el solitario castillo de tu madre, en el Delfinado, encima de la colina de *Bien-Assis*, elevada apenas sobre la llanura de Cremieux, como una oleada decreciente que lleva un navío hácia la costa. Aun me parece estar viendo el terrado cubierto de parras, el manantial que brotaba en el jardin debajo de dos sauces florones que acababa de plantar tu madre, y alguno de cuyos tallos se están sin duda deshojando ahora sobre su tumba; los inmensos bosques, detrás de los cuales resonaban por la mañana los ladridos de tus perros; el salon adornado con el retrato de tu padre, revestido con uniforme de oficial-general y ostentando en su pecho el cordon encarnado del anti-

guo régimen; y por último, la torrecilla llena de libros, y cuya llave no abandonaba tu madre, temerosa de que no la abriésemos sino en su presencia, para que no tocasen nuestras manos la *cicuta* en la yerba saludable, en aquella vegetacion frondosa y engañadora del pensamiento humano, donde crece la panacea tan inmediata al veneno.

Recordarás tambien aquellos viajes que hacias á Milly durante las vacaciones, en los cuales conociste á mi madre, que te queria casi como á un hijo. La gracia de su fisonomia, sus ojos impregnados en la ternura de su alma, el dulce y simpático metal de su voz, su sonrisa angelical, en la que se entreveia siempre la bondad, sin que manchara jamás sus labios la sombra de la más ligera burla, estarán acaso presentes todavia en tu imaginacion.

¿Y qué relacion hay, me dirás, entre todo eso, entre el castillo de Bien-Assis, la casita de Milly, mi madre y la tuya, y la publicacion de las páginas de tu juventud?

—Vas á verlo.

Mi madre habia adquirido con la educacion algo romana que recibió en Saint-Cloud, la costumbre de colocar un intervalo de recogimiento entre el dia y el sueño, como procuran los sabios interponer otro entre la vida y la muerte. Cuando todos se habian acostado ya en su casa, y dormidos sus hijos en las estrechas camas puestas alrededor de la suya, no se percibia en la alcoba más ruido que el soplo regular de sus respiraciones, el rumor del viento contra los postigos, y los ladridos del perro en el corral, abria

cautelosamente la puerta de un gabinete que contenía muchos libros de educación, de religión y de historia, se sentaba ante una mesita de palo de rosa incrustada de marfil y de nácar, y cuyas divisiones estaban marcadas con ramilletes de azahar; sacaba de un cajón varios cuadernos cubiertos de cartón ceniciento, á manera de los de comercio, y escribía en sus páginas durante una ó dos horas, sin levantar cabeza y sin que se detuviera jamás la pluma esperando la palabra que iba á trazar la historia doméstica del día, los anales del momento, el recuerdo fugitivo de las cosas y de las impresiones, tomado al vuelo y detenido en su curso ántes que viera á borrarlo la noche; las fechas prósperas ó tristes, los acontecimientos privados, las espansiones de inquietud y de melancolía, las palpitaciones de reconocimiento y de gozo, las súplicas fervientes que parten directas del corazón á Dios, las sensaciones todas de una naturaleza que vive, que ama, que goza, que sufre, que bendice, que invoca y adora; un alma escrita, en fin!...

Estas sensaciones, estampadas así en el papel, en sus últimos días, como otras tantas gotas de su existencia, concluyeron por acumularse y por formar á su muerte un inmenso y precioso depósito de recuerdos para sus hijos. Veinte y dos son los volúmenes que conservo; y cuando deseo volver á hallar, á admirar, á oír el alma de mi madre, abro uno de ellos, y al momento se me aparece.

Tú sabes que las costumbres son hereditarias. ¡Ay! ¿Por qué no lo serán también las virtudes?...

No tardé en imitar á mi madre, la cual, enseñándome aquellas páginas cuando salí del colegio, me dijo:

«Haz lo que yo: coloca un espejo ante tu vida. Dedicar una hora al estudio de tus impresiones y al examen silencioso de tu conciencia. Conviene mucho pensar durante el día, ántes de hacer tal ó cual acto: «Tendré que avergonzarme de ello al escribirlo esta noche.» Es muy grato además fijar las alegrías que se nos huyen ó las lágrimas que se desprenden de nuestros ojos, para volverlas á encontrar algunos años despues sobre estas páginas, y para decirse: «¡Esto me hizo dichoso! ¡Con esto otro sufrí!» De esta suerte se consigue comprender la inestabilidad de los sentimientos y de las cosas: así se saben apreciar los goees y las penas, no por su valor del momento, que nos extravía, sino por el de la eternidad, que es el único que no nos engaña.»

Escuché sus palabras y la obedecí; pero no fué al pié de la letra, porque no escribía todos los días, como mi madre, lo que me había ocurrido en el último. La agitación de mi vida, el impetu de las pasiones, el encadenamiento de los lugares, de las personas, de los pensamientos, de las cosas; el disgusto de una conciencia perturbada con frecuencia y que no hubiera contemplado muchas veces sin humillación y sin dolor, me impidieron seguir este registro de mis pasos en la vida con la piadosa regularidad de aquella santa mujer. Pero de vez en cuando, en los momentos de tranquilidad del alma, en las épo-

cas de soledad en que el corazón llama hácia sí los sentimientos y las imágenes, en los días muertos de la existencia en que se vive solo con lo pasado, escribía (sin cuidado y sin pensar en que se fijarian jamás otros ojos que los míos sobre estas páginas), escribía, digo, no todas, pero sí las principales emociones de mi vida privada. Removía con los puntos de la pluma la ceniza fría ó abrasadora de mi pasado; soplabá sobre aquellos carbones apagados de mi corazón, para reanimar algunos días más la llama y el calor en mi seno! En siete ú ocho épocas de mi vida he practicado este trabajo en forma de notas, entre las que no existe otro lazo que la identidad del alma que las ha dictado.

Sígueme todavía por un momento, y perdóname la estension de la presente carta.

Hace cinco ó seis años fuí á refugiarme un verano, para escribir con tranquilidad la historia de la revolución francesa, á la pequeña isla de *Ischia*, en medio del golfo de Gaeta, separado del continente por ese bello mar, sin el cual no existe para mí sitio alguno agradable, porque es el infinito visible que pone ante los ojos los límites del tiempo y hace entrever la existencia sin límites. *Ischia*, además, como verás en estas páginas, me ha sido siempre predilecta por otras causas: fué teatro de las dos reminiscencias más tiernas de la vida: la una dulce y juvenil como la infancia; la otra grave, fuerte y tan duradera como la edad del hombre. Siempre nos inspiran cariño los lugares en que hemos amado; porque parece que nos conservan el corazón de

otro tiempo y que nos lo devuelven intacto para amar aún.

Un día, pues, del estío de 1843, me hallaba solo, echado á la sombra de un limonero, sobre el terrado de la casa del pescador en que vivía, contemplando el mar, oyendo cómo traían y volvían á llevarse sus oleadas los mariscos de sus playas, y respirando la brisa que movía en el aire el choque de cada ola, como el abanico húmedo que agitan en nuestros Trópicos los pobres negros sobre la frente de sus dueños. Había acabado el día anterior de rebuscar las memorias, manuscritos y documentos que llevaba para la historia de los Girondinos, y me faltaban materiales.

Eché una ojeada sobre los que nunca faltan, sobre los recuerdos, y escribí sobre las rodillas la historia de *Graziella*, ese triste y encantador presentimiento de amor, que sentí en otro tiempo en aquel mismo golfo. Escribílo enfrente de la isla de *Prócida*, á la vista de las ruinas de la casita, de las viñas y del jardín, sobre la costa que todavía parecía mostrarme su sombra con el dedo. Veía avanzar por el mar á toda vela una barca entre olas de espuma y bajo un sol inflamado, y que dos jóvenes de distinto sexo procuraban cubrir sus rostros con la sombra del mástil.

Abrióse la puerta del terrado, y un muchacho de *Ischia*, que servía de guía á los que desembarcaban en la isla, llegó inopinadamente á anunciarme la visita de un extranjero.

Vi que se acercaba un joven de alta y elegante

estatura, lento y mesurado en su andar, como quien abriga algún pensamiento y teme descubrirlo; de fisonomía varonil y dulce, circundada por una barba negra, cuyo perfil se destacaba sobre lo azul del cielo en dos líneas de pureza griega, como los semblantes de los jóvenes discípulos de Platon que se encuentran en las medallas del Pireo ó en piedras talladas de un blanco ceniciento; en el andar, el perfil y el metal de la voz, reconocí á Eugenio Pelletan, uno de los amigos de mi juventud. Ya conoces este nombre, como el de uno de los escritores sobre cuyas primeras páginas se refleja como en pocos el naciente brillo de nuestra futura gloria; presentimientos vivos de ideas que van á brillar, nuncios de un siglo en el que sólo estaremos presentes por nuestros deseos. Quiero á Pelletan con esa inclinación que sentimos hácia lo venidero: lo recibo siempre como una nueva agradable, como á un amigo. Es uno de esos hombres que no importunan jamás y que, por el contrario, ayudan á pensar y á sentir.

Acababa de dejar á su joven y agraciada esposa en una casa de la playa. Despues de hablar breves instantes de Francia y de aquella isla, á la que supo casualmente en Nápoles que me habia yo retirado, observó que tenia algunas páginas escritas sobre mis rodillas y un lápiz usado entre mis dedos, y me preguntó qué era lo que hacia. «¿Queréis oírlo, le dije, mientras que vuestra esposa duerme descansando de la travesía, y descansais vos apoyado como estais en el tronco de ese naranjo? Voy á leeroslo.» Y púseme á leerle, en tanto que el sol se ocultaba de-

trás del *Epomeo*, elevada montaña de la isla, algunas páginas de la historia de *Graziella*. El sitio, la hora, las sombras, la mar, el cielo, el perfume de los arbustos se esparcieron sobre aquellas páginas sin color y sin aroma, y las prestaron la ilusion, reservada sólo á lo distante y á lo inesperado. Me pareció que se conmovia. Cerramos el libro, y descendidos á la playa, por la noche recorrimos la isla con su mujer. Les di hospitalidad hasta la mañana siguiente, y se separaron de mí.

Tambien yo abandoné á Ischia á los primeros nubarrones del otoño, para dirigirme á Saint-Point.

Mis asuntos urgentes me reclamaban, *res augusta domi*, como decia Horacio: *penuria doméstica, escasez metálica, contrariedades de la vida*, como dicen los modernos, segun su posicion.—«¿Y cómo experimentabas semejantes apuros? me objetarás sin duda. ¿No podias haberte librado de ellos sirviendo honrosamente á tu país, en el que nunca se te han cerrado las puertas de los negocios públicos, con tal largueza retribuidos?»—Es cierto; pero desde 1830 he preferido servir á mis espensas en el ejército de Dios, como soldado sin sueldo de ideas que no tienen presupuesto sobre la tierra. Mas sea como quiera, ellos es que me exigian inesperadamente el reembolso de una cantidad considerable que me habian anticipado para comprar á mi familia las tierras y las casas de mi madre, aquel Milly que tanto conoces, y que fué testigo de gran parte de los sueños y de los errores de que participamos cuando tú contabas diez y seis y yo quince años. Al morir mi madre, estos bienes,

del alma, más bien que de la tierra, iban á ser vendidos y distribuidos en cinco partes, de las cuales sólo una me correspondía. Todo iba á parar á manos extrañas. Mis hermanas y mis cuñados, tan afectados como yo, me brindaban generosamente con cuantos medios poseían, para salvar el depósito común de sus recuerdos. En aquella época disponía yo de mayor capital; hice un esfuerzo extraordinario, y compré á Milly, en el que pensaba terminar mis días. El peso de aquellas tierras, adquiridas en su totalidad con dinero prestado, me agobió durante mucho tiempo; no obstante, lo acepté gustoso por no vender un sentimiento con cada surco, y nunca me he arrepentido de ello, ni me arrepiento todavía; pero era llegado el momento en que necesitaba vender ó sucumbir. En vano buscaba dilaciones. Si el tiempo tiene alas, los intereses de un capital marchan con la rapidez y el peso del wagon.

Estaba anonadado... Volvía á hallarme de frente con mis angustias pasadas; me decidía por un partido, y un momento después desistía ya de la resolución que acababa de tomar. Miraba con desesperación desde lejos aquel campanario ceniciento que se alzaba sobre la pendiente de la colina, el techo de la casa, la copa de los tilos, que sabes que se distingue desde el camino por encima de los tejados de la población, y decía entre mí: «Ya no podré volver á pasar por este camino, ni mirar otra vez desde aquí. ¡Ese campanario, esa colina, ese techo, esos muros, estarán clamándome constantemente que los he abandonado por algunos miles de escudos!

» ¡Y aquellos buenos habitantes! Los pobres y honrados viñadores, que son mis hermanos de leche, y con los que he pasado mi infancia, comiendo de su pan en su misma mesa, ¿qué dirán de mí? ¿Qué va á ser de ellos cuando sepan que he vendido sus prados, sus viñas, sus chozas, sus vacas y sus cabras, y que un nuevo dueño que no los conoce ni los ama va á destruir, mañana mismo quizá, todo su bienestar, arraigado de la propia suerte que el mío en este suelo ingrato, pero natal?»

Pero los instantes apremiaban. Hice llamar á uno de esos hombres considerados en el país, que compran en junto para vender después al menudeo, uno de esos monederos inteligentes de la tierra, y le dije: «Vendedme de Milly lo equivalente á cien mil francos;» ó más bien, como dijo al judío el mercader de Venecia en Shakspeare: «¡vended un pedazo de mi cuerpo!»

Aquel hombre, á quien conoces, porque es de tu país, M. M.^{***}, era sensible, y vi que asomaban las lágrimas á sus ojos. Hubiera dado de sus ganancias por ahorrarme aquel sufrimiento; pero no había tiempo para dudar. Recorrimos juntos las posesiones con un pretexto frívolo, para examinar cuál de sus partes se prestaba mejor á dividirse y subdividirse en proporciones asequibles á los compradores de las cercanías; pero esto mismo fué causa de que aumentara nuestro apuro y de que nuestra angustia fuese más desgarradora. — «Señor, me dijo estendiendo el brazo y dividiendo el espacio de la propia suerte que un agrimensor corta el terreno; hé aquí una

»porción que se vendería junta con mucha facilidad, y que no descabalará gran cosa lo que os quede.» —«Cierto, le respondí; pero esta es la viña que plantó mi padre el año en que yo nací, y la que nos recomendó repetidas veces que conservásemos siempre en memoria suya, por ser la parte mejor de sus bienes y por haberla regado con el sudor de su frente.» —«Bien, me contestó el perito; aquí hay otra que no tardarian en comprarla hombres de mediana fortuna, porque es á propósito para el ganado.» —«Sí, repliqué; pero esta no puede ser; estos son el río, el prado y el jardín en que nos hacían jugar y bañarnos mi madre cuando niños, y en donde crió para nosotros con tanto esmero estos manzanos, estos albaricoqueros y estos cerezos. Busquemos por otro lado.» —«Este sitio detrás de la casa.» —«¡Ese es el que lindaba con el jardín, y el que se descubría desde la ventana del salón de familia! ¿Quién podría mirarlo en adelante sin lágrimas en los ojos?» —«¿Y ese grupo de casas separado con sus viñas en declive que descienden hasta el valle?» —«¡Oh! ahí está la que habita el marido de la nodriza de mis hermanas, y la de la pobre anciana que me crió con tanto esmero y cariño. Sería lo mismo que abrirles dos fosas en el cementerio; porque el pesar de verse espulsados de sus viviendas y de sus viñas, no tardaría en conducirlos á él.» —«Bien; pues en ese caso, la casa principal con sus dependencias, sus jardines y el espacio que rodea el cercado.» —«¿Y no veis que yo quiero morir en el lecho

»de mi padre? ¡Eso es imposible! Eso equivaldría á suicidar todos los sentimientos de la familia.» —«¿Qué teneis que decir del fondo de ese valle, que no se descubre desde vuestras ventanas?» —«Nada; pero contiene el antiguo cementerio donde fueron sepultados á mi vista, siendo yo aún niño, mi hermano menor y una hermana á quienes he llorado tanto. ¡Marchemos en otra direccion!...»

Lo recorrimos todo; no hallamos un trozo de que pudiera desprenderme sin hacerlo al propio tiempo de un pedazo de mi alma. Por la noche volvíme sumamente triste á la casa, y no dormí.

A la mañana siguiente el cartero rural me entregó un paquete de cartas: una de ellas era de Paris. El sobre estaba escrito en letra clara, cursiva, breve, de esas que indican la rapidez, la precisión y lo firme de la resolución del ánimo, en la volubilidad de la mano: era de M. de G.... «M. Pelletan, decía en ella, me ha hablado con interés de algunas páginas de recuerdos de infancia que os oyó leer en *Ischia*. ¿Quereis destinarlas á *La Presse*? En cambio podréis disponer de la cantidad que os sirvais designar.» Respondíle sin vacilar, espresándole mi gratitud y mi negativa. «El precio con que vuestro periódico me brinda, le decía á M. de G.... es muy superior al de algunas páginas sin valor; pero yo no puedo decidirme á publicar unas reliquias añejas de mi memoria, y sin interés alguno para otros ojos que los míos.»

La carta partió á su destino, y seis días despues llegó el notario á redactar el proyecto de venta de

Milly: había desmembrado al fin el especulador una corta porción de terreno por valor de cincuenta mil francos, y vendible en el momento. La escritura estaba sobre la mesa. Con una sola palabra iba á enajenar para siempre aquella parte de mis ojos; temblóme la mano, turbóseme la vista, y me faltó el corazón.

En aquel mismo instante se abrió la puerta... era el cartero, que puso sobre la mesa una carta de Paris. M. de G... insistía, comprometiéndome con el acento y la persuasión de la amistad, y concediéndome tres años para que me fuese acostumbrando á la idea. La distancia allana las dificultades; las disminuye velándolas. No se me ocultaron las amarguras que floverian sobre mí por el compromiso que iba á contraer. Puse en contrapeso la tristeza de ver expuestas las fibras agitadas de mi corazón ante una multitud de ojos que las mirarian sin indulgencia alguna, con el desgarramiento que sufriría mi corazón al sentir que con mi propia mano le arrancaba un pedazo firmando aquella escritura: consideré que era preciso hacer un sacrificio de amor propio ó un sacrificio de sentimiento, y poniéndome las manos ante los ojos, deliberé con el corazón. El proyecto de venta de Milly cayó de mis manos hecho pedazos, y respondí á M. de G...: «Acepto.» Milly se salvó, y yo quedé comprometido. Piensa en *Bien-Assis*, y condéname, si es que te atreves. En mi lugar, ¿hubieras obrado de otro modo?

Tranquilízate, no obstante; sólo sobre mí recae la

publicidad que adquieran estas páginas: no existe en ellas ni un solo nombre, ni una memoria que pueda causar el menor disgusto, ni dar la más leve sombra de mi indiscreción. Es muy corto el número de personas perversas que he encontrado en el curso de mi vida, que ha corrido siempre en una atmósfera de bondad, de genio, de generosidad, de amor y de virtud; sólo he conservado la memoria de los buenos, perdiendo sin grande esfuerzo la de los otros. Mi alma es como esas cribas en que los lavadores de oro de Méjico recogen las hojuelas de oro puro en los torrentes de las cordilleras: el oro se queda en ellas, y la arena se va. ¿A qué recargar la memoria con lo que no sirve para nutrir, encantar ó consolar el alma?...

En la actualidad, cuando se abruna demasiado mi pensamiento con el disgusto de una publicidad de este género; cuando entreveo la compasión de unos, la sonrisa de otros, la indiferencia de todos, al hojear estas páginas, que debían permanecer en las tinieblas como hurtos hechos al pudor de la vida ó á la intimidad del hogar doméstico, mando ensillar mi caballo, subo á paso corto por el pedregoso sendero de Milly, miro á derecha y á izquierda los prados y las viñas, y veo á los labriegos que me saludan desde lejos con una inclinación afectuosa de cabeza, con amistoso ademán y una sonrisa que recuerda lo antiguo de nuestro conocimiento; voy á sentarme durante los días de otoño en lo más retirado del jardín, desde donde se distinguen mejor el techo paterno, las viñas y el vergel;

contemplo con ojos humedecidos la casita cuadrada cuyos ángulos oculta y enverdece una inmensa yerba plantada por mi madre, cual si fuese una serie de arcos naturales salidos de la tierra para impedir que sus antiguos muros se derruyan á mi vista; escuchó el ruido del azadon de los viñadores que remueven los terrones en la colina que les he conservado; veo alzarse sobre sus techos de bálago el humo del fuego de sarmientos que encienden las mujeres en sus antiguos hogares, y que convoca á los que están en el campo; miro la sombra de los tilos, aumentada por la cercana noche, estenderse lentamente hasta mí, como otros tantos fantasmas que vienen á acariarme los piés para bendecirme... Y exclamo para mí: «¡El mundo me censura, mis amigos no me comprenden, es muy justo! No tengo derecho para quejarme... Pero este jardin, esa casa inhabitada, esa viña, esos árboles, esos ancianos, esas mujeres, esos niños no podrán menos de agradecerme el que haya soportado un ligero sonrojo por conservarlos intactos ó felices alrededor de mí hasta el día siguiente de mi última noche!... Aceptemos por ellos este sacrificio: se lo referiré alguna vez á mi padre y á mi madre, al lado de mis hermanos, cuando los vuelva á hallar en la morada del padre de la familia eterna, y ellos no me acúsarán!... Quizá obtenga sus lágrimas y sus bendiciones por lo que he hecho.»

Imitalos tú, amigo mio; sé indulgente, y ya que no tu aprobacion, merezca al menos que me escuses, pensando en los muros y en los árboles entre los

cuales pasan tus años, respirando la atmósfera de tu primera infancia, y completamente circundado de la memoria de tus padres.

Saint-Point 25 de Diciembre de 1847.

A. DE LAMARTINE.



LIBRO PRIMERO.

I.

A M. ***

Quereis conocer la primera mitad de mi vida... porque me amais; pero no participan de vuestro cariño más que mi presente y mi porvenir; mi pasado os es desconocido; es una parte de mi existencia de que os hallais defraudado, y que debo entregaros. También á mi me será algunas veces grato, muchas penoso, remontarme por vos y con vos solo á los momentos agitados y encubiertos de mi vida, á mis sensaciones, á mis pensamientos. Cuando el río baja agitado y turbio, arrastrando sólo ondas tumultuosas y amargas, entre arenas áridas, ántes de perderlas en el Océano comun, ¿quién no desearía subir ola á ola y vallado tras vallado las largas sinuosidades de su curso, para admirar con la vista y gustar en el hueco de la mano las primeras ondas

que brotaron del peñasco, cubiertas por el ramaje, frescas como la nieve de que se destilan, azules y profundas como el cielo de la montaña que se refleja en ellas? ¡Ah! lo que me pedís que haga será una deliciosa reparación para mi alma, al mismo tiempo que una curiosidad grata y satisfecha para vos. Estoy pasando por esos momentos indecisos de la vida humana, en que, colocado en la mitad de los años que concede Dios ordinariamente á los hombres más favorecidos, se halla un momento como suspenso entre las dos partes de su existencia, sin comprender si asciende todavía ó si comienza ya á descender. Es la hora en que debemos detenernos un instante, si tomamos algún interés en nuestra suerte, ó si otro se lo toma por nosotros, á dirigir algunas miradas á lo pasado, y á volver á contemplar, á través de las sombras que ya comienzan á extenderse y á posesionarse de nuestro sér, los sitios, los instantes, las personas, los recuerdos agradables que oscurece la noche, y que quisiéramos hacer revivir para siempre en el corazón de otro, de la propia suerte que viven constantemente en nuestro corazón. Pero en el instante de ir á desplegar para vos los dobleces tan íntimos y cuidadosamente preservados de mis recuerdos, siento que suben abrasadores, desde lo profundo de mi pecho, raudales de ternura, de melancolía y de dolor, que ahogan mi voz entre los sollozos de mi vida pasada; parecían como adormidos, pero no estaban muertos: tal vez haya hecho mal en removerlos, y tenga que desistir. El silencio es el sudario de lo pasado; algunas veces es impío,

muchas peligroso levantarlo; pero aun cuando se levante piadosamente y con amor, el primer momento es siempre doloroso. ¿Habeis pasado alguna vez por una de esas terribles pruebas de la vida? Yo he pasado dos veces, y no las recuerdo sin estremecerme.

La muerte os ha arrebatado repentinamente, y en vuestra ausencia, uno de esos seres con quienes compartáis la existencia, una madre, un hijo, una esposa adorada. Atraído por la nueva fatal, llegáis ántes que haya recibido la tierra el depósito sagrado de aquel cuerpo dormido para una eternidad. Atravesáis los umbrales, subís la escalera, entráis en la estancia, en donde quedáis solo con Dios y la muerte. Caéis de rodillas al lado de la cama, permanecéis allí horas enteras con los brazos caídos y la cara oculta entre las cortinas del lecho mortuario; os levantáis al fin, dais sin dirección algunos pasos por la estancia, y ya os aproximáis, ya os separáis alternativamente de aquel lecho, en el que un lienzo blanco extendido sobre un cuerpo inmóvil marea al cubrirlas las formas del sér que nunca volverá á presentarse ante vuestros ojos. Una horrible duda os asalta: puedo levantar aún el sudario y contemplar todavía una vez el rostro adorado. ¿Deberé volver á verlo tal como la muerte lo ha dejado? ¿Será mejor besar esa frente al través del lienzo? ¿Y cómo no contemplar ese semblante, que ya no existirá sino en mi memoria, con el color, la mirada y la inflexión que le daba la vida? ¿Qué vale más para el consuelo del que sobrevive, para el culto del que ha

muerto? ¡Problema doloroso! Concibo muy bien que cada cual le proponga y resuelva de diferente manera. En cuanto á mí, también me he fijado en él; pero siempre ha prevalecido el instinto al razonamiento. ¡He querido volver á contemplar, y he contemplado! Y la tierna piedad del recuerdo que deseaba imprimir en mí, ha permanecido inalterable; pero la memoria de la fisonomía animada y viva, confundíendose en mi pensamiento con la del semblante inmóvil y como esculpido en mármol por la muerte, ha dejado en mi alma facciones petrificadas en mi ternura, algo de palpitante como la vida é inmutable como la inmortalidad.

Algo semejante á esta penosa alternativa, es lo que yo experimento al abrirnos este libro impreso en mi memoria. ¡Bajo el velo del olvido se cobija un cadáver, que es mi juventud! ¡Qué de imágenes deliciosas, pero también qué de sangrientos recuerdos se evocarán con ella! No importa; lo quereis, y os obedezco. ¿En qué mano más dulce y piadosa podría yo colocar, para conservarlas algunos días, las cenizas tibias aún de lo que fué mi corazón?

II.

¡Dios mío! ¡Muchas veces me ha pesado haber nacido! ¡Muchas veces he anhelado retroceder hasta la nada, en vez de avanzar al través de tantas mentiras, de tantos sufrimientos y de tantas pérdidas sucesivas, hácia esa pérdida de nosotros mismos, á que llamamos muerte! No obstante, aun en esos instan-

tes de horrible desaliento, en que la desesperación domina á la inteligencia, y en que se olvida uno de que la existencia es un trabajo impuesto para acabar con lo que la forma, he repetido siempre: ¡hay algo de que sentiria no haber participado; de la leche de una madre, el afecto de un padre, el parentesco del alma y del corazón con mis hermanos, las ternuras, las alegrías y aun las tristezas de mi familia! La familia es evidentemente una cosa que se nos asimila, más grande que nosotros mismos, y que nos antecede y sobrevive con lo mejor que poseemos. Es la imagen de la santa y amorosa unidad de los seres, revelada por el corto número de los que se sostienen entre sí, y percibida por el sentimiento. Frecuentemente he concebido que pueda quererse extender la familia; pero ¡destruirla!... ¡Sería una blasfemia contra la naturaleza y una impiedad contra el corazón humano! ¿A dónde se refugiarían todas esas afecciones que han nacido allí, y que tienen su nido bajo el techo paternal? No se comprendería cuál era el origen de la vida; no se sabría de dónde viene ni á dónde va. Todas las ternuras del alma se convertirían en abstracciones de la inteligencia. ¡Ay! ¡la obra más completa de Dios es el haber hecho que aquellas leyes suyas más conservadoras de la sociedad fuesen al propio tiempo los sentimientos más deliciosos del individuo! ¡Interin no se ama, no se comprende!

¡Dichoso aquel á quien ha concedido Dios que nazca de familia honrada y buena! Esta es la primera de las bendiciones del destino; y al decir buena fa-

milia, no hablo de una de aquellas cuya nobleza hacen constar los hombres en pergaminos, sino que participe de esa nobleza común á todas las clases. Familias de labradores he conocido, cuyos sentimientos puros, cuya caballerosa probidad, cuya notable delicadeza y cuyas legítimas tradiciones, que llaman nobleza, se revelaban tanto en sus actos, en sus rasgos, en su lenguaje y en sus maneras, como pudieran en los más ennobrecidos linajes de la monarquía. Hay dos noblezas: la que da la naturaleza, y la que concede la sociedad; aquella es la mejor. Poco importa la altura del piso ó la extensión de los campos en donde exista el hogar doméstico, con tal que hallen en él abrigo la piedad, la integridad y los gratos recuerdos de la familia que en él se perpetúa. El niño nace predestinado á la casa en que recibe la vida. Las impresiones que recuerda son las que constituyen esencialmente su alma. La vista de nuestra madre penetra en nosotros mismos por nuestros ojos, como parte que es de nuestra alma. ¿Quién al recordar esa mirada no siente descender á su pensamiento algo que le disminuya la turbación ó que ilumine su serenidad, aun cuando sea sólo como un sueño ó como una idea?

Dios me ha concedido la gracia de nacer en una de esas familias privilegiadas, en las que sólo se aspira el grato aroma que han esparcido en torno suyo algunas generaciones al atravesar sucesivamente la vida; familia sin gran brillo, pero sin mancha alguna; colocada por la Providencia en esa clase media de la sociedad, que pertenece á la vez á la nobleza

por el nombre, y al pueblo por la modicidad de fortuna, por la vida sencilla y la residencia en el campo en medio de aldeanos, participando de sus hábitos y casi también de sus trabajos. Si tuviera que volver á nacer, allí sería indudablemente donde preferiría recobrar la vida. Es buen sitio para comprender las diversas condiciones de la humanidad; ni envidiable por lo muy alto, ni prestándose el medio al desden por lo bajo, es un punto en el que necesariamente se encuentran y reasumen en los seres vivientes la elevación de ideas nacida de la elevación relativa en que están, y la sencillez de los sentimientos que presta la naturaleza á quien la frecuenta.

III.

En las márgenes del Saona, corriente arriba, á algunas leguas de Lyon, se eleva, entre praderas y lugarcillos, y sobre la pendiente de un ribazo alzado apenas sobre la llanura, la reducida pero graciosa ciudad de Macon. Dos torres góticas, decapitadas por la revolución y miradas por el tiempo, fijan las miradas y la mente del viajero que descende hacia la Provenza ó hacia Italia á bordo de los barcos de vapor que continuamente surcan las aguas del río. Por debajo de las ruinas de la antigua catedral, y en un espacio como de media legua, se extienden largas filas de casas blancas, y el muelle en donde se embarcan y desembarcan las mercancías del Mediodía de Francia y los vinos de Macon. El silencio y el reposo reinan en la parte alta de la ciudad, que

no se descubre desde el río. Crece la yerba entre las piedras de su pavimento. Sus estrechas calles aparecen sombrías, á causa de la elevacion de las paredes de los antiguos conventos. Un colegio, un hospital, algunas iglesias, unas restauradas y otras ruinosas y convertidas en almacenes por los toneleros del país; una ancha plaza en cuyos dos extremos hay plantados tilos, y en la que juegan los niños y se sientan al sol los ancianos en los días apacibles; estensos arrabales de casas de poca elevacion, que suben serpenteando hasta la cima de la colina, en las avenidas de los caminos reales; varias casas de recreo, una de cuyas fachadas da á la ciudad, perdiéndose la otra entre el campo y la verdura, y cinco ó seis casas grandes á las inmediaciones de la plaza, cerradas casi siempre, y en las que durante el invierno se refugian las antiguas familias de la provincia; tal es el golpe de vista que presenta la ciudad alta. Era el barrio ocupado en otro tiempo por lo que se llamaba la nobleza y el clero; hoy lo habitan los propietarios y la magistratura. Tal es la condicion humana: las poblaciones descienden de lo alto para trabajar, y para descansar vuelven á subir: huyen del ruido en cuanto adquieren lo necesario para su bienestar.

En uno de los ángulos de la plaza, que era un baluarte ántes de la revolucion, y cuyo nombre conserva todavía, se distingue una casa grande y elevada, con escaso número de ventanas, y cuyos altos y macizos muros, emegrecidos por la lluvia y enverdecidos por el sol, se hallan reforzados hace

más de un siglo por gruesos gatillos de hierro. Una ancha y alta puerta, precedida de dos escalones, da paso al largo zaguan, á cuyo extremo se ve una pesada escalera de piedra, alumbrada por una ventana colosal, que de piso en piso conduce á estensas y numerosas habitaciones. Aquella es la casa en que nació.

IV.

Aun vivia por entónces mi abuelo, antiguo caballero que habia servido mucho tiempo en los ejércitos de Luis XV, y que fué condecorado con la cruz de San Luis en la batalla de Fontenoy. Al retirarse á su provincia con el grado de capitán de caballería, no le abandonaron los hábitos de elegancia, de esplendidez y de buen gusto, contraídos en la corte y en las guarniciones. Dueño de una buena fortuna en su país, habiase casado con una rica heredera del Franco Condado, la cual le llevó en dote tierras considerables y estensos bosques en las cercanías de San Claudio y en las gargantas del Jura, no léjos de Ginebra. Tenia seis hijos, tres varones y tres hembras. Segun las ideas de la época, toda la fortuna de la familia debia ir á parar á manos del mayor; al segundo se le dedicó, mal de su grado, al estado eclesiástico, aun cuando carecia enteramente de vocacion para él: de las tres hijas, habian sido sepultadas dos en un convento, y la tercera era canonessa y acababa de pronunciar sus votos. Mi padre, el menor de todos los hermanos, habia entrado

al servicio de las armas desde la edad de diez y seis años, en el mismo regimiento en que sirvió mi abuelo. Estábale prohibido el casarse, según las leyes de la época: su destino era el de envejecer en el modesto grado de capitán de caballería, que no tardaron en concederle; pasar de tiempo en tiempo un semestre en la casa paterna; hacerse acreedor con mucha lentitud á la cruz de San Luis, límite marcado á las ambiciones de todo noble de provincia; y allá en la edad praveeta, dotado con un módica pensión por el rey, y con una legitima más módica aún, vegetar en el piso más elevado de cualquier castillo ruinoso de su hermano mayor, cuidar del jardín, cazar con el cura, adiestrar caballos, entretener á los niños, hacer la partida de ajedrez ó de chaquete á sus convecinos, complaciente nato de todo el mundo, esclavo doméstico, feliz con su presente, querido é inconsiderado por todo el mundo, y llevando de esta suerte á remolque la vida, oscuro, sin bienes, sin mujer, sin posteridad, hasta que los achaques y las enfermedades lo trasladasen del salón al desahogado aposento en cuyos muros pendiesen su casco y su mohosa espada, y se oyese clamar un día en el castillo: «El caballero ha muerto.»

Mi padre era, pues, el caballero de Lamartine: modesto y respetuoso, hubiera aceptado suspirando, pero sin replicar, la vida á que se le destinaba. Una circunstancia imprevista llegó á trastornarlo todo. Su hermano mayor quedó valetudinario; prohibieronle los médicos contraer matrimonio, y no faltó quien dijera á su padre «que era preciso casar al

caballero.» Semejante indicación constituía un atentado contra los sentimientos de familia y las preocupaciones envejecidas en el ánimo y en el corazón del noble anciano, porque los segundones no nacían para casarse; de esto resultó que mi padre permaneciese en el regimiento, y que fuera creciendo de día en día aquella oposicion, que con más energia que nadie sostenia mi abuelo. — ¡Casar al caballero! ¡Era monstruoso! — Por otro lado, parecía un crimen contra la sangre dejar que se extinguiera la humilde raza y el oscuro nombre de la casa; era, pues, llegado el momento de decidirse: las dudas iban perpetuándose, y la revolucion acreciéndose.

V.

Habia en Francia por aquella época, y hay todavía en Alemania, una institución religiosa á la par que mundana, de que difícilmente podriamos formarnos idea sin sonreirnos; tan agradable y severo contraste presentaban el mundo y la religion al agruparse y confundirse para constituir lo que se llamaba un capítulo de canonesas nobles. Hé aquí á lo que se reducian estos capitulos.

Hallábanse en una provincia, y en un paraje cuya posicion, acertada en lo general, no distase mucho de alguna ciudad populosa, la cual animaba con su vecindad esta especie de conventos sin clausura: las familias nobles y ricas del reino enviaban para que morasen en ellas, despues de practicado lo que se llamaba prueba, á aquellas de sus hijas que no

sentian inclinacion al estado de religiosas en clausura, y á quienes no se podia dotar suficientemente para casarlas.

Dábanles á cada una de ellas un pequeño dote, y las edificaban una casa agradable, rodeada de un jardincito, bajo un plano uniforme, é inmediata á la capilla del capitulo: así formaban una especie de cláustros libres y agrupados, cuya puerta quedaba á medio cerrar para el mundo; secularizacion imperfecta de las órdenes religiosas de otro tiempo; transicion elegante y dulce de la Iglesia al mundo. Aquellas jóvenes entraban allí á la edad de catorce ó quince años. Al principio vivian bajo la vigilancia poco molesta de canonesas más ó ménos provecetas, que habian prestado ya sus votos, y á quienes las confiaban sus familias; mas, en cuanto cumplian veinte años, dirigianse por sí mismas, se asociaban con una ó dos de sus amigas, y vivian en comunidad y en pequeños grupos de dos ó tres personas.

Sólo moraban en el capitulo de la primavera al otoño: en el invierno iban á los pueblos de las inmediaciones á refugiarse en el seno de sus familias, para pasar en él un semestre agradable y adornar el salón de sus madres. Durante los meses que residian en el capitulo, no tenian obligacion alguna, sino es la de ir dos veces cada día á cantar los oficios á la iglesia, y aun de estos se podian eximir con el menor pretesto. Por la noche se reunian, ya en casa de la abadesa, ya en la de cualquiera de ellas, para jugar, hablar y leer, sin otra regla que su deseo, sin otra vigilancia que la de una canonesa

anciana, indulgente pastora de aquel hermoso rebaño. Sólo podia visitárselas á horas determinadas. Los hombres estaban escluidos de aquellas reuniones; sin embargo, existian escepciones que lo contiliaban todo. Erantes permitidas á cada una de las jóvenes canonesas las visitas de sus hermanos durante un número de dias determinado, y podian además presentarlos á sus amigas en las sociedades del capitulo. Así se formaban naturalmente los más tiernos lazos entre el corazon de los jóvenes oficiales que iban á pasar algunos dias del semestre en casa de su hermana, y el de las amigas de esta hermana. Origináronse de aqui, de vez en cuando, algunos raptos, ó cuando ménos cuchicheos en el capitulo; pero en lo general presidian una piadosa reserva y una decencia intachable á estas relaciones de intimidad delicadísima; y tales sentimientos, mutuamente concebidos y reanimados por visitas anuales al capitulo, daban lugar con el tiempo á matrimonios de inclinacion, tan raros en aquella época en la sociedad francesa.

VI.

Una de las hermanas de mi padre era canonesa de cierto capitulo noble del Beaujolais, á orillas del Saona, entre Lyon y Macon, en el cual habia prestado sus votos á los veintiun años. Allí poseia una casa, en la cual habitaba en compañía de una encantadora amiga de diez y seis años, que acaba de entrar en el capitulo. Yendo mi padre á visitar á su hermana á

Salles (tal era el nombre del pueblecillo), quedo prendado de las gracias, del talento y de las angelicas cualidades de aquella jóven. La bella reclusa y el gallardo oficial se amaron, siendo naturalmente confidente y favorecedora de su mútua inclinación la hermana de mi padre. Despues de muchos años de constancia, de superar obstáculos, de vencer repugnancias de familia, cuyo más poderoso ministro es siempre el amor, desposóse mi padre con la amiga de su hermana.

VII.

Aliv-des-Roys es el nombre de nuestra madre, hija de M. Des-Roys, intendente general de la casa del duque de Orleans. Mad. Des-Roys, su mujer, era segunda aya de los hijos del espresado príncipe, favorita de aquella interesante y virtuosa duquesa de Orleans, á quien respetó la revolucion, espulsándola de su palacio y conduciendo á sus hijos al destierro y á su marido al cadalso. M. y Mad. Des-Roys disfrutaban durante el invierno alojamiento en el Palais-Royal, y Saint-Cloud en el verano. Allí fué en donde nació mi madre, que se educó al lado de Luis Felipe con la respetuosa familiaridad que se establece siempre entre los niños que participan de las mismas lecciones y de los mismos juegos.

¡Cuántas veces nos ha hablado nuestra madre de la educacion de este príncipe, á quien una revolucion habia arrojado de su patria y otra colocádole en el trono! No existe una fuente, una calle, una pradera

en los jardines de Saint-Cloud, que no conociéramos por sus recuerdos de infancia ántes de verlos por nosotros mismos. Saint-Cloud era para ella su Milly, su cuna, el lugar en que todas sus ideas habian germinado, florecido, vegetado y crecido con las plantas de su delicioso parque. Todos los nombres sonoros del siglo XVIII eran los primeros que se grabaron en su memoria.

Mad. Des-Roys, su madre, era una mujer de mérito. Sus funciones en la casa del primer príncipe de la sangre atraian y agrupaban en su rededor muchos personajes célebres de la época. Voltaire, en su corto y postrer viaje á Paris, que equivalió á un triunfo, pasó á visitar á los jóvenes príncipes. Mi madre, que á la sazón contaba sólo seis ó siete años, asistió á la visita; y aunque tan niña, comprendió, por la impresion que se revelaba en torno suyo, que veia una cosa superior á un rey. La actitud de Voltaire, su traje, su baston sus gestos y sus palabras, se quedaron grabadas en su imaginacion infantil, de la propia suerte que la incrustacion de un sér antediluviano en las piedras de nuestras montañas.

D'Alembert, Lactos, Mad. de Genlis, Buffon, Florian, el historiador inglés Gibbon, Grimm, Morellet, M. Necker, los hombres de estado, los literatos, los filósofos de la época, vivian en la sociedad de Mad. Des-Roys, quien tenia especialmente relaciones con el más inmortal de entre ellos, J. J. Rousseau. Mi madre, aun cuando muy piadosa y estrechamente ligada al dogma católico, habia conservado una tierna admiracion hácia aquel grande hombre,

sin duda porque poseía algo más que su genio, porque tenía alma, y sin participar de la religión de su talento, compartía la de su corazón.

VIII.

El duque de Orleans, conde de Beaujolais al mismo tiempo, tenía la facultad de nombrar un cierto número de señoras para el capítulo de Salles, que dependía de su ducado. Por esta causa, y merced á él, obtuvo su nombramiento mi madre á la edad de quince años. Aun conservo un retrato suyo, hecho por entónces, independientemente del que sus hermanas todas y mi mismo padre nos han trazado tantas veces de memoria.

Está representada con su traje de canonesa. Se ve allí á una jóven de estatura elevada, esbelto y flexible talle, y hermosos brazos blancos que salen á la altura del codo de las mangas estrechas de un vestido negro. Sobre su pecho pende la crucecita de oro del capítulo: por encima de sus cabellos cae y ondea á ambos lados de la cabeza un velo de blondas ménos negras que aquellos. Pero su semblante juvenil y sencillo es el que brilla sobre todo en medio de aquellos colores sombríos.

El tiempo ha robado alguna frescura á aquel colorido de quince años; mas los rasgos permanecen tan puros como si el pincel del pintor no se hubiera secado aún sobre la paleta. Aun pueden reconocerse perfectamente aquella satisfacción de la vida interior, aquella ternura inagotable de alma, de mira-

das y de palabras, y sobre todo, aquel rayo de luz radiante, siempre tan serena, tan impregnada siempre en sensibilidad, y que brotaba como una caricia eterna de sus ojos, algun tanto hundidos y velados por los párpados, como si no hubiese querido, por miedo de destumbrar, que reflejasen cuánta claridad y amor encerraba en sus hermosas pupilas. Se adivina, con sólo mirar este retrato, toda la pasión que una mujer semejante debió de inspirar á mi padre, y toda la piedad que posteriormente debía infundir á sus hijos.

Tambien mi padre era digno en aquella época, por su exterior y por su carácter, de atraerse el corazón de una mujer sensible y animosa. No era ya muy jóven; tenía treinta y ocho años. Pero para un hombre de organización privilegiada, que debía morir jóven aún por sus ideas y por su cuerpo, á los noventa años, con todos sus dientes y cabellos, y con la severa é imponente belleza que la ancianidad lleva consigo, treinta y ocho años eran la flor de la vida. Su estatura era elevada, su actitud marcial, sus facciones varoniles y con todos los caracteres del orden y del dominio. Su aire apacible y su franqueza eran lo que más impreso se quedaba de su fisonomía. No afectaba ni volubilidad ni gracia, aun cuando realmente la poseyera en sumo grado. Con un corazón de los más ardientes, mostrábase como apático y frío en la apariencia, porque se temía á si mismo y le causaba como rubor su propia sensibilidad.

No ha existido en el mundo hombre de cuya vir-

tud se dudase ménos, ni que como él recatase con un pudor de mujer las perfecciones severas de una naturaleza heroica. Yo mismo permaneci en el error durante muchos años, tomando por dureza y austeridad lo que sólo era justicia y rigidez. En cuanto á sus inclinaciones, eran primitivas ehal su alma, y ya como padre de familia, ya como militar, siempre aparecía hombre ante todo. La caza y el monte cuando pasaba un semestre en la provincia, y durante el resto del año su regimiento, su caballo, sus armas, la ordenanza seguida con escrupulosidad y ennoblecida por el entusiasmo de la vida de soldado, constituían todas sus ocupaciones. Para él no habia nada sobre su grado de capitán de caballería y la estimacion de sus compañeros: su regimiento era más que su familia: tenia en tanto el honor del cuerpo como el suyo propio: sabia de memoria los nombres de los oficiales y de los caballeros, y todos adoraban en él. Su profesion era su vida; sin ninguna especie de ambicion ni de fortuna ni de grado más elevado, colocaba su bello ideal en ser lo que era, un buen oficial; en reconocer el honor por dueño y el servicio del rey por religion; en pasar seis meses del año de guarnicion en una ciudad, y los otros seis en una casita de campo de su propiedad, con su mujer y sus hijos. Era, en fin, mi padre el hombre primitivo, algun tanto modificado por el soldado.

La revolucion, el malestar, los años y las ideas le cambiaron y le completaron en su edad avanzada. Puedo decir por mi mismo, que he visto desarro-

larse á los setenta y seis años de su vida su extraordinaria y privilegiada naturaleza. Tenía la fibra de esos robles que se envejecen y renuevan hasta el día en que se aplica el hacha á su pié. A los ochenta años se estaba perfeccionando todavia.

IX.

He hablado de los obstáculos de fortuna y de las preocupaciones de familia que se oponían á su casamiento; su constancia y la de mi madre los superaron, enlazándose en el momento mismo en que la revolucion iba á conmover todas las instituciones humanas, incluso el suelo mismo en que se hallaban cimentadas.

Ya la Asamblea constituyente habia dado principio á su gran obra; minando con la fuerza de una razon, por decirlo asi, divina, los privilegios y preocupaciones todas sobre que reposaba el antiguo órden social de Francia. Ya las grandes conmociones populares destruían, á semejanza de las olas que empieza á levantar el viento, ya á Versalles, ya á la Bastilla, ya el Hotel de-Ville; pero subsistia el entusiasmo de la nobleza por la regeneracion política y religiosa: creia que todo iba á ser pasajero, á pesar de la violencia de aquellos primeros terremotos; y era porque no existia en lo pasado escala con que medir la altura á que podia llegar aquel desbordamiento de ideas. Mi padre, al casarse, no habia abandonado el servicio; y en todo aquello no traslucía otra cosa que la obligacion de seguir su bandera,

defender al rey, luchar contra el desorden por espacio de algunos meses y sacrificar á su deber algunas gotas de sangre. Aquellas primeras emociones de una tempestad que debia destruir un trono y conmover á Europa por espacio de medio siglo lo ménos, se perdieron para mi padre en las primeras alegrías de su amor y en las perspectivas primeras de su felicidad. Recuerdo haber visto cierto dia una rama de sauce desgajada del tronco por la tempestad, que nadaba al siguiente dia sobre las aguas del Saona desbordado. ¡Un ruiseñor hembra descansaba aún sobre su nido en la espuma del rio, en tanto que el macho seguia aleteando á sus amores que bogaban sobre un despojo!

LIBRO SEGUNDO.

I.

Apénas habian empezado á gustar de una dicha por tanto tiempo anhelada, cuando tuvieron que separarse, interrumpiéndola quizá para no volverse á ver. En esta época la emigración no era, como despues, un refugio contra la persecución y la muerte. El espíritu de espatriacion se habia apoderado universalmente de la nobleza de Francia. Los principes dieron un ejemplo que se hizo contagioso: regimientos enteros se quedaron en una noche sin oficiales. Durante algun tiempo fué una vergüenza permanecer donde se hallaban el rey y la Francia, y era necesario poseer mucho valor y no mucha firmeza de carácter, para no dejarse arrastrar por aquella locura epidémica que tomaba el nombre del honor. Mi padre tuvo ese valor, y absteniéndose de emigrar, se contentó con presentar su dimision cuando

eros, de los que brota yerba en extranjeras tierras! ¡Y todo concluye siempre del mismo modo para mí, cerrando el libro y humedeciéndolo con mis lágrimas!



LIBRO CUARTO.

I.

Os he hablado de otra escena de mi infancia, impresa vivamente en mi memoria desde el origen de mis sensaciones; y como os pintaré al propio tiempo el género de educación que recibí de mi madre, voy á referiroslo.

Es un día de otoño, á fines de Setiembre ó principios de Octubre. Las nieblas, algo debilitadas por el sol, tibio aún, flotan sobre la cima de las montañas; tan pronto descienden, formando olas perezosas, al lecho de los valles, que cubren cual un río nacido durante la noche, tan pronto se desarrollan sobre los prados, elevándose á corta altura de la tierra blancas é inmóviles á manera de los lienzos que estenden los aldeanos sobre la yerba para blanquearlos al rocío; ó bien son desgarradas por ligeras ráfagas de viento que las empujan y pliegan á los dos lados de

una serie de colinas, dejando percibir de vez en cuando entre ellas grandes perspectivas fantásticas, iluminadas por rayos de luz horizontales que brotan del lado del disco del sol naciente. Apenas ha amanecido en la aldea, cuando me levanto. Mis vestidos son tan toscos como los de los muchachos mis convecinos: ni uso medias, ni zapatos, ni sombrero: una chaqueta de paño azul, de pelo bastante largo, y una gorra parda de lana, como la que llevan todavía los muchachos de las montañas de Auvernia, componen todo mi traje; me echo al hombro un saco de cuti abierto por el pecho, á manera de un gran morral. Este morral contiene, como el de mis camaradas, un pedazo grande de pan negro mezclado con centeno; otro de queso de cabra, del tamaño y dureza de un guijarro, y una navaja del valor de un sueldo, en cuyo rústico mango de madera hay además un tenedor con dos dientes largos, de hierro. De este tenedor se sirven las gentes de mi país para tomar el pan, el tocino ó las coles en la taza en que comen las sopas. Equipado de esta suerte, me encamino á la plaza de la aldea, á un lado del pórtico de la iglesia, debajo de dos corpulentos nogales. En este paraje se reúnen todas las mañanas, alrededor de sus carneros, de sus cabras y de algunas enflaquecidas vacas, los ocho ó diez pastorcillos de Milly, que cuentan, poco más ó menos, igual edad á la mia, ántes de encaminarse á las montañas.

II.

Marchamos haciéndonos preceder del rebaño común, cuya larga fila sigue á pasos desiguales los áridos y tortuosos senderos de las primeras colinas. Cada uno de nosotros va, cuando le toca, á traer á pedradas las cabras que se estravian y trepan por encima de los cercados. Vencidas las primeras eminencias áridas que dominan la aldea, lo cual no se consigue en ménos de una hora al paso del ganado, se entra en una elevada y espaciosa garganta, en la que ya no se perciben ni casas, ni humo, ni cultivo.

Las dos laderas de aquel solitario espacio están cubiertas de malezas matizadas de florecillas del color de la violeta, y de mimbres largos y amarillos con que se hacen escobas; por uno y otro lado estienden sus largas ramas medio deshojadas, un corto número de gigantescos castaños; las hojas ennegrecidas por el frío se desprenden á su rededor al menor soplo del viento. Así que nos aproximamos echan á volar, graznando, algunas negras cornejas que se descubren sobre las ramas más secas y muertas de aquellos árboles; y enormes águilas ó gabilanes, remontados en lo alto del espacio, giran durante horas enteras por encima de nuestras cabezas, acechando á las alondras que se posan en los mimbres, ó á los cabritillos que se guarecen con sus madres. Grandes masas de piedras pardusecas, manchadas y algo amarillentas á causa de los musgos,

brotan en grupos de la tierra sobre las dos pendientes escarpadas de la garganta.

Nuestro rebaño queda en completa libertad de esparcirse á su antojo por los prados. Nosotros buscamos una de esas grandes rocas, que algun tanto encorvadas sobre si mismas, forman con su cima una media bóveda, que conserva libre de la lluvia unos cuantos pies de arena fina, y nos situamos á su abrigo en cuanto reunimos tres ó cuatro colojos de malezas secas y ramas que se han caido de los castaños durante el estio; hacemos lumbre con eslabon y piedra, y encendemos una de aquellas hogueras que tan pintorescas se nos representan contempladas de lejos al pié de las colinas ó desde la cubierta de un buque, cuando se navega á vista de tierra.

Su clara y ondulante llama brilla á través de las oleadas negras, cenicientas y azules del humo de la leña verde, que es azotada por el viento como las crines de un caballo desbocado. Abrimos nuestros morrales, sacamos de ellos el pan, el queso, y algunas veces unos huevos duros, sazonados con sal sin moler y de color de ceniza. Comemos pausadamente interin que el rebaño rumia; á veces ocurre que cualquiera de nosotros descubre al extremo de una rama castaños que se quedaron olvidadas al tiempo de la recolección; entónces, armados de nuestras hondas, lanzamos con tan buen acierto una nube de piedras que el fruto se desprende de la cáscara entreabierto y cae rodando hasta nuestros pies.

Las ponemos á asar en el rescoldo de la hoguera;

y si además tropieza cualquiera con algunas patatas abandonadas entre las tierras removidas de un ribazo, nos las trae, las cubrimos tambien de ceniza y ascuas, y las devoramos humeantes todavia y sazonadas con el orgullo del descubrimiento y el atractivo del hurto.

Al medio dia reunimos otra vez las cabras y las vacas, que descansan hace largo rato al sol, sobre el blando leño de mimbres y hojas secas. Las nieblas que el sol ha dispensado al remontarse sobre aquellas cimas brillantes y de ténue luz, han ido á acumularse en el valle y en las llanuras; sólo vemos alzarse por encima de las colinas los campanarios de algunas aldeas de las alturas; y en los límites del horizonte las nieves rosadas y sombrías del Mont-Blanc, cuyas atléticas osamentas, aristas pronunciadas y ángulos entrantes y salientes, se distinguen como si estuviera á corta distancia.

Reunido ya el ganado, nos dirijimos hácia la verdadera montaña. Dejamos muy atrás aquella primera garganta en que hemos pasado la mañana; desaparecen los castaños, sucediéndoles enanas malezas, y van haciéndose más ásperas las pendientes, tapizadas con largos helechos y engalanadas con las flores de las campanillas azules y las digitalès purpúreas; todo lo cual se pierde de vista tambien á su vez. De allí en adelante sólo se descubren musgo y piedras movedizas, que ruedan sobre los costados de las montañas.

Uno ó dos pastores se quedan allí en guarda del ganado. Los otros, y yo con ellos, hemos descubier-

to hace muchos días, en la última cresta de la más alta de aquellas cimas, y al lado de una tabla de nieve que parece una mancha blanca al Norte, y que tarda mucho en derretirse en las primaveras frías, una abertura en el peñasco, que debe dar entrada á alguna caverna. Hemos visto que las águilas dirigian su vuelo hácia aquellas peñas, y los más osados de entre nosotros nos hemos decidido á coger en el nido los polluelos. Hoy es el día destinado para subir allá, armados de nuestros palos y de nuestras hondas. Todo está previsto, hasta la oscuridad de la caverna; y cada uno de nosotros hace muchos días que tiene preparado un hachon destinado á alumbrarse. Para procurárnoslo, hemos cortado en los bosques de las inmediaciones troncos de pino de ocho ó diez años, los hemos hendido en direccion de su longitud, en veinte ó treinta astillas de una ó dos líneas de grueso, dejando únicamente intacta la estremidad inferior del árbol hendido de esta manera, con el fin de que permanezcan unidas las astillas, y con el de tener un mango sólido con que sostenerlo en la mano; además, de distancia en distancia las hemos liado con alambres para que el haz no se desmiembre, llevándolos á secar por espacio de muchas semanas en el horno señorial del pueblo, desocupado ya del pan. Preparados de esta suerte los troncos, calcinados por el fuego é impregnados de la resina propia del pino, quedan convertidos en antorchas, que arden con lentitud, que no se apagan con nada, y que dan llamas de un rojo brillante con el más leve soplo de aire que las agite. Cada uno de nosotros lleva al

hombro uno de estos pinos. Al pié ya del peñasco, los ponemos derechos para poder encaramarnos á la boca tortuosa de la caverna que se abre sobre nuestras frentes; y al fin llegamos á ella trepando de roca en roca y despedazándonos las manos y las rodillas. La embocadura, cubierta por una bóveda natural de inmensos pedruscos, apeados los unos contra los otros, es bastante capaz para contenernos á todos. En breve comienza á estrecharse obstruida por bancos de piedra que nos vemos en la necesidad de separar; y despues, girando de pronto y descendiendo con la rapidez de una escalera sin peldaños, se pierde en la montaña y en la noche.

Allí decae nuestro valor, y arrojamos al fondo piedras, cuyo ruido, que lentamente baja, vuelve en ecos subterráneos hasta nuestros oídos. Los murciélagos se precipitan á este estrépito de su antro, y nos rozan la cara al salir con sus membranas viscosas. Encendemos dos ó tres antorchas, y el más atrevido y el mayor de entre nosotros avanza delante; todos le seguimos; un corto espacio vamos arrastrándonos, como el zorro en su guarida. El humo de las antorchas nos ahoga, pero no nos detiene.

La bóveda se ensancha y eleva de repente, y nos encontramos en una de esas vastas salas subterráneas de que casi siempre dan indicio las cavernas de las montañas, sirviéndolas, por decirlo así, para respirar el aire exterior. Una pequeña charca de agua clarísima refleja en su fondo el resplandor de nuestras teas. Gotas brillantes como el diamante se filtran de las paredes de la bóveda, y cayendo por

intervalos regulares en el charco, producen ese ruido sonoro, armonioso y agradable, que tanto en los reducidos manantiales como en los grandes mares, son siempre la voz del agua. El agua es el elemento triste. *Super flumina Babylonis sedimus et flebimus.* ¿Y por qué? Porque el agua llora á la par con todo el mundo. Aunque somos niños, no podemos ménos de enternecernos.

Sentados al borde de la laguna murmuradora, permanecemos largo espacio orgullosos con nuestro descubrimiento, sin embargo de que no hemos hallado leones ni águilas, y de que ennegrecido el peñasco en muchos puntos por el humo de muchas antorchas, ha debido hacernos ver que no hemos sido los primeros iniciados en el secreto de la montaña. Nos bañamos en la charca helada; humedecemos el pan en sus ondas; olvidamos por mucho tiempo el examinar si tiene alguna otra ramificación la caverna, hasta tal punto, que cuando salimos se ha ausentado ya el día, y la noche muestra en el firmamento sus primeras estrellas.

Esperamos á que las tinieblas sean más profundas aún, y encendiendo entónces á la vez los troncos de pino por su estremidad, descendemos con rapidez de cima en cima, como estrellas errantes; hacemos evoluciones luminosas sobre los cerros más elevados en que puedan descubrirnos desde las aldeas más distantes de la llanura; nos precipitamos hácia nuestro rebaño como un torrente de fuego, y le echamos por delante cantando y gritando. Llegados á la última colina que domina las casas de Milly, nos dete-

nemos, seguros de que nos estarán observando, sobre un prado en declive; formamos corros, ejecutamos danzas, cruzamos nuestros pasos alzando los arbolejos inflamados sobre nuestras cabezas; y por último los arrojamos ya casi consumidos en la yerba, donde todos los troncos aglomerados forman una luminaria que vemos arder con lentitud, al descender hácia la casa de nuestras madres.

Así se pasaban, con ligeras variaciones segun la estacion, mis dias de pastor. Ya era la montaña con sus cavernas, ya las praderas con sus aguas corrientes á la sombra de los sauces; las esclusas, los molinos, en los cuales nos ejercitábamos en nadar; ya los potros montados en pelo y domados á la carrera; ya la vendimia con sus carros colmados de racimos, cuyos bueyes conducia yo con la hijada, y las tinas espumosas que pisaba enteramente desnudo con mis camaradas; ya la recoleccion y la era, en donde sacudia cadenciosamente el trigo con el mazorcadador proporcionado á mis brazos infantiles. No es posible que exista hombre alguno que haya sido eriado más en contacto con la naturaleza, ni que haya aspirado en edad más temprana la inclinacion á las cosas del campo, á las costumbres de ese pueblo feliz que en ellas vive, y á cosas sencillas, pero variadas, como los cultivos, los lugares, las estaciones, que no convierten al hombre en una máquina de diez dedos sin alma, como los monótonos trabajos de otras industrias, sino en un ser que siente, piensa y ama, en perpétua comunicacion con la naturaleza, que se infiltra en él por todos sus poros, y con Dios,

cuya intermediación conoce por los bienes que de él recibe.

III.

Humildes, severas y crueles fueron las primeras impresiones de mi vida. Los paisajes primeros que contemplaron mis ojos, no eran á propósito para dilatar ni matizar demasiado las alas de mi juvenil imaginación; sólo despues y poco á poco fué cuando las escenas magnificas de la creación, el mar, las sublimes montañas, los resplandecientes lagos de los Alpes y los monumentos humanos en las grandes poblaciones, hirieron mis ojos. Al principio sólo ví lo que suelen ver los muchachos de la más agreste aldea, en un país cuya fisonomía no es imponente. Tal vez es lo mejor, para gozar bien en la contemplación de la naturaleza y de las obras de los hombres, comenzar por lo más modesto y vulgar, é iniciarse, por decirlo así, lentamente y á medida que el alma se desarrolla, en los espectáculos de este mundo. El águila misma, cuyo destino es subir tan alto y ver á tanta distancia, comienza su vida en la grieta de una roca, y no divisa en su juventud más que las orillas áridas y muchas veces fétidas de su nido.

La ignorada aldea que había destinado el cielo para mi nacimiento, y en la que la revolución y la pobreza confinaron á mis padres, no contenía nada que pudiese indicar ni decorar el sitio de la humilde cuna de un pintor ó de un admirador de la obra de Dios.

IV.

Desviándose del lecho del Saona, abierto en medio de verdes praderas, y en la falda de los fértiles ribazos de Macon, al dirigirse hácia la pequeña ciudad y las ruinas de la antigua abadía de Cluny, en donde murió Abelardo, se sigue una senda montuosa, al través de las ondulaciones de un terreno que empieza á elevarse á la vista como las primeras olas de una marea creciente. A derecha y á izquierda blanquean las aldeas, en medio de las viñas. Por cima de ellas se dilatan montañas escuetas y sin cultivo por pendientes rápidas y pedregosas, formando prados cenicientos, en los que se destacan como puntos blancos algunos escasos rebaños. Todas estas montañas están coronadas por masas de rocas que brotan de la tierra, y cuyos dientes, gastados por el tiempo y por los vientos, se presentan á la vista como las formas y las ruinas de los antiguos castillos desmantelados. Siguiendo la senda que rodea la base de estas colinas, próximamente á dos horas de distancia de la ciudad, hállase á la izquierda un camino bastante estrecho cubierto de sauces, que se inclinan á los prados, hácia un arroyo en que se oye el ruido constante de la rueda de un molino.

El camino serpentea un momento, bajo los alisos que lo ocultan á la par del arroyo, cuyas aguas corrientes, cuando se hallan algo acrecidas por las avenidas, se apoderan de él; en seguida se atraviesa el raudal por un puentecillo, y se sube una pendiente

rapida hacia casuchas de tejas encarnadas, sobrepuestas las unas á las otras, en un pequeño terraplen. Aquella es nuestra aldea. Un campanario de piedras grises en forma de pirámide se eleva allí sobre siete ó ocho casas de campesinos. El camino pedregoso pasa deslizándose por entre estas cabañas. Al cabo de él se llega á una puerta, algun tanto más ancha y elevada que las demás. Es la del patio, en cuyo fondo se oculta la casa de mi padre.

Se oculta, en efecto, porque no se la vé desde ningún punto de la aldea ni del camino general. Edificada en el hueco de un ancho repliegue del valle, debajo y enteramente dominada por el campanario, por los edificios rústicos ó por los árboles; arrimada á una montaña de bastante elevacion, únicamente trepando á esta montaña y volviendo la cara es como se puede divisar á su pié aquella casa baja, pero maciza, que surge como un grueso mojon de piedra negruzca al extremo de un estrecho jardín. Es cuadrada; consta de un sólo piso y de tres grandes ventanas en cada fachada. Sus paredes no blanquean; la lluvia y el musgo han prestado á las piedras el matiz sombrío y secular de los antiguos claustros de las abadías. Por el lado del patio abre paso á la casa una alta puerta de madera tallada, la cual se halla colocada al extremo de una gradería de cinco escalones de piedra sillería. Mas estas piedras, aunque de dimensiones colosales, han sido de tal modo descantilladas, desgastadas y partidas por el tiempo y por los pesos que en ellas se descargan, que están enteramente desunidas, y vacilan, formando un rui-

do sordo bajo las pisadas; las ortigas y las parieta-rias húmedas crecen aquí y allí en sus intersticios, y las ranas de la primavera, con su voz dulce y melancólica, cantan durante la noche entre ellas, como pudieran hacerlo en un pantano.

Al entrar se encuentra un corredor ancho y bastante claro, pero cuyas dimensiones están cercenadas por grandes armarios de nogal tallado, donde guardan los campesinos la ropa blanca, y por sacos de trigo ó de harina colocados allí por las necesidades diarias de la familia. A mano izquierda está la cocina, cuya puerta, constantemente abierta, permite divisar una larga mesa de roble, rodeada de bancos. Pocas veces se dejan de ver algunos campesinos sentados á ella á todas horas del día; el mantel se halla siempre puesto, ya para los obreros, ya para el sin número de forasteros á quienes se acostumbra á ofrecer queso, pan y vino, en las poblaciones distantes de las ciudades, donde generalmente ni hay posada ni taberna. Por la izquierda se pasa al comedor, allí no se descubren otros muebles que una mesa de pino, algunas sillas y uno de esos aparadores viejos, con divisiones, cajones y multitud de pisos; muebles hereditarios en todas las casas antiguas, y que el gusto actual convierte en modernos al buscarlos. Desde el comedor se pasa á un salón con dos ventanas, una de las cuales da al patio, y la otra cae al Norte sobre el jardín. Una escalera, en aquel tiempo de madera, y que mi padre sustituyó con otra de piedras groseramente labradas, conduce al piso único y bajo, compuesto de una docena

de cuartos casi desamueblados y que dan á corredores oscuros. En aquel tiempo se hallaban ocupados por la familia, los huéspedes y los criados. Hé aquí el interior de la casa que tanto tiempo nos ha cobijado bajo sus paredes sombrías y benéficas: ¡hé aquí el techo á que mi madre llamaba con tanto cariño su Jerusalem, su mansión de paz!

¡Hé aquí el nido que nos abrigó durante tantos años contra la lluvia, el frío, el hambre y el hálito del mundo! ¡El nido que visitó la muerte para llevarse sucesivamente al padre y á la madre, y que los hijos han ido abandonando despues, marchándose unos por un lado, otros por otro y algunos á la eternidad!... Yo conservo con amor sus restos, su paja, sus musgos, sus plumas, y aunque ahora le encuentro vacío, desierto y sin todas aquellas deliciosas ternuras que lo animaban, todavía gozo contemplándole, y quiero dormir algunas veces en él, como si los lugares guardasen la impresion presente de las cosas, y como si esperara volver á hallarme, al despertar, con la voz de mi madre, los pasos de mi padre, los gritos alegres de mis hermanas, y todos aquellos sonidos de juventud, de vida y de amor, que resuenan únicamente para mi debajo de aquellas viejas vigas, porque no queda más que yo para percibirlos y para hacerlos existir algun tiempo más.

V.

El exterior de la casa corresponde al interior. Por el lado del corral no halla que contemplar la vista

más que los lagares, las leñeras y los establos que le rodean. Abierta siempre la puerta que da á la calle, permite ver durante todo el día á los labradores que pasan á su ida ó á su vuelta del campo. Sobre un hombro suelen traer sus aperós, y sobre el otro una larga euna en la que duerme alguno de sus hijos. Su mujer les sigue á la viña, llevando muchas veces otro hijo al pecho. En pos de ellos va una cabra con su cabritillo; detiénese un momento para jugar con los perros cerca de la puerta, y despues parte saltando para reunirse á ellos.

Al otro lado de la calle hay un horno señorial, que está siempre humeando y que es el centro común habitual en donde se reúnen los ancianos, las infelices hilanderas y los niños que acuden á calentarse á la ceniza de aquel fuego perpétuo. Esto es lo que se descubre desde una de las ventanas del salon.

La otra ventana, que da al Norte, permite estender las miradas por encima de las tapias del jardin y de los tejados de algunas casas de poca elevacion, hasta un horizonte de montañas sombrías y casi siempre nebuloso, en el que se alza, ora iluminado por un rayo anaranjado de sol, ora en el centro de las nieblas, un antiguo y ruinoso castillo, flanqueado por sus botareles y torreones.

Constituye el adorno más característico de aquel paisaje. Quitadas aquellas ruinas, los brillantes reflejos del sol poniente sobre sus paredes, y las fantásticas espirales de los vapores de la bruma alrededor de los torreones, desaparecerían para siempre con ellas, y quedaria sólo una montaña negra y una

amarillenta hondonada. Una vela en el mar y una ruina en una colina, bastan para formar un cuadro. La tierra no sirve más que de escenario: el pensamiento, el drama y la vida brotan de las huellas del hombre: donde está la vida, allí está el interés.

La parte posterior de la casa cae sobre un pequeño jardín formado por una cerca de piedras negras. En el fondo empieza á elevarse insensiblemente la montaña cultivada y cubierta de viñas en su falda, y despues desnuda y cenicienta como esos musgos sin tierra vegetal que crecen en las piedras, y casi no se perciben. Dos ó tres rocas, tambien de color oscuro, trazan una ligera franja en su cima. Ni un árbol, ni un arbusto sobresale al helecho que la entapiza: ni existe cabaña ni hogar alguno que presten animación á aquel cuadro. En esto quizás es en lo que consiste el encanto secreto del jardín. Parece la cuna del niño que la mujer de un labrador oculta en un surco del campo en tanto que trabaja. Los dos costados del surco ocultan las márgenes de un arroyo; y cuando se descorre el velo no puede descubrir el niño otra cosa que un espacio de cielo entre dos ondulaciones del terreno.

El jardín solo tiene el nombre de tal; quizá hubiera podido considerársele de otro modo en los tiempos primitivos en que describiría Homero el modesto cercado y las siete praderas del anciano Laertes. Ocho cuadros de legumbres, cortados en ángulos rectos, circundados de árboles frutales, y separados por calles de yerbas forrajeras y arena amarilla; á la estremidad Norte de estos paseos ocho

troncos tortuosos de añosos álamos, que forman un tenebroso dosel sobre un banco de madera; otro más pequeño en el fondo del jardín, formado con vides de Judea debajo de dos cerezos: eso era todo. Olvidábame, no del manantial murmurador ni del pozo de piedras verdosas y húmedas, porque no hay una gota de agua en todo aquel terreno, pero sí de un pequeño recipiente que mi padre habia abierto en la roca para que se depositase en él el agua llovediza, y alrededor de cuyas ondas verdes y estancadas se alzaban doce sicomoros y vários plátanos, que daban alguna sombra á un rincon del jardín detrás de las paredes, y que cubrian con sus anchas hojas agostadas por el estío la superficie aceitosa del recipiente.

Sí, eso es todo; y sin embargo, fué lo bastante para constituir por muchos años los goces, la alegría, las ilusiones, los placenteros ócios, y el trabajo de un padre, de una madre y de ocho hijos; hoy mismo sirve para llenar el alma con sus recuerdos; hoy mismo le contemplo como el Eden de la infancia, en el que se refugian sus más serenos pensamientos, al buscar ese rocío de la aurora de la vida y de la hermosa luz de la hora primera, que sólo brilla pura y radiante para el hombre en los primeros lugares en que descansó su cuna. ¡No existe un árbol, un elavel, una yerba del jardín que no se halle grabada en nuestra alma, como si fuese parte de ella! Aquel rincón de tierra nos parece inmenso; tantas cosas y recuerdos son los que para nosotros se encierran en tan reducido espacio. La tosca y rota verja de madera que á él conduce, y por la cual nos lanzábamos

con gritos de alegría; los tablares de lechugas, compartidos para nosotros en otros tantos jardinitos separados, y que nosotros mismos cultivábamos; el ribazo á cuya falda se sentaba nuestro padre, con los perros á los pies, al volver de caza; el sitio por dónde se paseaba nuestra madre á la caída de la tarde, rezando para sí el monótono rosario que concentraba su pensamiento en Dios, en tanto que nos acariciaba á nosotros con su corazón y con sus miradas; el rincón de césped á la sombra y al Norte para los días calurosos; la pared de corta elevación al Mediodía, en la que nos recostábamos al sol con los libros en la mano; los tres tilos, los dos avellanos, las fresas descubiertas bajo de las hojas, las ciruelas, las peras, los abridores que encontrábamos, brillantes por la mañana con su dorada goma, debajo de los árboles; y más allá el lecho de álamos que cada uno de nosotros, y yo más que nadie, buscábamos al medio día para leer nuestros libros favoritos; y el recuerdo de las confusas impresiones que recibimos con aquellas páginas; y con posterioridad la memoria de las conversaciones íntimas habidas aquí ó allí, en tal ó cual calle del jardín; y el paraje en que nos despedimos para largas ausencias, y aquel otro en que volvemos á vernos al regresar, ó en donde pasaron algunas de las escenas patéticas de ese drama privado de familia en que vemos oscurecerse el semblante de nuestro padre, en que nuestra madre llora y nos perdona, y caemos arrodillados á sus plantas, ocultando nuestra frente los pliegues de su vestido; el sitio en que fueron á anunciarla la

muerte de una hija idolatrada, ó aquel en que levantó sus ojos y sus manos al cielo.

Todas estas imágenes, todos estos recuerdos, todos estos grupos, todas estas fisonomías, todas estas felicidades, este conjunto todo, puebla aún para nosotros aquel estrecho recinto, de la misma manera que lo poblaron, vivificaron y embellecieron por espacio de tantos días, los más felices de nuestra existencia, y hacen que abarcando con la mente nuestra existencia, extraviada después, nos circundemos, por decirlo así, en aquellos mismos paseos, de aquel suelo, de aquellos árboles, de aquellas plantas que con nosotros han nacido, queriendo que el universo comience y concluya para nosotros con las paredes de aquel humilde recinto.

Aún conserva el mismo aspecto el jardín paternal. Sus árboles, algo envejecidos comienzan á cubrirse con manchas de musgo en sus troncos, y las hileras de rosas y claveles han ido conquistando terreno á la arena, reduciendo los senderos al propio tiempo á mayor estrechez, y esparciendo por ellos sus filamentos, que se enredan en los pies. Dos ruiseñores cantan todavía durante las noches de primavera en los dos cenadores desiertos. Los tres abetos, plantados por mi madre, promueven todavía con sus ramas las mismas brisas melodiosas, y el sol, al ponerse, brilla en las nubes de idéntica manera. Aún reina el mismo silencio, interrumpido únicamente de vez en cuando por las campanadas de la oración, ó por la cadencia monótona y pesada que forman los aldeanos al aventar el grano en las eras de sus gran-

jas. Pero, las yerbas parásitas, los espinos, las grandes malvas azules, se elevan en espesos manojos entre los rosales. La yedra ha ido espesando su destrozado manto sobre las paredes.

Cada año se estiende más y más por las ventanas eternamente cerradas del cuarto de nuestra madre; y cuando me paseo en él por casualidad, olvidándome un momento de mí mismo, sólo consiguen arrancarme de mi soledad los pasos del anciano viñador que nos servía de jardinero en aquel tiempo, y que de vez en cuando va á visitar sus plantas como yo mis recuerdos, mis apariciones y mis sufrimientos.

VI.

Ya conocéis aquella morada también como yo. Ahora ¡qué no pudiera animarla un sólo momento, para que la contempláseis con la vida, el movimiento, el ruido, las ternuras de que para nosotros estaba llena! Había yo cumplido diez años, y aún no sabía lo que era una amargura de corazón, un disgusto, una fisonomía adusta. Nada me oprimía; todo sonreía en torno mío. Ni estaba, sin embargo, enervado por las complacencias de aquellos á quienes debía obedecer, ni me abandonaba sin freno á las caprichosas exigencias de mis antojos ó á mis deseos de niño. Vivía en el centro benéfico y saludable de la plenitud de la vida, entre mi padre y mi madre, y respirando, sólo á su lado ternura, piedad y felicidad. Mi educación física se había reducido hasta allí á amar y á ser amado; y su complemento á criarme

al aire libre y á entregarme á los ejercicios casi salvajes que os he indicado. Era una planta sin cultivo y montaraz, y se guardaban muy bien de suministrarme abrigo.

Dejábanme crecer, fortalecerme y perfeccionarme, luchando con los elementos en todas las estaciones. Este método de vida, me sentaba perfectamente, y á la sazón era yo uno de los muchachos más hermosos que han pisado con sus pies desnudos las piedras de nuestras montañas; sin embargo, de que en ella es donde puede contemplarse tan robusta y tan bella la raza humana. Ojos de un azul oscuro, como los de mi madre, facciones muy marcadas pero suavizadas por una expresión algo reflexiva, cual la suya; una vislumbre resplandeciente de alegría interior, que iluminaba el semblante todo, cabellos muy dóciles y finos, de color oscuro y dorado, como la corteza de la castaña, cayendo en ondas mas bien que en bucles, sobre mi cuello, tostado por la intemperie; estatura elevada ya para mis años; movimientos ligeros, flexibles y graciosos; empero, con una delicadeza de piel, heredada también de mi madre, y una propensión á ruborizarme y á perder el color, que revelaba la finura del cutis, la rapidez y la influencia de las emociones del corazón sobre el semblante; soñar, en fin, el retrato de mi madre, con la diferencia de la expresión varonil; tal era yo cuando niño. Dotado de buenas formas, de buen corazón, de buen carácter, había puesto la vida un sello de felicidad, fuerza y salud en todo mi ser. El tiempo, la educación, las culpas, los hombres, los disgustos

lo han hecho desaparecer; pero á nadie acuso por ello, sino á ello mismo y á mí sobre todo.

VII.

MI EDUCACION dependia de los ojos más ó ménos serenos y de la sonrisa más ó ménos franca de mi madre. Las riendas de mi corazon estaban en el suyo. Solo exigia ella de mí que fuese verídico y bueno, lo cual no me costaba trabajo alguno. Mi padre me daba un ejemplo de sinceridad que rayaba en nimio, y mi madre el de la bondad, hasta un grado eminentemente heróico; de suerte que mi alma, respirando benevolencia únicamente, no podia menos de producirla. Nunca tuve necesidad de luchar ni conmigo mismo ni con nadie; todo me complacia, nada me [disgustaba. Ofrecíanme como una recompensa lo poco que me enseñaban mis maestros, que no eran otros sino los autores de mis días.

Veales leer y queria imitarlos; mirábalos cuando escribian, y les suplicaba que me enseñasen á formar las letras. Todo se hacia jugando, en momentos perdidos, sobre las rodillas, en el jardin, en un rincón de la chimenea, en la sala, entre sonrisas, juegos y halagos que escitaban mi inclinacion, y eran parte para que provocase yo mismo aquellas lecciones tan cortas y que tantos atractivos me ofrecian. Asi lo aprendí todo, algo tarde, es cierto, pero sin que recuerde cómo fué, y sin que al enseñarme observaran en mí el menor disgusto. Avanzaba sin conocer que andaba; mi pensamiento, siempre en

comunicacion con el de mi madre, se desenvolvía en el suyo, por decirlo así.

Las demás mujeres llevan solo nueve meses los hijos en su seno; pero puedo decir que mi madre me ha llevado doce años en el suyo, y que me ha nutrido con su vida moral, como lo habia hecho ya con la física al abrigarme en sus entrañas; hasta el momento en que forzosa y desgraciadamente me vi arrancado de ella para vivir en la vida pútrida, ó por lo menos glacial de los colegios.

No tuve maestro de leer, ni de escribir, ni de lenguas. Un vecino de mi padre, llamado M. Bruys de Vaudran, hombre de talento, retirado del mundo, en el cual habia vivido demasiado, iba á visitarnos una vez á la semana, y solia llevarme muestras de excelente letra, que copiaba yo á solas, y que le enseñaba cuando volvía para que me las corrigiese. Desde muy niño se despertó en mí una grande afición á la lectura; hasta tal punto que apenas se hallaban libros suficientes, acomodados á mis años, para alimentar mi curiosidad. Pero estos libros dejaron muy pronto de satisfacerme, llamando sólo mi atencion los volúmenes que veia colocados en varias tablas en un gabinete contiguo á la sala. Mi madre procuraba amortiguar esta impaciencia por saber que se despertaba en mí, y solo muy poco á poco y despues de un detenido exámen me iba entregando los libros. La Biblia compendiada y depurada, las fábulas de Lafontaine, que me parecian á la vez pueriles, falsas y crueles, y que nunca pude retener en la memoria; las obras de Mad. de Genlis, las

de Berquin, unos trozos de Fenelon y de Bernardin de Saint-Pierre, que ya en aquél tiempo me entusiasaban; la *Jerusalen libertada*, *Robinson*, algunas tragedias de Voltaire, y en particular *Merope*, que me leyó mi padre en las veladas; tales fueron los depósitos dónde bebi, como la planta en la tierra, los primeros jugos alimenticios de mi inteligencia juvenil. Pero, sobre todo, bebia en el alma de mi madre, leía á través de sus ojos, sentia á través de sus impresiones, amaba á través de su amor; todo me lo traducia por ella; naturaleza, sentimientos, sensaciones, pensamientos. No hubiera podido comprender nada de la creacion que se presentaba ante mis ojos, si ella no lo hubiese puesto al alcance de mi inteligencia, porque su alma era tan luminosa, tan ilustrada y tan vehemente, que no dejaba tinieblas ni frialdad en ninguna cosa. Al hacérmelo comprender todo poco á poco, lograba tambien que todo me inspirase amor. En una palabra, la instruccion, tan insensiblemente como yo la recibia, no era una leccion, sino la accion misma de vivir, de pensar, y de sentir, ejercida á su vista, con ella y por ella. Así se iba formando mi corazon sobre un modelo que no tenia ni aún el trabajo de examinar; de tal manera se fundia con mi propio corazon.

VIII.

MI madre se cuidaba muy poco de lo que se entiende por instruccion: no aspiraba á hacer de mí un muchacho adelantado para mi edad, ni pretendia

que se despertase esa emulacion, que no es otra que la escitacion del orgullo de los niños. No me permitia compararme á nadie, no me ensalzaba ni humillaba tampoco nunca con comparaciones peligrosas. Juzgaba, con razon, que una vez desenvueltas mis facultades intelectuales con los años y la salud del ánimo y del cuerpo, tomaria, con tanta velocidad como otro cualquiera, ese baño de griego, de latin y de guarismos de que se compone la superficialidad literaria, á que dan el nombre de educacion. Lo que deseaba ante todo, era hacer de mí un niño dichoso, un espíritu recto y un alma apasionada; una criatura de Dios y no un maniquí de los hombres. Tales eran las ideas que, acerca de la educacion, habia encontrado en primer lugar en su alma, y despues en J. J. Rousseau y en Bernardin de Saint-Pierre, esos dos filósofos de las mujeres, porque lo son de sentimiento. Los habia conocido ó visto en su infancia en casa de su madre; despues los leyó devorándolos con ansia; y ademas habia oido, siendo muy jóven aún, debatir mil veces sus sistemas por Mad. de Genlis y por las personas dóctas encargadas de la educacion de los hijos del duque de Orleans. Sabido es que aquel príncipe fué el primero que se decidió á aplicar las teorías de esta filosofia á la educacion de sus hijos. Mi madre, criada con ellos y casi como ellos, debia trasladar á los suyos las tradiciones de su infancia, y lo hacia con tacto y con discernimiento. No confundia lo que conviene enseñar á los príncipes, colocados por su nacimiento y por sus riquezas en la cumbre del órden social, con lo que se necesita

de Berquin, unos trozos de Fenelon y de Bernardin de Saint-Pierre, que ya en aquél tiempo me entusiasaban; la *Jerusalén libertada*, *Robinson*, algunas tragedias de Voltaire, y en particular *Merope*, que me leyó mi padre en las veladas; tales fueron los depósitos dónde bebí, como la planta en la tierra, los primeros jugos alimenticios de mi inteligencia juvenil. Pero, sobre todo, bebía en el alma de mi madre, leía á través de sus ojos, sentía á través de sus impresiones, amaba á través de su amor; todo me lo traducía por ella; naturaleza, sentimientos, sensaciones, pensamientos. No hubiera podido comprender nada de la creacion que se presentaba ante mis ojos, si ella no lo hubiese puesto al alcance de mi inteligencia, porque su alma era tan luminosa, tan ilustrada y tan vehemente, que no dejaba tinieblas ni oscuridad en ninguna cosa. Al hacérmelo comprender todo poco á poco, lograba tambien que todo me inspirase amor. En una palabra, la instruccion, tan insensiblemente como yo la recibía, no era una leccion, sino la acción misma de vivir, de pensar, y de sentir, ejercida á su vista, con ella y por ella. Así se iba formando mi corazón sobre un modelo que no tenía ni aún el trabajo de examinar; de tal manera se fundía con mi propio corazón.

VIII.

MI madre se cuidaba muy poco de lo que se entiende por instruccion: no aspiraba á hacer de mí un muchacho adelantado para mi edad, ni pretendía

que se despertase esa emulacion, que no es otra que la escitacion del orgullo de los niños. No me permitía compararme á nadie, no me ensalzaba ni humillaba tampoco nunca con comparaciones peligrosas. Juzgaba, con razon, que una vez desenvueltas mis facultades intelectuales con los años y la salud del ánimo y del cuerpo, tomaria, con tanta velocidad como otro cualquiera, ese baño de griego, de latin y de guarismos de que se compone la superficialidad literaria, á que dan el nombre de educacion. Lo que deseaba ante todo, era hacer de mí un niño dichoso, un espíritu recto y un alma apasionada; una criatura de Dios y no un maniquí de los hombres. Tales eran las ideas que, acerca de la educacion, habia encontrado en primer lugar en su alma, y despues en J. J. Rousseau y en Bernardin de Saint-Pierre, esos dos filósofos de las mujeres, porque lo son de sentimiento. Los habia conocido ó visto en su infancia en casa de su madre; despues los leyó devorándolos con ansia; y ademas habia oido, siendo muy jóven aún, debatir mil veces sus sistemas por Mad. de Genlis y por las personas doctas encargadas de la educacion de los hijos del duque de Orleans. Sabido es que aquel príncipe fué el primero que se decidió á aplicar las teorías de esta filosofía á la educacion de sus hijos. Mi madre, criada con ellos y casi como ellos, debia trasladar á los suyos las tradiciones de su infancia, y lo hacia con tacto y con discernimiento. No confundía lo que conviene enseñar á los príncipes, colocados por su nacimiento y por sus riquezas en la cumbre del órden social, con lo que se necesita

hacer aprender á los hijos de las familias pobres y oscuras, colocadas junto á la naturaleza en las condiciones modestas del trabajo y de la sencillez. Pero comprendia que, en todas las condiciones de la vida, era ante todo preciso el formar un hombre; y despues de formado ya el hombre, es decir, el ser inteligente, sensible en relaciones equitativas consigo mismo, con sus semejantes y con Dios, poco importaba que fuese principe ú obrero; era lo que debia ser; estaba bien lo hecho, y llevada á cabo la obra de su madre.

Bajo este sistema me criaba la mia, dándome una educacion filosófica de segunda mano; esto es, una educacion filosófica corregida y dulcificada por la maternidad.

Fisicamente esta educacion procedia en gran parte de Pitágoras y del *Emilio*. Así es que la suma sencillez en el vestir y la más rigorosa frugalidad en los alimentos, formaban su base principal. Hallábase convencida mi madre, y respecto á esto, participo aún de sus convicciones, que el matar á los animales para alimentarse con su carne y su sangre, es una de las más sensibles y vergonzosas debilidades de la condicion humana; una de esas maldiciones echadas sobre el hombre, ya por su decadencia, en una época desconocida, ya por el endurecimiento de su propia perversidad. Creia, y participo de la creencia de mi madre, que estos hábitos de endurecimiento de corazon para con los animales más inofensivos, que nos acompañan, nos auxilian, y son, por decirlo así, nuestros hermanos en trabajo y en afecto; que esas

inmolaciones, ese apetito de sangre, ese espectáculo de carnes palpitantes, concluyen por embrutecer y hacer feroces los instintos del corazon. Opinaba, y yo tambien, que esos manjares, más suculentos y enérgicos en la apariencia, contienen en sí principios irritantes y pútridos que vician la sangre y abrevian la vida. Citaba, en apoyo de sus ideas de abstinencia, las poblaciones numerosisimas y apacibles de la India, que se privan de todo lo que ha tenido vida; las razas fuertes y sanas de los pueblos que se dedican á la cria y guarda del ganado, y aún la poblacion laboriosa de nuestras campiñas, que trabaja más y vive con más inocencia y por más tiempo, sin comer carne más que diez veces en su vida. Jamás me permitió que la probara hasta la edad en que entré en la agitada existencia de los colegios. Para quitarme el deseo si le hubiese tenido, no empleó razonamientos; pero se valió del instinto, que ejerce en nosotros mayor influjo que la lógica.

Tenia yo un cordero, regalo de un aldeano de Milly, al cual habia enseñado á que me siguiese á todas partes, como el perro más cariñoso y fiel. Nos queriamos con aquella primera pasion que los niños y los animales de corta edad se profesan naturalmente entre sí. Un dia dijo la cocinera á mi madre, en mi presencia: «Señora, el cordero está gordo, y el carnicero ha venido á buscarlo; ¿se lo lleva?» Yo lancé un grito, me precipité hácia el animal, pregunté qué era lo que querian hacer con él, y qué cosa era un carnicero. Respondióme la cocinera que era un hombre que mataba corderos, carneros, terneras

y vacas, por ganar dinero. No podía creerla. Imploré á mi madre, y al momento obtuve gracia para mi amigo. Algunos dias despues, que fué mi madre á la ciudad, me llevó consigo, y me hizo pasar, como casualmente, por el patio de una carniceria. En ella ví algunos hombres con los brazos desnudos y ensangrentados, que mataban una vaca, y otros que degollaban terneras y carneros, y que hacían cuartos sus miembros palpitantes aún. Por uno y otro lado humeaban arroyos de sangre. Apoderóse de mí una profunda compasion mezclada de horror, é insté vivamente para que pasásemos con velocidad. La idea de aquellas escenas horribles y desagradables, preliminares necesarios de cada uno de los platos de carne que veia servir en la mesa, hizo que tomase aversion al alimento animal, y horror á los carniceros. Si bien la necesidad de transigir con las condiciones de la sociedad en que vivimos me ha hecho comer despues de lo que todo el mundo come, no he podido ménos de conservar repugnancia fundada á la carne cocida; y siempre he sentido gran dificultad en no ver en el oficio de carnicero algo que tenga semejanza con el del verdugo.

Hasta la edad de doce años sólo me alimenté, por lo tanto, con pan, leche, legumbres y frutas, sin que por ello fuese ménos fuerte mi salud ni ménos rápido mi desarrollo; y quién sabe si soy deudor á este régimen de la pureza de facciones, de la esquisita sensibilidad de impresiones, de la dulzura inalterable de génio y de carácter que conservo hasta esta época.

IX.

En cuanto á ideas y sentimientos, observaba mi madre cómo se desarrollaban naturalmente en mí, cuidando de dirigirlos sin que yo mismo me apercibiese de ello. Su sistema no era hijo del arte, sino del amor, y por eso era infalible. En lo que fijaba especialmente la atencion, era en dirigir constantemente mis pensamientos á Dios, y en avivar de tal modo estos pensamientos por la presencia y aspiracion continua hácia Dios en mi alma, que llegué á mirar la religion como un placer, y la fé como una plática con lo invisible. Y era casi imposible que no se lograra su empeño, porque su piedad tenia el carácter de la ternura, como todas sus demás virtudes.

Mi madre no era, hablando con precision, lo que generalmente se entiende por una persona de genio en este siglo, en que las mujeres se han elevado á tan grande altura de ideas, de estilo y de talento en todos los géneros; es más, que ni aun lo pretendia. Su inteligencia no se ejerció nunca en tan vastos asuntos. Jamás violentaba por la reflexion los resortes fáciles y elásticos de su flexible imaginacion, ni poseia el ejercicio ni el arte de la mujer superior de estos tiempos. Nunca escribia por escribir, y mucho ménos porque la admirasen; bien que lo hizo mucho ménos para sí y para hallar en el exámen de su conciencia y en los sucesos de su vida interior un espejo moral, un espejo en el cual, al mirarse con frecuen-

cia, pudiera compararse y perfeccionarse. Esta costumbre de formar un registro de su vida, en la cual ha perseverado hasta sus últimos días, ha producido quince ó veinte volúmenes de confidencias íntimas entre mi madre y Dios, que he tenido yo la dicha de conservar; y en los cuales la vuelvo á encontrar aún con vida cuando necesito refugiarme en su seno.

MI madre había leído muy poco, temerosa de amortiguar su fé tan viva y tan sumisa á todo lo que creía ser la voz de Dios. No escribía con esa fuerza de concepcion y ese brillo de imágenes que caracterizan el don de la espresion. Hablaba y redactaba con la sencillez clara y pura de una mujer que nunca trata de profundizarse á sí propia, y que sólo se sirve de las palabras para espresar con precision su pensamiento; de la propia manera que usaba sus vestidos sólo para cubrirse, y no para embellecerse con ellos. Su superioridad no residía seguramente en su cabeza, sino en su alma. Dios ha colocado el genio de las mujeres en el corazon, cuyas obras son todas obras de amor. Ternura, piedad, valor, heroismo, constancia, pasion, abnegacion de sí misma, serenidad sensible, pero dominada por la fé y la voluntad en lo que sentía; tales eran los caractéres de aquel genio elevado, que cuantos la trataron hallaron en su vida y no en sus escritos. Sólo por el atractivo era por lo que se sentía uno fascinado al hallarse á su lado: superioridad que únicamente adorándola podia ser reconocida.

X.

El fondo de su alma consistía en un sentimiento inmenso, tierno y consolador de lo infinito. Era escesivamente sensible y escesivamente grande para las ambiciones pequeñas y mezquinas de este mundo: lo atravesaba sin habitarlo. Este sentimiento de lo infinito en todo, y más que en nada en el amor, había debido convertirse para ella en una invocacion y en una aspiracion perpétua hácia el que es su fuente; es decir, hácia Dios. Puede decirse que vivía en Dios, tanto cuanto le es permitido esto á una criatura. No había fase alguna de su alma que no estuviese vuelta constantemente hácia quien le dió el ser; que no fuese trasparente, luminosa, vivificada por ese rayo que, procediendo de lo alto, difundido directamente por Dios sobre nuestras ideas. Tal era la causa de que su piedad no se oscureciese nunca. No era devota, no participaba de ninguno de esos terrores estúpidos de Dios, de esas puerilidades, de esa servidumbre del alma, de ese embrutecimiento de ideas que constituyen la devocion de tantas mujeres, y que no son en ellas sino una infancia prolongada toda la vida, ó una vejez paciente y envidiosa, que se venga por medio de una pasion sagrada de las pasiones profanas de que no puede ya participar.

Toda la religion estaba en su génio, como en su alma. Creía humildemente, amaba con ardor, esperaba con firmeza. Su fé era un acto de virtud, y no

un razonamiento: mirábala como un don de Dios recibido de mano de su madre; que no podía sin delito examinar ó dejar llevar del viento. Con el tiempo, todos los deleites del rezo, todas las lágrimas de admiración, todas las efusiones de su corazón, todos los cuidados de su vida, y las esperanzas todas de su inmortalidad, se identificaron con su fé, y formaban, por decirlo así, parte de su pensamiento, hasta tal punto que, perdiendo ó alterando sus creencias, hubiera creído perder á la vez su inocencia, su virtud, sus amores, sus felicidades en esta vida, y sus esperanzas de ventura en la otra; es decir, su cielo y su tierra. Esa era la causa de que se hallaran identificadas con ella uno y otra. Además había nacido piadosa, como se nace poeta; la piedad constituía su ser; el amor de Dios su pasión. Mas esta pasión por la inmensidad de su objeto y por la seguridad misma de su goce, existía tranquila, feliz y tierna, como todas sus demás pasiones.

Aquella piedad era la parte de sí misma, que con mayor afán procuraba comunicarnos. Convertirnos en criaturas de Dios, en espíritu y en verdad, era el más maternal de sus pensamientos; y lo conseguía también sin sistema, sin esfuerzos, con ese maravilloso don de la naturaleza, superior á todo artificio. El sentimiento religioso que se traslucía en cada uno de sus hábitos, de sus acciones, de sus ademanes, nos circundaba, por decirlo así, de una atmósfera de cielo en medio de la tierra. Creíamos que Dios estaba detrás de ella, y que íbamos á escucharlo y á verlo, como parecía que ella misma lo veía, escu-

chaba y se comunicaba con él en cada impresión del día. Presuníamos que Dios era como uno de nosotros, nacido en nuestro ser con nuestras primeras y más indefinibles impresiones. No recordábamos haberlo desconocido, ni había pasado un sólo día en que no nos hablaran de él. Le habíamos visto siempre como un mediador entre nosotros y nuestra madre. Su nombre llegó á nuestros labios con la leche materna, y aprendimos á hablar balbuceándolo. Según íbamos creciendo se realizaban á nuestra vista, veinte veces al día, los actos por los cuales se hace presente Dios, y aun sensible al alma. Habíamos acostumbrado á pronunciar cortas oraciones por la mañana, por la noche, y ántes y después de comer. Durante mucho tiempo las rodillas de nuestra madre fueron nuestro altar familiar, y su radiante fisonomía se hallaba siempre velada en semejantes momentos por un recogimiento respetuoso y hasta cierto punto solemne, que imprimía en el alma el sentimiento de la gravedad del acto á que presidía. Después que oraba con nosotros y por nosotros, su hermosa fisonomía se tornaba más dulce y más benéfica aún; comprendíamos que había sobreescitado su voluntad y su alegría para que participásemos más y más de ellas.



LIBRO QUINTO.

I.

Todas las lecciones de religión que nos daba mi madre, se limitaban á ser religiosa en presencia nuestra y con nosotros. La constante efusión de amor, de adoración, de reconocimiento y de súplica que brotaba de su alma, era su única y natural predicación. La oración, pero la oración rápida, lírica, alada, se asociaba á nuestras menores acciones durante el día, con tal oportunidad, que nos servía siempre de placer y de encanto, en vez de mirarla como obligatoria ó abrumante. Nuestra vida en manos de semejante mujer era un *sursum corda* perpetuo. Se elevaba tan naturalmente al pensamiento de Dios, como la planta al aire y á la luz; bastábale para esto hacer lo contrario de lo que se practica generalmente. En lugar de imponernos una devoción enfadosa que no permite á los niños que se entre-

guen á sus juegos ó al sueño, cuando les obligan á rogar á Dios, muchas veces á despecho de su repugnancia y de sus lágrimas, hacia que fuesen para nuestra alma un deleite esas cortas plegarias á que nos invitaba sonriendo. No mezclaba la oracion con las lágrimas, si no ántes bien, á cuantas cosas agradables, aún cuando de poca monta, nos acaecian durante el día.

Así es, que cuando despertábamos en nuestros lechos, brillando ya en los balcones el sol alegre de la mañana; cuando cantaban los pájaros en nuestros rosales ó en sus jaulas; cuando hacia mucho tiempo que resonaban en la casa los pasos de las criadas y las esperábamos ya impacientes para levantarnos, subía, entraba, radiante siempre su semblante de bondad, de ternura y de alegría; nos abrazaba, nos ayudaba á vestir, escuchaba esa bulliciosa algarabía de los niños, cuya imaginacion refrescada gorjea al despertar como un nido de golondrinas bajo los tejados cuando la madre se aproxima, y despues de esto nos decia: «¿A quién somos deudores de la felicidad que vamos á gozar reunidos? A Dios, á nuestro celeste padre. Sin él no hubiera alumbrado este hermoso día, estos árboles hubieran perdido sus hojas, los alegres pajarillos yacerian muertos de hambre y de frio sobre la árida tierra, y vosotros, hijos míos, careceríais de cama, de casa, de jardín, de madre que os abrigase, alimentase y alegrase durante vuestra infancia. Nada más justo que darle gracias por todo cuanto nos concede en este día, y rogarle porque tengamos muchos semejantes.» En

seguida se arrodillaba ante nuestra cama, juntaba nuestras manecitas, que muchas veces besaba entre las suyas, y pronunciaba lentamente y en voz baja, la corta plegaria de la mañana, que repetiamos nosotros inflexion tras inflexion y palabra tras palabra.

Por la noche no esperaba á que nuestros ojos cargados de sueño estuviesen casi cerrados, para hacernos murmurar medio dormidos palabras que retrasasen penosamente la hora del reposo. Reunía en la sala inmediatamente despues de comer á los criados, y aún á los labradores de las más cereanas chozas y los más amigos de la casa; tomaba un libro de piadosas instrucciones cristianas para el pueblo, y leía algunos pasajes de él á su rústico auditorio. Seguía-se á esta lectura una oracion que mi madre decia en alta voz, ó en su lugar mis hermanas, así que tuvieron alguna más edad. Aún me parece que percibo la consonancia de aquellas letanias monótonas, que sordamente resonaba en la habitacion, y que se asemejaba al flujo y reflujo regular de las oleadas del corazón alzadas hasta los bordes de la vida y los oídos de Dios.

Uno de nosotros se encargaba siempre de decir una corta oracion por los caminantes, por los pobres, por los enfermos y por alguna necesidad particular de la aldea ó de la casa. Haciéndonos así figurar en el grave acto del rezo, conseguía que tuviésemos interés en asociarnos á él, y evitaba que lo tomásemos con la frialdad de una costumbre, como una ceremonia ó con disgusto. Además de estas dos oracio-

nes casi públicas, dirigíamos durante el día frecuentes é irregulares elevaciones de nuestras almas infantiles hácia Dios. Pero todas ellas, como brotaban, con las circunstancias del corazón y de los labios de nuestra madre, eran sólo inspiraciones del momento, y no tenían por lo tanto nada de rutinario ni de abrumador. Por el contrario, completaban y consagraban, por decirlo así, cada una de nuestras impresiones y de nuestros goces.

Así es que, cuando nos servían la comida frugal, pero deliciosa á nuestro paladar, ántes de sentarse á la mesa y de partir el pan, nos hacía ella, una ligera seña que comprendíamos; y suspendiendo por espacio de medio minuto la impaciencia del apetito, rogábamos á Dios que se dignara bendecir el alimento con que nos brindaba. Concluida la comida y ántes de marcharnos á jugar, le dábamos gracias en algunas palabras. Si íbamos á emprender un paseo distante y vivamente deseado en alguna de esas hermosas mañanas de estío, nuestra madre, al marchar nos hacía dirigir en silencio y sin que nadie lo notara, una corta invocación á Dios para que bendijese tan completa alegría y nos preservase de todo contratiempo. Si el paseo nos conducía ante un espectáculo sublime ó gracioso de la naturaleza, nuevo para nosotros, á algun estenso y umbroso bosque de álamos, en que la solemnidad de las tinieblas y los destellos de luz á través del ramaje conmoviesen nuestras imaginaciones infantiles, ó ante una bella cascada que nos deslumbrara con su espuma, con su movimiento y con su ruido; si un bello crepúsculo del

sol poniente agrupaba sobre la montaña nubes de formas y brillo inusitados, y daba, al perderse en el espacio, adioses sublimes á aquel pequeño rincón del globo, que había sido iluminado por él durante un momento, dejaba rara vez de aprovecharse de la grandeza ó la novedad de las impresiones para hacer que elevásemos nuestras almas al autor de tantas maravillas, y para ponernos en comunicación con él por medio de algunos suspiros líricos de su adoración constante.

¡Cuántas veces, durante las tardes del verano, paseándose con nosotros por la campiña, en la cual cogíamos flores, insectos ó chinias brillantes, en el cauce del arroyo de Milly, nos hacía sentarnos á su lado al pié de un sauce, y henchido el corazón de piadoso entusiasmo, nos hablaba un momento del sentido religioso y santo de aquella magnífica creación que arrebatava nuestras miradas y nuestros corazones! Ignoro si sus esplicaciones acerca de la naturaleza, de los elementos, de la virtud de las plantas, del destino de los insectos, se hallaban ó no conformes con la ciencia; sólo sé que en su esencia las tomaba de Pluche, Buffon y Bernardino de Saint-Pierre; pero si no resultaban de ellas sistemas intachables de la naturaleza, producían al ménos un inmenso sentimiento de la Providencia, y una religiosa bendición de nuestras almas á ese océano infinito de de las sabidurías y de las misericordias de Dios.

Quando estábamos enternecidos por sus sublimes comentarios, y vertían lágrimas de admiración nuestros ojos, no dejaba que se evaporasen aquellas dul-

ces gotas al soplo de fútiles distracciones ó de pensamientos fugitivos; apresurábase á convertir en ternura el entusiasmo de la contemplacion. Algunos versículos de los salmos, que sabía de memoria, acomodados á las impresiones del momento, se desprendían de sus labios con compuncion, y de esta suerte prestaba un sentido piadoso á la tierra toda, y una palabra divina á todos nuestros sentimientos.

II.

Cuando volvíamos pasaba casi siempre por delante de las casas de los enfermos ó de los pobres de la aldea, y aproximándose á sus lechos les daba algunos consejos y algunos remedios, para lo cual tomaba sus recetas de Tissot, ó de Buchan, médicos populares; haciendo un asiduo estudio de la medicina en beneficio de los indigentes. Poseía el genio instintivo, el golpe de vista rápido y la buena mano de los verdaderos médicos. Nosotros la ayudábamos en sus visitas cotidianas, llevando uno las hilas y el bálsamo aromático para los heridos, y otro las vendas para las compresas. Así nos enseñamos á no abrigar ninguna de esas repugnancias que con el tiempo, convierten al hombre en débil ante la enfermedad, inútil para los que sufren, y tímido en presencia de la muerte. Nunca nos apartaba de los cuadros de la miseria, del dolor, y aún de la agonía, por espantosos que fuesen. Muchas veces la ví de pie, sentada ó de rodillas, á la cabecera de aquellas miserables camas de las chozas, ó en los establos en que se

acuestan los campesinos ya viejos y achacosos, limpiar con su propia mano el sudor frio de los infelices moribundos, ayudarlos á moverse bajo sus mantas, recitarles las oraciones postreras, y esperar con paciencia por espacio de horas enteras que volase su alma á Dios, al son de su dulce acento.

Hacia tambien de nosotros los distribuidores de sus limosnas, ocupándonos sin cesar, á mí, sobre todo, como el mayor, en llevar léjos, á las casas aisladas de la montaña, ya un poco de pan blanco para las mujeres paridas, ya una botella de vino añejo y azúcar, ya un poco de caldo reparador para los ancianos, enfermos por falta de sustento. Estos mensajes eran para nosotros placeres y recompensas. Conociamos á los labradores de dos ó tres leguas á la redonda, y nunca nos veían pasar sin llamarnos por nuestros nombres, que les eran familiares, y sin suplicarnos que entrásemos en sus casas y aceptásemos un pedazo de pan, de lomo ó de queso. En todo el canton nos designaban por los hijos de la *señora*, los nuncios de buenas nuevas, los ángeles de socorro para las miserias abandonadas de los habitantes de la campiña. Con nosotros entraba por todas partes una Providencia, una esperanza, un consuelo, un rayo de alegría y de caridad. Aquel dulce hábito de intimidad con todos los desgraciados y de entrada familiar en todas las moradas de los habitantes del país, nos habian formado una verdadera familia de campesinos. Desde los ancianos hasta los niños más pequeños, eran saludados por nosotros con sus propios nombres. Por la mañana habia siempre sentados

en las gradas de la puerta principal de Milly, algunos enfermos que iban á consultar con mi madre. Después de atender á nosotros, á esto era á lo que consagraba las mañanas. Estaba siempre ocupada en preparaciones medicinales para los pobres, en cocer yerbas, en hacer tisanas, en pesar drogas en una balanza pequeña, y muchas veces tambien en curar heridas y llagas, por repugnantes que fuesen. En todo esto nos empleaba y la ayudábamos con lo que alcanzaban nuestras fuerzas. Otros busean el oro en los alambiques; mi madre sólo buscaba en ellos el alivio de las enfermedades de los pobres, y colocaba más alto y más seguro en el cielo el único tesoro que ambicionó sobre la tierra: las bendiciones de los infelices y la voluntad de Dios.

III.

Cuando terminaban todas estas faenas del día, con nuestra comida; cuando se retiraban los vecinos que iban á visitarnos algunas veces, y la sombra de la montaña, prolongándose sobre el estrecho jardín, se tendian sobre el crepúsculo del espirante día, se separaba mi madre un momento de nosotros; nos dejaba ya en el gabinete, ya en un rincón del jardín, distantes de ella, y se consagraba por espacio de una hora al reposo y á la meditación. Aquel era el momento en que llamando á sí todos los pensamientos y sentimientos que habian brotado de su alma durante el día, se reconcentraba con ellos en el seno de Dios, abismándose en él con todo su anhelo.

Aunque niños, comprendiamos nosotros que aquella era la única hora que se habia reservado para sí; y nos separábamos de la calle del jardín por donde se paseaba, como si temiéramos interrumpir ú oír las misteriosas confidencias de ella á Dios y de Dios á ella! Era una calle estrechita, de arena de color amarillo rojizo, á cuyos lados habia fresales intermedios con árboles frutales, no más altos que su cabeza: terminaba por un extremo con un grupo de avellanos, y por el otro con una pared. Era el sitio más solitario y más abrigado del jardín: sin duda lo preferia por eso, porque lo que veía en aquella calle estaba en ella, y no en el horizonte de la tierra. Paseábase con paso rápido, pero uniforme, como el de el que piensa con voluntad, dirigiéndose á un objeto verdadero, y en quien el entusiasmo se aumenta segun va avanzando. Ordinariamente no llevaba nada en la cabeza: con sus hermosos cabellos negros medio entregados al viento, y la fisonomía algun tanto más grave que en el resto del día, ya ligeramente inclinada á la tierra, ya elevada al cielo, en donde parecian buscar sus miradas las primeras estrellas que comenzasen á destacarse del azul de la noche en el firmamento. Tenia desnudos los brazos hasta el codo, y sus manos, ya juntas como las de quien está orando, ya sueltas y cogiendo como por distraccion las rosas ó violetas, cuyos altos tallos crecian á orillas del camino. Algunos momentos permanecian sus labios inmóviles y entreabiertos, otros cerrados y agitados por un movimiento imperceptible, como los de quien habla entre sueños.

Así recorría por espacio de una media hora poco más ó ménos, según estuviese la tarde, y fuese el tiempo de que podía disponer ó la magnitud de su inspiración interna, dos ó trescientas veces el espacio de la calle. ¿Qué hacía? Ya lo habéis adivinado: vivía un momento en Dios sólo, huía de la tierra, separábase voluntariamente de todo cuanto adoraba en este mundo, para correr en busca de una comunicación anticipada con el Criador, en el seno mismo de la creación; de ese consuelo celestial de que necesita el alma que sufre y ama, para recobrar nueva fuerza con que poder sufrir y amar por más tiempo todavía.

Lo que Dios decía á aquella alma, Dios sólo lo sabe; lo que decía ella á Dios, lo sabemos nosotros casi tanto como ella. Eran arrepenimientos llenos de sinceridad y de compunción por las ligeras faltas que pudo cometer en el cumplimiento de sus deberes durante el día; dulces reconvenciones que á sí misma se dirigía para animarse á corresponder á las gracias divinas de su situación; vehementes acciones de gracia á la Providencia por algunas de las pequeñas felicidades que la habíamos proporcionado nosotros; ya porque su hijo anunciase felices inclinaciones, ya porque sus hijas se embelleciesen, ó porque su marido acrecentara algún tanto, merced á una inteligencia y un orden admirables, la reducida fortuna y el futuro bienestar de la casa; los trigos, que prometían ser abundantes, las viñas, nuestra principal riqueza, que embalsamaban el aire con sus perfumadas flores y pronosticaban una abundante vendimia:

algunas contemplaciones súbitas y entusiastas de la grandeza del firmamento, de la multitud de los astros, de la belleza de la estación, de la organización de las flores, de los insectos, de los instintos maternales de los pájaros, cuyos nidos respetados por nosotros, se dejaban ver entre las ramas de nuestros rosales y arbustos; todo esto, aglomerado en su corazón como las primicias sobre el altar, inflamado por el fuego de su juvenil entusiasmo, exalándose en miradas, en suspiros, en algunos ademanes inadvertidos, y en versículos de los salmos pronunciados á media voz. Tal era lo que percibían únicamente las yerbas, las hojas, los árboles y las flores de aquel solitario paseo.

IV.

Esta calle producía en nosotros el mismo efecto que un santuario en un lugar sagrado, que una capilla en aquel jardín en donde era visitada por el mismo Dios. Jamás osábamos ir á jugar allí; la dejábamos enteramente abandonada á su misterioso uso, aún cuando nadie nos lo hubiese mandado. Ahora, después de tantos años, en que sólo su sombra vaga por aquel recinto, cuando voy al jardín, atravieso la calle de mi madre, inclino la cabeza al atravesarla, pero nunca me paseo en ella, para que se borren sus huellas.

Cuando salía de aquel santuario de su alma y volvía á nosotros, veíamos que sus ojos estaban humedecidos, y su fisonomía más serena y afable que de

costumbre. La perpétua sonrisa que se dibujaba en sus labios, aparecía aún más tierna y amorosa. Hubiérase dicho que había dejado un peso de tristeza ó de adoracion, y que llenaba con mayor libertad sus deberes en el resto del día.

V.

Entre tanto iba yo creciendo en años: ya contaba diez, y era preciso que empezara á aprender algunas de esas cosas que saben los hombres; porque mi madre se cuidaba sólo de instruir mi corazon y de formar mis sentimientos. Tratábase de que me enseñaran el latin. El anciano cura de una aldea vecina (porque el curato de Milly había sido vendido y cerrada su iglesia) tenia una especie de escuela para los niños de algunos aldeanos acomodados: á ella determinaron enviarme: por las mañanas, me daban para que llevase en un saco, á la espalda, un pedazo de pan y alguna fruta destinada á desayunarme, en compañía de mis camaradas. Además llevaba debajo del brazo, como los otros, un hacecillo de cepas para alimentar la lumbre del pobre cura. La aldea de Bussieres, donde estaba la pequeña iglesia que éste servia, se halla situada á un cuarto de legua del pueblecillo de Milly, en el fondo de un delicioso valle, dominado á un lado por viñedos y nogales, en tanto que por el otro se estienden hermosos prados regados por un arroyo y entrecortados por bosquecillos de encina y por grupos de viejos castaños. El curato, con su jardín, su patio y su pozo, se hallaba es-

condido al Norte detrás de los muros de la iglesia, y enteramente sepultado bajo la sombra del ancho campanario.

Únicamente tenia al Mediodía una galería exterior de algunos pasos de longitud, cuyo techo se hallaba sostenido por troncos de árboles sin descortezar, y que daba á la cocina y á una pieza en la cual habia fijado el anciano nuestra sala de estudio. Aún me parece que estoy oyendo el ruido de nuestros pequeños zuecos, que resonaban sobre los escalones de piedra por donde se subía á esta galería desde el patio. Todos los días del año íbamos allá cinco ó seis muchachos de Milly, y cuanto más lluvioso y frio estuviere el tiempo, tanto más delicioso nos parecia el camino, y más lo prolongábamos. Entre Bussieres y Milly hay una colina rápida, cuya pendiente se precipita sobre el valle del presbiterio por un pedregoso sendero. Aquel sendero se cubria en invierno con una espesa capa de nieve ó de hielo, por la cual nos dejábamos resbalar como hacen los pastores de los Alpes. En lo más hondo, los prados ó el arroyo desbordado, aparecian convertidos muchas veces en lagos cuajados por el frio, é interrumpidos únicamente por el negro tronco de los sauces. Habíamos podido proporcionarnos patines y aprendido, á fuerza de caídas, á servirnos de ellos. Entónces fué cuando nació en mí una verdadera pasion hácia ese ejercicio del Norte, en el que despues llegué á ser muy hábil. Sentirse llevado con la rapidez de la flecha y con las graciosas ondulaciones del pájaro en el aire sobre una superficie plana, brillante, sonora y

engañadora; imprimirse á sí mismo por un simple impulso del cuerpo, y por decirlo así, con el sólo timon de la voluntad, todas las curvas, todas las inflexiones del bardo en el mar, ó del águila que se cierne en el azul del cielo, era para mí y lo sería aún, si no respetara mis años, una embriaguez tal de sentidos y un ofuscamiento tan voluptuoso del pensamiento, que no puedo recordarlo sin conmovirme. Ni aún los caballos, á los que he tenido tal afición, infunden al jinete el delirio melancólico que los inmensos lagos helados á los que patinan. ¡Cuántas veces he anhelado que el invierno, con su sol brillante y frío, reflejado sobre los hielos azules de las ilimitadas praderas del Saona, fuese eterno como nuestros placeres!

Se concibe bien que con tal compañía y por tal camino, llegásemos algo tarde las más de las veces. El anciano sacerdote no nos recibía mal, á pesar de esto. Agobiado por la edad y por las enfermedades, hombre de mundo en otro tiempo, elegante y rico antes de la revolución, sumido después en la pobreza, sentía muy poca inclinación hácia la sociedad de niños, aturdidos y alborotadores, á quienes estaba encargado de enseñar. Todo lo que el buen hombre quería de nosotros era la ligera retribución que la generosidad de nuestros padres añadía sin duda á las cortas obviaciones de su iglesia. Por lo demás, se descartaba del peso de nuestra educación, confiándola á su vicario, jóven aventajado, que vivía con él, y á quien trataba más bien como á padre, que como á superior; llamábase el abate Dumont. El resto de

la familia se componía de una mujer, ya entrada en años, pero bella y graciosa aún, que era la madre del jóven abate, y gobernaba pacífica y despóticamente la casa de los dos sacerdotes; ayudada de una linda sobrina y de un anciano mayordomo de fábrica que partía la leña, cuidaba del jardín y tocaba las campanas.

El padre Dumont no tenía ninguna relación con el sacerdocio, si no es su profunda repugnancia á un estado que abrazó, muy contra su voluntad, la víspera misma del día en que aquel iba á ser destruido en Francia; así es que ni aún de los hábitos usaba. Todas sus inclinaciones eran las de un caballero, todas sus costumbres las de un militar; sus maneras más leves, las de un hombre de gran mundo. Sus facciones eran agraciadas, aventajada su estatura, su actitud imponente, grave y melancólica su fisonomía; hablaba á su madre con ternura, al cura con respeto, á nosotros con desden y superioridad. Siempre rodeado de dos ó tres hermosos perros de caza, sus compañeros constantes en la alcoba cuanto en los bosques, ocupábase más con ellos que con nosotros. Dos ó tres escopetas relucientes de puro limpias y adornadas con chapas de plata, brillaban en un rincón de la chimenea; las bolsas de la pólvora, de las balas y de los perdigones, se hallaban esparcidas en desórden por todas las mesas. Llevaba ordinariamente en la mano un látigo de correa con mango de márfil, terminado por un silbato para llamar á los perros en la montaña. Ornaban las paredes de su habitación muchos sables y cuchillos de monte, y gran-

des botas de montar, armadas de largas espuelas de plata, se alzaban lustrosas y barnizadas en los rincones. Por su aspecto, por el metal varonil y firme de su voz y por aquellos objetos, se conocía que su carácter natural se vengaba por medio del traje del contrasentido de su naturaleza y de su estado.

Era instruido, y multitud de libros aglomerados sobre las sillas, demostraban su afición á la literatura. Pero aquellos libros, como sus muebles, tenían muy poco de canónicos. Eran volúmenes de Reynald, de J. J. Rousseau, de Voltaire, novelas de la época ó folletos y periódicos contrarrevolucionarios; pues si era poco eclesiástico, el abate Dumont, era en cambio muy realista. Hallábase cubierta su chimenea de bustos y grabados que representaban al infortunado Luis XVI, á la reina, al delfin, y á las víctimas ilustres de la revolución. Todo el odio que hacía ella sentía y toda aquella filosofía cuya consecuencia había sido la revolución, se conciliaban muy bien entónces en la mayor parte de los hombres de la época. La revolución había satisfecho sus doctrinas y destruido su bienestar: de aquí resultaba que su alma fuese un caos como la nueva sociedad, y que no se entendiesen á sí mismos.

Se comprende perfectamente por este leve bosquejo, que entre un anciano achacoso, que incesantemente se hallaba al lado del fuego en la cocina, y un jóven ansioso de movimiento y de placer, y que contaba como otras tantas horas de suplicio, las que robaba por nosotros á la caza, no pudiera marchar nuestra educación con mucha rapidez. Así fué, que

sólo se limitó durante todo un año á dos ó tres declinaciones de palabras latinas, de las cuales no comprendíamos más que las terminaciones. El resto lo empleábamos en patinar durante el invierno, en nadar durante el verano en las esclusas de los molinos, y en correr á las bodas y las fiestas de las aldeas vecinas, donde nos daban las tortas de costumbre en semejantes circunstancias, y en donde tirábamos los innumerables pistoletazos, que son las señales de regocijo en todos los países.

Yo hablaba el *patuá* como mi idioma nativo, y nadie sabía mejor las canciones tradicionales, tan sencillas, que se cantan por la noche en nuestros campos, debajo de la ventana del cuarto, ó á la puerta del establo en donde duerme la desposada.

VI.

Pero esta vida, enteramente campestre, y aquella ignorancia de todo lo que los muchachos saben á semejante edad, no impedía que respecto á sentimientos y á ideas, mi educación familiar dirigida por mi madre, hiciese de mí uno de los espíritus más rectos, uno de los corazones más apasionados, y uno de los hijos más dóciles que pueden desearse. Constituían mi vida la libertad, los ejercicios vigorosos y los placeres sencillos, más no los desarreglos perjudiciales. Los que me educaban sabían muy bien, sin que yo lo notara, elegirme camaradas y amigos entre los hijos de las familias más honradas y más intachables de la aldea. Hasta cierto punto vivía yo

confiado al cuidado de los que tenían más edad que yo. No recibía de ellos ni malos ejemplos, ni malos consejos. El respeto y el amor que sentía todo el pueblo hacia mis padres, se reflejaba en mí; siendo de esta suerte el país como una familia, en la cual figuraba yo, por decirlo así, como un hijo común y predilecto.

Jamás hubiera ambicionado otra vida. Mi madre, que temía por mí el peligro de las educaciones públicas, hubiera querido prolongar indefinitivamente aquella infancia tan feliz. Pero mi padre y sus hermanos, de quienes pronto tendré que ocuparme, veían con inquietud que iba á llegar á mi año duodécimo á los pocos meses, y muy pronto á la adolescencia, y que me sorprendería la edad viril en un inmenso atraso de instrucción y costumbres, respecto á los hombres de mi edad y condición. Con este motivo alarmábanse en alta voz, fulminando las más vivas manifestaciones en contra de mi pobre madre, la cual muchas veces concluía por llorar. La tempestad pasaba sin embargo, y se rompía contra la imperturbabilidad de su ternura y contra la energía de su voluntad, tan flexible y tan constante por lo mismo; pero la tempestad se repetía todos los días.

El mayor de mis tíos era un hombre de otros tiempos, bueno, pero áspero. Criado en la escuela ruda y estricta de la vida militar, no concebía otra que la educación que comunmente se recibe. Quería que el hombre se formase por el contacto con los hombres; temía que la ternura de una madre, atra-

vida, enervase demasiado la virilidad del carácter. Por lo demás era muy instruido, y aún sábio y escritor, y veía que nunca aprendería nada en casa de mi padre, sino á vivir bien y ser feliz; quería más que esto.

Mi padre, naturalmente más indulgente é influido á las ideas maternas, nunca se hubiera determinado por su voluntad á desterrarme de Milly; pero le decidieron las insistencias de mis tíos, reyes de la familia y sus oráculos, poco más ó ménos, como el bailío de Mirabeau en la de aquel grande hombre. Aquel tío tenía entre sus manos el porvenir de la nuestra, porque gobernaba á sus hermanos y hermanas. No estaba casado, y era preciso contemporizar con él. Su imperio, algo despótico como lo era entonces la autoridad de un cabeza de familia, se ejercía con una soberanía robustecida por su mérito distinguido y por la consideración de que se hallaba investido: mi madre hubo de ceder por prudencia y por amor hacia sus hijos, y mi sentencia fué pronunciada, aunque no sin muchas contemplaciones y lágrimas.

Andúvose buscando largo tiempo un colegio en que los principios religiosos, tan caros á la que me había dado el ser, se hallasen hermanados con su enseñanza sólida y un régimen paternal: y al fin se creyó encontrarlo todo en una casa de educación, célebre á la sazón, en Lyon. Mi madre misma me acompañó á aquella reclusión, donde entré, como un reo de muerte entra en la capilla. Las falsas sonrisas, las caricias hipócritas de los maestros del cole-

gio que por ambicion al dinero pretendian imitar las de un padre, no me engañaron: comprendí bien pronto cuánta venalidad había en aquella ternura obligada, despedazóseme el corazon por la vez primera de mi vida, y cuando se interpuso entre mi madre y yo la verja de hierro, conocí que entraba en otro mundo, y que el sol de mis primeros años se había ocultado para no volver jamás.

LIBRO SESTO.

I.

Figuráos un pájaro manso, pero libre y salvaje, en posesion de su nido, de los bosques, del cielo, en contacto con todos los deleites de la naturaleza, del espacio y de la libertad, cogido de súbito en el lazo del cazador y obligado á replegar sus alas y á despedazar sus patas en los hierros de la jaula estrecha en donde acaban de encerrarlo con otras aves de diferentes razas, y cuyo plumaje y gritos discordantes le son desconocidos, y os formareis una idea, aunque imperfecta, de lo que esperiménté durante los primeros meses de mi cautiverio.

La educacion maternal me habia formado un alma en la cual todo era expansion, sinceridad y cariño. No sabia aborrecer, sino amar. El mandó no habia contraido una sola vez mi voluntad, siempre conforme con la suya. No conocia más que la blanda y na-

gio que por ambicion al dinero pretendian imitar las de un padre, no me engañaron: comprendí bien pronto cuánta venalidad había en aquella ternura obligada, despedazóseme el corazon por la vez primera de mi vida, y cuando se interpuso entre mi madre y yo la verja de hierro, conocí que entraba en otro mundo, y que el sol de mis primeros años se había ocultado para no volver jamás.

LIBRO SESTO.

I.

Figuráos un pájaro manso, pero libre y salvaje, en posesion de su nido, de los bosques, del cielo, en contacto con todos los deleites de la naturaleza, del espacio y de la libertad, cogido de súbito en el lazo del cazador y obligado á replegar sus alas y á despedazar sus patas en los hierros de la jaula estrecha en donde acaban de encerrarlo con otras aves de diferentes razas, y cuyo plumaje y gritos discordantes le son desconocidos, y os formareis una idea, aunque imperfecta, de lo que esperiménté durante los primeros meses de mi cautiverio.

La educacion maternal me habia formado un alma en la cual todo era expansion, sinceridad y cariño. No sabia aborrecer, sino amar. El mandó no habia contraido una sola vez mi voluntad, siempre conforme con la suya. No conocia más que la blanda y na-

tural persuasiva que se desprendía para mí de los labios, de los ojos, de los menores gestos de mi madre; y es que no era mi maestro, sino otra cosa mucho más poderosa, mi propia voluntad. Aquel sano régimen de la casa paternal, en donde no imperaba otra ley que la de amarse, en donde no se temía más que disgustar, en donde no existía otro castigo que el de una frente contraída, me había convertido en un niño demasiado propenso á todo lo que fuese sentir, muy impresionable á la menor aspereza y á la menor contrariedad del corazón. De pronto caía de aquel nido henchido de blanda pluma y abrigado por la ternura de una familia incomparable, á la tierra fría y dura de una escuela tumultuosa, habitada por doscientos niños desconocidos, burlones, malignos, viciosos, gobernados por maestros bruscos, violentos é interesados, cuya lengua meliflua, pero empalagosa, no encubrió un sólo día á mi penetración la indiferencia.

Los tomé horror. No veía en ellos sino á mis carceleros; pasaba las horas de recreo en contemplar sólo y con tristeza, á través de los barrotes de una larga verja que cerraba el patio, el cielo y la cima encespada de las montañas del Beaujolais, y en suspirar después por las imágenes de dicha y libertad que en ellas había dejado. Los juegos de mis compañeros me entristecían, repeliéndome hasta sus mismas fisonomías. Todo respiraba allí un aire de malicia, de intriga y de corrupción que hacía estremercse á mi corazón. La impresión fué tan viva y tan triste, que me asaltaron con fuerza ideas de sui-

cidio, cuando ni remotamente había oído hablar nunca de él. Recuerdo haber pasado días, y aun noches, en ver si conseguiría quitarme por algún medio una vida que no podía ya soportar por más tiempo. Tal fué el estado de mi alma mientras permanecí en aquella casa.

II.

Después de algunos meses de semejante suplicio, me resolví por fin á escaparme. Calculé hábilmente, durante mucho tiempo, los medios de evasión, y á la hora en que se abrían las puertas de una sala de recibo para los padres que iban á visitar á sus hijos, procuré quedarme en ella. Fingí que se me caía á la calle la pelota con que jugaba, y me precipité fuera, como para recogerla; cerré violentamente la puerta detrás de mí, y me lancé á todo correr por las callejuelas, formadas de tapias y jardines que atravesaban el arrabal de la Croix-Rousse, en Lyon. En breve conseguí hacer perder mis huellas al guardian que me perseguía, y así que hube ganado los bosques que cubrían las colinas del Saona, entre Neuville y Lyon, detuve el paso y me senté al pié de un árbol para tomar aliento y reflexionar.

Por todo recurso poseía tres francos en dinero menudo. Sabía muy bien que iba á ser muy mal recibido por mi padre; pero dije para mí: «Siempre habré conseguido con esta fuga, el que no vuelvan á enviarme al mismo colegio.» Además, contaba

con no presentarme á mi padre. Mi plan consistia en ir á Milly, demandar asilo á uno de aquellos honrados labradores, de quienes era tan conocido y amado, ó si no á la casita del perro grande que habia en el patio de la casa, en donde tan frecuentemente pasaba horas enteras con él echado en la paja, y hacer que desde allí avisasen á mi madre de mi llegada. Ella moderaria el rigor de mi padre, el cual al fin me recibiria y perdonaria, volviendo yo á la vida de otro tiempo.

Pero no sucedió así. Pues ya en marcha y habiendo llegado á un pueblecito á seis leguas de Lyon, entré en un albergue y pedí de comer. Más apenas me habia sentado ante la tortilla y el queso que me preparó una buena mujer, cuando se abrió la puerta y vi entrar por ella al director de la casa de educación, acompañado de un gendarme, que apoderándose de mí me ató las manos, me llevó consigo, espuesto á la vergüenza que me ocasionaba la curiosidad de los aldeanos. Encerráronme solo (en una especie de calabozo), en el cual pasé dos meses sin comunicacion con nadie, á no ser con el director, quien me exigia en vano una protesta de arrepentimiento. Fatigado al fin de mi firmeza, me envió al lado de mis padres: toda la familia me recibió mal, excepto mi madre, quien obtuvo que no se me volviera á enviar á Lyon. Un colegio dirigido por los jesuitas (el de Belley, en la frontera de Saboya), gozaba entonces gran fama, no solo en Francia, sino tambien en Italia, Suiza y Alemania. A él fué dónde me llevó mi madre.

III.

Al entrar conocí en muy poco tiempo la prodigiosa diferencia que hay entre la educacion venal, dispensada á los pobres niños, por amor al oro, por maestros especuladores, y la que se da en nombre de Dios é inspirada por un celo religioso, cuya única recompensa está en el cielo. No encontré allí á mi madre; pero hallé á Dios, la pureza, la oracion, la caridad, una vigilancia dulce y paternal, el cuidado benévolo, de la familia, niños amados y amantes, en cuyos semblantes se retrataba la felicidad. Estaba agriado y endurecido, y me dejé enternecer y seducir. Me doblegué yo mismo á un yugo que excelentes maestros sabian convertir en blando y ligero. Todo su arte consistia en interesarnos en los triunfos de la casa y en conducirnos por nuestra propia voluntad y por nuestro propio entusiasmo. Parecia que un espíritu divino animaba con el propio hábito á maestros y discipulos. Nuestras almas habian recobrado sus alas, y volaban por su natural impulso hácia lo bueno y hácia lo bello. Aun los más rebeldes se veian impelidos y arrastrados por el movimiento general. Entónces fué cuando comprendí lo que podia hacerse de los hombres, no contrariándolos, sino inspirándolos. A todos nos animaba el propio sentimiento religioso que á nuestros maestros, porque poseian el arte de hacerle amable, y se servian de él para crear en nosotros la pasion de Dios. Semejante palanca colocada en nuestros propios co-

razones, lo elevaban todo. En cuanto á ellos, no nos fingian cariño, sino que nos amaban verdaderamente, como los santos aman su deber, como los obreros su trabajo, como los soberbios aman su orgullo. Comenzaron por hacerme dichoso, y no tardaron en hacerme cuerdo. Reanimada la piedad en mi alma, se convirtió en el móvil de mi ardor para el trabajo. Trabé amistades íntimas con muchachos de mi edad tan sencillos y tan felices como yo; amistades que sustituían, por decirlo así, á nuestras familias. A pesar de que llegué tarde á las últimas clases, puesto que ya tenía doce años cumplidos, marché con rapidez hacia las primeras, y en tres años ya lo había aprendido todo; volviendo cada año cargado con los premios más distinguidos, en cada uno de los cuales veía sólo un motivo de satisfacción para mi madre, pues por mi parte carecía de orgullo. Mis camaradas y mis rivales me perdonaban todos mis triunfos, porque les parecían naturales, y yo por mi parte no los humillaba. Únicamente me faltaban para ser completamente feliz, mi madre y mi libertad.

IV.

Sin embargo, nunca he podido acostumbrar mi alma á la servidumbre, aunque la suavizara la amistad, por el favor de mis maestros, y por la benévola, popularidad de que me rodeaban mis condiscípulos en el colegio. Aquella libertad de mi vista, de mis pasos, de mis movimientos, largo tiempo saboreada en el campo, aumentaba la oscuridad y estrechez de

las paredes de la escuela. Era yo un preso más feliz que los demás; pero preso al fin. En las horas de recreo sólo hablaba con mis amigos de la dicha que sería salir de aquella reclusión forzosa, y poseer de nuevo el cielo, la naturaleza, los campos, los bosques, las aguas y las montañas de nuestras moradas paternas. Me agitaba constantemente la fiebre de la libertad y el frenesí de la naturaleza.

La ventana alta del dormitorio más próxima á mi cama, daba sobre un fondoso valle de Bugey, entapizado de praderas, rodeado de bosques de hayas, y terminado por montañas azuladas sobre cuyos flancos se veía ondular el vapor húmedo y blanquecino de las cascadas vecinas. Muchas veces, cuando todos mis camaradas dormían, si la noche era límpida y alumbraba la luna en el cielo, me levantaba silenciosamente, me encaramaba sobre el respaldo de una silla, de la cual me servía como de escala, y pasaba horas enteras sobre el antepecho de la ventana, mirando apasionadamente aquel horizonte de silencio, de soledad y de recogimiento. Mi alma se dirigía con afán indecible hacia aquellos prados, hacia aquellos bosques, hacia aquellas aguas; me parecía que la felicidad suprema consistía en que mis pasos erraran por allí, de la propia suerte que erraban mis miradas y mis pensamientos; y si llegaba á percibir en los gemidos del viento, en los cantos del ruiseñor, en el ruido de las hojas, en el murmullo lejano y repetido de las cascadas, ó en los sonidos de las campanillas de las vacas sobre la montaña, alguna de esas notas agrestes, reminiscencias de oído de lo

que sentia en Milly, caian de mis ojos sobre la piedra de la ventana, lágrimas de recuerdo y éxtasis, y me volvía á mi lecho para entregarme largo espacio en medio del silencio y soñando despierto, á las deslumbradoras imágenes de aquellas visiones.

Ibanse mezclando de día en día en mi alma los pensamientos y las visiones del cielo. Desde que la adolescencia, turbando mis sentidos, comenzó á inquietar, enternecer y entristecer mi imaginacion, una melancolía, algun tanto salvaje, cubrió como un velo mi alegría natural, y dió un acanto más grave á mis pensamientos, como se lo iba dando á mi voz. Mis impresiones se desarrollaban con tanta fuerza, que eran dolorosas; y aquella tristeza vaga que habian impreso en mí las cosas de la naturaleza, me encaminaba constantemente hácia lo infinito. La educación eminentemente religiosa que los jesuitas nos daban, las oraciones frecuentes, las meditaciones, los sacramentos, las ceremonias piadosas repetidas, prolongadas, revestidas de mayor atractivo por la púrpura de los altares, la magnificencia de las vestimentas, los cánticos, el incienso, las flores, la música, ejercian en las imaginaciones de los niños ó de los adolescentes vivas seducciones. Los eclesiásticos que nos los prodigaban eran los primeros en entregarse á ellos con la sinceridad y el fervor de su fé. Resistíame á creerlo al principio por la impresion preventiva y antipática que mi anterior estancia en el colegio de Lyon me habia conservado contra mis primeros maestros; pero la dulzura, la ternura de alma y la persuasion insinuante de un régimen me-

por, bajo mis nuevos maestros, no tardaron en hacer su efecto, con la omnipotencia de su enseñanza, en una imaginacion de quince años. A su lado volví á hallar insensiblemente la piedad natural que me habia hecho mamar mi madre con su leche. Recobrando la piedad, renacieron la calma en mi espíritu, el orden y la resignacion en mi alma, el régimen en mi vida, la aficion al estudio, el conocimiento de mis deberes, la sensacion de la comunicacion con Dios, los elementos de la meditacion y de la oracion, el amor del recogimiento interior, y esos éxtasis de la adoracion en presencia de Dios, á los cuales no puede ser comparado nada sobre la tierra, sino los éxtasis de un amor primero y puro. Pero el amor divino, si carece de tantas embriagueces y placeres, ofrece en cambio el infinito y la eternidad del ser á quien se adora! y además de esto, su presencia perpetua ante los ojos y el alma del adorador. Yo lo saboreé en todo su ardor y en toda su inmensidad.

Conservé de ello despues lo que se conserva de un incendio por donde se ha pasado: el deslumbramiento en los ojos, y la mancha de la quemadura en el corazon. Fuese modificando mi fisonomía, y á la ligereza algo evaporada de la infancia, sucedió una gravedad blanda y dulce, y esa concentracion contemplativa de la mirada y de las facciones que presta unidad y sentido moral á la fisonomia. Aseméjábame á una estatua de la adolescencia, arrancada por un momento de los altares para que sirviera de modelo á los jóvenes. El recogimiento del santuario me circundaba hasta en mis juegos y en mis amistades

con mis compañeros, los cuales se acercaban á mí con una especie de deferencia, y me amaban con reserva.

En *Jocelyn* he pintado, bajo el nombre de un personaje imaginario, lo que yo mismo experimenté al contener el amor en mi alma y el entusiasmo piadoso difundido en aspiraciones del pensamiento, en expansiones, en lágrimas de adoracion ante Dios, durante aquellos ardorosos años de la adolescencia, en una casa religiosa. Todas mis pasiones futuras, á la sazón presentimientos sólo; todas las facultades de mi inteligencia, de mi sentimiento y de mi amor, en gérmen aún; todos los deleites y los dolores todos de mi vida, en sueños todavía, se hallaban reconcentrados, recogidos y condensados en aquella pasión de Dios, como para ofrecer al Creador de mi ser en la primavera de mis días, las primicias, el fuego y los perfumes de una existencia que aún no había sido profanada, estinguida ó evaporada por nada.

¡Aun cuando viviese mil años, no olvidaría ciertas horas de la tarde en que, escapándome del patio de recreo y dejando la compañía de los alumnos, penetré por una puerta secreta en la iglesia, oscurecida ya por la noche é iluminada apenas en el centro del coro por la lámpara suspendida del santuario; me oculté en la sombra más densa de un pilar; me envolví enteramente en mi capa como un sudario; apoyé mi frente contra el mármol frío de una balaustrada, y sumido durante un período que no pude apreciar, en una adoración muda, pero inagotable, olvidaba la tierra en que insistían mis rodillas ó mis

piés, y me abismaba en el Ser supremo, como el átomo atraído por el calor de un día de estío se eleva, se enagena, se pierde en la atmósfera flotante, y tornándose trasparente como el éter, aparece tan aéreo como el aire y tan luminoso como la luz!

Aquella benéfica serenidad del alma que me proporcionaba la piedad, no se estinguió en mí, durante los cuatro años que tardé en terminar mis estudios. No obstante, aspiraba con vehemencia á acabarlos para volverme á la casa paterna y á la libertad de la vida campestre. Mi aspiración incesante hácia la familia y hácia la naturaleza, era en el fondo un estimulante más poderoso para mí que la emulacion. Al terminar el período de cada curso, imaginábame que iba á ver abrirse la puerta de mi prision; y esto me hacia aligerar el paso y anteponerme á mis émulo. Las coronas con que me veía recompensado, y literalmente sobrecargado al fin de cada año, las debía á la pasión por salir más pronto de ese destierro á que se condena á la infancia: cuando no tuviese nada que aprender en el colegio, habían de llevarme á mi casa.

Aquel día llegó por fin: fué uno de los más hermosos de mi existencia. Despedime con reconocimiento de los escelentes maestros que habían sabido vivificar mi alma, á la par que formaban mi inteligencia, y que había hecho reflejarse, por decirlo así, su amor á Dios, en amor y celo por sus criaturas. Los padres Desbrosses, Varlet, Bequet y Wriutz, sobre todos, amigos más bien que profesores míos, vivirán siempre en mi memoria como modelos de

santidad, de vigilancia, de paternidad, de ternura y de afecto para sus discípulos. Sus nombres formarán siempre para mí parte de esa familia del alma á la que no se debe la sangre ni la carne, pero sí la inteligencia, el gusto, las costumbres y el sentimiento.

No soy partidario de la institucion de los jesuitas. Educado en su seno, sabia discernir desde aquella época el espíritu de seducción, de orgullo y de dominio que se oculta ó revela á un tiempo en su política, y que inmolando cada miembro al cuerpo y confundiendo este cuerpo con la religion, se sustituye hábilmente al mismo Dios, y aspira á dar á una secta anticuada el gobierno de las ciencias y la monarquía universal de la conciencia humana. Pero esos vicios abstractos de la institucion, no me autorizan para borrar de mi corazón la verdad, la justicia y la gratitud hácia las virtudes y los méritos que he visto respirar y brillar en su enseñanza, y en los maestros encargados por ellos de cuidar de nuestra niñez. El móvil humano se traslucía en su trato con el mundo, y el móvil divino en sus relaciones con nosotros.

Su celo era tan ardiente que no podia inflamarse sino con un principio sobrenatural. Su fé era sincera, su vida pura, penosa, inmolada á cada minuto y hasta el fin, al deber y á Dios. Si hubiese sido ménos supersticiosa y ménos pueril su creencia, si sus doctrinas se hubiesen resistido ménos al influjo de la razon, que es el catolicismo eterno, veria yo en los hombres que acabo de citar, los maestros más dignos de tocar con manos piadosas el alma delicada de

la juventud; veria en su institucion la escuela y la pauta de las corporaciones dedicadas á la enseñanza. Voltaire, que fué tambien su discípulo, les hizo la misma justicia, honrando en los maestros de su juventud á los enemigos de la filosofía humana. Yo tambien los honro y venero como él, en sus virtudes. La verdad no necesita calumniar ninguna virtud ni triunfar por la mentira; esto seria el jesuitismo de la filosofía. La verdad debe triunfar únicamente por la razon.

En fin, despues del año que se llama de filosofía, durante el cual se tortura con sofismas estúpidos y bárbaros el buen sentido natural de la juventud, con el fin de amoldarlo á dogmas reinantes y á instituciones convenidas, salí del colegio para no volver á él. No salí sin una profunda gratitud hácia mis excelentes maestros; pero salí con la embriaguez de cautivo, que ama á su carceleros, pero se alegra de dejar los muros de su prision. Iba á lanzarme en el océano de libertad, porque incesantemente habia suspirado. ¡Oh! ¡Cómo contaba hora por hora los últimos dias de la postrera semana en que debian soltarnos! No esperé á que me fuesen á buscar de la casa paterna; marché á ella en compañía de tres muchachos de mi edad, que volvian como yo, al seno de sus familias, y cuyos padres habitaban en las cercanías de Macon. Llevábamós nuestro pequeño equipaje al hombro, y haciamos paradas en cada aldea, en cada caserío y en las agrestes gargantas de Bugey. Las montañas, los torrentes, las cascadas, las ruinas sobre los peñascos, las casitas bajo los

abetos y las hayas de un país enteramente montuoso, nos arrancaron los primeros gritos de admiración por la naturaleza. Aquellos eran nuestros versos griegos y latinos traducidos por Dios mismo en imágenes grandiosas y vivas; era un paseo á través de la poesía de su creación. Todo el viaje fué una embriaguez continuada.

V.

De vuelta en Milly, algunos días ántes de la caída de las hojas, no creía poder agotar jamás los torrentes de felicidad interior que esparcía en mí el sentimiento de mi libertad en el lugar de mi infancia y en el seno de mi familia. Aquello era la conquista de mi edad viril. Mi madre había dispuesto un aposento para mí sólo, elegido en un ángulo de la casa, cuya ventana caía sobre la solitaria calle de avellanos. En él había una cama sin colgaduras, una mesa y tablas arrimadas á la pared para colocar mis libros.

Mi padre, por su parte, me había comprado los tres complementos del traje varonil de un adolescente: un reloj, una escopeta y un caballo, como para indicarme que de allí en adelante me pertenecían las horas, los campos y el espacio. Aprovechándome de mi independencia con un delirio que duró muchos meses, dedicaba el día entero á cazar en compañía de mi padre, á cuidar de mi caballo en la cuadra, ó á galopar, con la mano entre sus crines, por los valles vecinos, y las noches á gratas conversaciones de familia en la sala, con mis padres y algunos amigos de

la casa, ó á leer en alta voz los historiadores y poetas.

Pero además de estas obras instructivas, hacía cuya lectura dirigía mi padre sin afectación su curiosidad, poseía yo otras que leía á solas. No tardé en descubrir que existían gabinetes de lectura en la ciudad, en los cuales se facilitaban libros á los habitantes de los pueblecillos vecinos. Aquellos libros, que iba yo á buscar los domingos, llegaron á convertirse para mí en un manantial inagotable de solitarios deleites. Había oído pronunciar sus títulos en el colegio, en las conversaciones de los jóvenes de mayor edad é instrucción que yo, formándome un Eden imaginario con este mundo de ideas, de poemas y de novelas, que nos estaba prohibido ver, por la justa severidad de nuestros estudios.

El momento en que se abrió para mí aquel Eden, y entré por primera vez en una biblioteca con libertad de alargar la mano á todos los frutos maduros, verdes ó corrompidos del árbol de la ciencia, me causó un verdadero vértigo. Creíme introducido en el tesoro del espíritu humano. ¡Ay! ¡cuán poco se tarda en agotar eso que se cree un verdadero tesoro! ¡Cuántas piedras falsas cayeron sucesivamente en mis manos, causándome desengaños y disgustos en lugar de las maravillas que me prometía encontrar!

Los sentimientos de piedad que conservaba de mi educación, y el temor de ofender los castos y religiosos escrúpulos de mi madre, me impidieron con todo, que dejara vagar mis manos y mis ojos sobre libros depravados ó sospechosos, veneno de las almas

con que el final del último siglo y el inmundo materialismo del imperio habían inundado entonces las bibliotecas. Los entreabrí ruborizándome con una tímida curiosidad, y los cerré con horror. El cinismo es lo ideal derrocado; la parodia de la belleza física y moral; el crimen del pensamiento; el embrutecimiento de la imaginación. No pude hallar solaz alguno en él. Sentía en mí demasiado entusiasmo para arrastrarme en aquellos estravíos de la inteligencia. Mi naturaleza tenía alas, y sus peligros estaban arriba y no abajo. Pero devoraba todas las poesías y todas las novelas en que se eleva el amor á la altura de un sentimiento, á lo patético de la pasión, á lo ideal de un culto etéreo. Madama Stael, Mad. Cottin, Mad. de Flahaut, Richardson, el abate Prevost, las novelas alemanas de Augusto Lafontaine, que es el Gesner prosáico de la clase llana, me suministraron, durante meses enteros, deliciosas escenas todas del gusto del drama interior de mi imaginación de diez y seis años. Ébrio con el ópio del alma, que puebla de fantasmas fabulosas los espacios vacíos de la imaginación de los ociosos, de las mujeres y de los niños, vivía con las mil vidas que pasaban, brillaban y se desvanecían sucesivamente ante mí, al volver las innumerables páginas de aquellos libros, más embriagadores aún que las hojas de la adormidera.

Mi vida eran mis sueños. Mis amores se personificaban en esas figuras ideales que alternativamente se alzaban bajo la evocación mágica del escritor, y que atravesaban los aires dejando en ellos para mí una imagen de mujer, un semblante agraciado ó melán-

cólico, cabellos negros ó blondos, miradas de azul ó de ébano, y sobre todo un nombre melodioso.

¡Qué poder el de esa creación, que por medio de la palabra ha poblado el mundo de seres y dado vida á los sueños todos del hombre! ¡Qué poder, sobre todo, en la edad en que la edad misma es sólo un sueño, y en que el hombre no es más que imaginación!

Pero mi pasión dominante eran los poetas, cuyas obras no nos permitían, con razón, ver mientras nos dedicábamos á estudios maduros, porque las miraban como peligrosos encantos que disgustan de la realidad, vaciando enteramente la copa de las ilusiones en los labios de los niños.

Entre aquellos poetas, los que yo hojeaba entonces con preferencia, no eran los antiguos, cuyas páginas habíamos empapado con nuestros sudores y nuestras lágrimas de estudiantes en edad muy temprana. Exhalábase de ellos, cuando los abría, no sé qué olor de cárcel, de tristeza y de opresión que me obligaba á soltarlos, sucediéndome lo que al cautivo vuelto á la libertad, que no gusta ver sus cadenas.

Las que me encantaban eran las obras que no se inscriben en el catálogo de las de estudio; los poetas modernos, italianos, ingleses, alemanes, franceses; cuya carne y cuya sangre son como nuestras propias, que sienten, piensan, aman y cantan como pensamos, cantamos y amamos, nosotros, los hombres de la nueva era: el Tasso, el Dante, Petrarca, Shakspeare, Milton, Chateaubriand, que cantaba á la sazón como ellos; Ossian, sobre todo, ese poeta de lo

vago, esa niebla de la imaginacion, esa queja inarticulada de los mares del Norte, espuma de las playas, gemido de las sombras, murmullo de las nubes, al rededor de los picos tempestuosos de la Escocia, Dante septentrional, tan grande, tan magestuoso, tan sobre el natural como el Dante de Florencia, más sensible que él, y que frecuentemente arranca á sus fantasmas gritos más humanos y desgarradores que los de los héroes de Homero.

VI

Era el momento en que Ossian, el intérprete del génio, de las ruinas y de las batallas, imperaba sobre la imaginacion de la Francia. Baour-Lormian lo traducia en versos sonoros para los campamentos del emperador. Cantábanlo las mujeres en romances sentidos ó en himnos triunfales á la partida, sobre la tumba, ó á la vuelta de sus amantes. En todas las bibliotecas se destizaban ediciones de él en tomos portátiles, una de ellas llegó á mis manos. Me abismé en aquel océano de sombras, de sangre, de lágrimas, de fantasmas, de espuma, de nieve, de nieblas, de escarchas y de imágenes, cuya inmensidad, matices y tristeza correspondian tan bien á la melancolía grandiosa de un alma de diez y seis años, que dirige sus primeros rayos hácia lo infinito.

Ossian, sus perspectivas y sus imágenes, se acomodaban tambien maravillosamente á la naturaleza del país de montañas casi escocesas, á la estacion del año y á la melancolía de los lugares en que le

leía. Era en los ásperos estremecimientos de Noviembre y Diciembre; hallábase cubierta la tierra por un manto de nieve, horadado por los negros troncos de abetos esparcidos acá y allá, ó coronados por las desnudas ramas de las encinas, en donde se reunian y graznaban bandadas de cornejas. Las brumas glaciales suspendian la escarcha en los matorrales; las nubes ondulaban sobre las cubiertas cimas de las montañas, y algunas ráfagas de sol las hendian por momentos, descubriendo así las profundas perspectivas de valles sin fondo, en donde la vista podia suponer golfos marinos. Tal era la decoracion natural y sublime de los poemas de Ossian que tenia en la mano. Llevábalos en mi morral de caza á las cumbres de las montañas, y mientras ladraban los perros por las encrucijadas vecinas, los leía sentado al abrigo de alguna peña cóncava, no levantando los ojos de sus páginas sino para contemplar eu el horizonte y á mis piés las mismas nieblas, idénticas nubes, las mismas llanuras de hielo ó de nieve que acababan de entrever con la imaginacion en el libro. ¡Cuántas veces sentí congelárseme las lágrimas en la estremidad de mis pestañas! Estaba, en fin, convertido en uno de los hijos del bardo, en una de las sombras heroicas, apasionadas y sensibles, que luchan, que lloran ó cantan con su arpa en los sombríos dominios de Fingal. Ossian ha sido verdaderamente una de las paletas en que mi imaginacion ha desleido más colores, y que más tintas ha prestado á los pobres ensayos que he trazado despues. Es el Eschylo de nuestros tiempos tenebrosos. Curiosos eruditos han pretendi-

do y pretenden aún, que no ha existido ni escrito jamás, y que sus poemas son una superchería de Marcherson. Esto equivaldría á decir que Salvator Rosa ha inventado la naturaleza.

VII.

Peró fallaba algo para que yo entendiese completamente á Ossian: la sombra de un amor. ¿Cómo adorar sin objeto? ¿Cómo quejarse sin dolor? ¿Cómo llorar sin lágrimas? Era necesario hallar un pretexto para mi imaginación de niño, sedienta de ilusiones. La casualidad y la vecindad no tardaron en proporcionarme ese tipo obligado de mis adoraciones y de mis cantos. Hubiéramelo formado de uno de mis sueños, de mis nubes y de mis nieves, si no hubiese existido tan inmediato á mí; pero existía y era ciertamente muy digno de un culto ménos imaginario y ménos pueril que el mio.

Mi padre pasaba entonces los inviernos en el campo. En las inmediaciones vivían algunas familias nobles, y otras muy respetables y elegantes de la clase media, que habitaban igualmente en sus quintas ó en sus reducidos dominios durante todas las estaciones del año, y que se reunían en comidas de campo ó en bailes sin etiqueta. La sencillez más sóbria y la más cordial igualdad reinaban en aquellas reuniones de vecinos y de amigos. Antiguos señores arruinados por la revolución, emigrados jóvenes y habladores de vuelta de su destierro, curas, notarios, médicos de las aldeas vecinas, familias retiradas, sus casas

rústicas, ricos labradores del país confundidos por sus costumbres y por la vecindad con la clase media y la nobleza, constituían aquellas tertulias, que se habían multiplicado en la entrada del invierno.

En tanto que los padres conversaban de sobremesa, ó jugaban al ajedrez, á las damas ó á los naipes en la sala, los jóvenes pasaban el tiempo en juegos ménos reflexivos en un ángulo de la habitación, se marchaban á los jardines, hacían bolas de nieve, cogían nidos en los rosales, ó ensayaban los papeles de las piecitas ó de los proverbios en acción, que después de la comida ó del juego debían representarse en presencia de los padres ó de los amigos.

Se distinguía una joven de diez y seis años, como yo, hija única de un propietario acomodado de nuestras montañas; por su imaginación, por su instrucción y por sus talentos precoces; distinguíase además por su belleza, más formada de lo que correspondía á su edad, que comenzaba á hacerla más melancólica y reservada que sus compañeras. Sin ser sus facciones de una perfecta regularidad, tenían esa languidez contagiosa de expresión que obliga á suavizar la mirada y á desfallecer el pensamiento que la contempla. Ojos de un azul oscuro, cabellos negros y abundantes, boca reflexiva, que rara vez se sonreía, y que se abría sólo para pronunciar palabras lacónicas, graves y llenas de un juicio superior á sus años, talle en que se revelaban ya las graciosas inflexiones de la juventud, andar pausado, mirada que contemplaba con mucha frecuencia, pero que se desviaba en cuanto se sentía sorprendida, como para ocul-

tar los ensueños de que se hallaba poseida; tal era aquella niña. Parecía que abrigaba el presentimiento de una vida corta y nebulosa, como los hermosos días de invierno en que la conocí.... hace ya mucho tiempo que duerme bajo aquella nieve en que imprimamos nuestros primeros pasos.

Llamábase Lucy.

VIII.

Había salido pocos meses antes de un colegio de París, donde la diéron sus padres una educación superior á su clase y á sus bienes. En música era consumada, y el acento de su voz arrancaba lágrimas. Bailaba con suma perfección de actitud y una postura algo indolente, pero que prestaba al arte el abandono y la molición de los movimientos de un niño, y hablaba además dos idiomas extranjeros. Había traído de París libros, con los cuales continuaba alimentando su imaginación en el aislamiento de la aldea de su padre; sabía de memoria muchos trozos de los poetas, adoraba como yo á Ossian, cuyas imágenes le recordaban nuestras propias colinas con las de Morven. Esta adoración común hacía el mismo poeta y el entendernos ámbos en un idioma ignorado de todos los demás, establecía ya una confidencia, involuntaria entre nosotros, nos buscábamos incesantemente, y en todas partes nos reuníamos para hablar. Antes de saber que sentíamos una inclinación recíproca, tropezábamos ya uno con otro en nuestras nubes, y nos amábamos en nuestro poeta predilecto.

Muchas veces, separados del resto de la sociedad, en los juegos y en los paseos, marchábamos á larga distancia delante de su madre y de mis hermanas, cambiando muy pocas palabras, sin osar mirarnos, pero señalándonos de vez en cuando con la mano algún bello arco iris en las nieblas, algunos valles umbríos inundados por un manto de bruma, de donde se destacaba como un escollo ó como un navio sumergido la aguja de un campanario, ó el grupo de torres arruinadas de un viejo castillo, ó ya también alguna cascada congelada en el fondo de un barranco, sobre la cual inclinaban sus brazos cargados de nieve las castaños y las encinas, como los ancianos de Loelín sobre el arpa de las aguas.

Una mirada de admiración muda y de inteligencia interior, bastaba á nuestros diálogos. Así caminábamos muchas veces por espacio de media hora, uno junto á otro, cuando la acompañaba hasta el extremo del valle en donde vivía su padre, sin que se percibiese otro ruido que el leve crujido de nuestros piés en el sendero de nieve. No obstante, nunca nos separábamos sin un suspiro en el corazón y un sonrojo en la frente.

Las familias y los vecinos se sonreían de esta inclinación infantil, que habían notado antes que nosotros mismos, y la consideraban tan natural y sin peligro entre dos niños de aquella edad, que ni siquiera sabían qué nombre dar á aquel sentimiento que tan dulcemente nos arrastraba. Muy distante de declararnos mutuamente esta predilección el uno al otro; ni aun en nuestro interior nos la explicábamos.

IX.

Crecía, no obstante, cada vez más aquel sentimiento en mí y en ella. Siempre que pasaba yo parte de la noche á su lado, y acompañaba á su familia hasta el torrente, en cuyas márgenes se alzaba la casa de su padre sobre un peñasco, me parecía que me arrancaban el corazón y que lo encerraban con ella en aquellos espesos muros y bajo aquella pesada puerta. Regresaba luego á pasos lentos, sin seguir sendero alguno, á través de los sotos y de los prados, volviéndome sin cesar, para mirar otra vez destacarse en el firmamento la sombra de las altas paredes, y dándome por feliz si veía brillar una tenue luz en la ventana de la alta torrecilla que dominaba el torrente, y en la cual sabía yo que Lucy acostumbraba á leer antes de acostarse.

Todos los días me encaminaba, con un pretexto cualquiera, hacia aquel lado del valle, con la escopeta debajo del brazo y seguido de mi perro. Pasaba horas enteras dando vueltas alrededor del antiguo edificio, sin oír otro ruido que los ladridos de los mastines que ahullaban de alegría brincando alrededor de su joven ama, ni ver otra cosa que el humo que se desprendía del techo hacia el cielo gris. A veces también la divisaba á ella, que con un vestido blanco, apenas sujeto al cuello, abría su balcon á la luz matinal ó al viento del Mediodía; colocaba un tiesto de flores sobre el poyo para que la planta encerrada respirase el aire del cielo, ó suspendía de

un clavo la jaula de gilguero, que la besaba los labios por entre los alambres.

Algunas veces permanecía también allí largo espacio, de codos en el antepecho, contemplando el espumoso torrente y las nubes que corrían, y sus hermosos cabellos negros caían hacia fuera, y eran azotados contra la pared por el viento de invierno. No sospechaba que una mirada amiga seguía desde el borde opuesto del barranco todos sus movimientos, y que una boca entreabierta procuraba reconocer en el sabor del aire las oleadas de viento que habían tocado sus cabellos y llevado su aroma hasta los prados.

Por la noche decíala con timidez que había pasado frente á su casa aquel día; que á tal hora la había visto regar su planta; que á tal hora había sacado la jaula al sol; que se había quedado meditando un momento en el balcon; que luego había cantado ó tocado el piano; y que, por último, había cerrado la ventana, quedándose largo tiempo inmóvil junto á ella, como quien está leyendo.

X.

Ruborizábase al ver que yo observaba tan atentamente cuanto hacía, y al pensar que una mirada invisible espiaba sus miradas, sus pasos y sus movimientos, hasta en lo interior de su torre, donde sólo de Dios creía ser vista; pero no parecía significación alguna de particular adhesión á semejante vigilancia de mi pensamiento.

IX.

Crecía, no obstante, cada vez más aquel sentimiento en mí y en ella. Siempre que pasaba yo parte de la noche á su lado, y acompañaba á su familia hasta el torrente, en cuyas márgenes se alzaba la casa de su padre sobre un peñasco, me parecía que me arrancaban el corazón y que lo encerraban con ella en aquellos espesos muros y bajo aquella pesada puerta. Regresaba luego á pasos lentos, sin seguir sendero alguno, á través de los sotos y de los prados, volviéndome sin cesar, para mirar otra vez destacarse en el firmamento la sombra de las altas paredes, y dándome por feliz si veía brillar una tenue luz en la ventana de la alta torrecilla que dominaba el torrente, y en la cual sabía yo que Lucy acostumbraba á leer antes de acostarse.

Todos los días me encaminaba, con un pretexto cualquiera, hacia aquel lado del valle, con la escopeta debajo del brazo y seguido de mi perro. Pasaba horas enteras dando vueltas alrededor del antiguo edificio, sin oír otro ruido que los ladridos de los mastines que ahullaban de alegría brincando alrededor de su joven ama, ni ver otra cosa que el humo que se desprendía del techo hacia el cielo gris. A veces también la divisaba á ella, que con un vestido blanco, apenas sujeto al cuello, abría su balcon á la luz matinal ó al viento del Mediodía; colocaba un tiesto de flores sobre el poyo para que la planta encerrada respirase el aire del cielo, ó suspendía de

un clavo la jaula de gilguero, que la besaba los labios por entre los alambres.

Algunas veces permanecía también allí largo espacio, de codos en el antepecho, contemplando el espumoso torrente y las nubes que corrían, y sus hermosos cabellos negros caían hacia fuera, y eran azotados contra la pared por el viento de invierno. No sospechaba que una mirada amiga seguía desde el borde opuesto del barranco todos sus movimientos, y que una boca entreabierta procuraba reconocer en el sabor del aire las oleadas de viento que habían tocado sus cabellos y llevado su aroma hasta los prados.

Por la noche decíala con timidez que había pasado frente á su casa aquel día; que á tal hora la había visto regar su planta; que á tal hora había sacado la jaula al sol; que se había quedado meditando un momento en el balcon; que luego había cantado ó tocado el piano; y que, por último, había cerrado la ventana, quedándose largo tiempo inmóvil junto á ella, como quien está leyendo.

X.

Ruborizábase al ver que yo observaba tan atentamente cuanto hacía, y al pensar que una mirada invisible espiaba sus miradas, sus pasos y sus movimientos, hasta en lo interior de su torre, donde sólo de Dios creía ser vista; pero no parecía significación alguna de particular adhesión á semejante vigilancia de mi pensamiento.

—Y vos, me preguntaba con un interés sensible en la voz, aunque encubierto por aparente indiferencia, ¿qué habeis hecho hoy? Jamás osaba contestarla: «Pensar en vos.» Y así prolongábamos esa deliciosa indecisión de dos corazones que comprenden que se adoran, pero que no se atreverían nunca á decirselo con los labios; su silencio y su emoción lo dicen por ellos.

Ossian nos sirvió de confidente mudo y de intérprete. Habíame prestado ella un volumen de las obras de aquel poeta, y debía devolversele. Despues de haber colocado en todas sus páginas las fibras de musgo, los granos de yedra negra, las flores azules que cogia ella con preferencia en los setos ó en los tiestos de alelies de las cabañas, cuando paseábamos juntos, ántes del invierno; despues de haber procurado llamar así su pensamiento hácia mí, é indicar que yo también pensaba en sus gustos, ocurrióme la idea de añadir una ó dos páginas al poeta, y de confiar á la sombra de los bardos escoceses aquel amor sin esperanza. Cuidé, pues, de que me pidieran muchas veces el libro ántes de devolverlo, y de citar en veinte ocasiones el número de una página que continuamente estaba yo leyendo: «Que era, la decía, la cabal espresion de mi alma, que se hallaba empapada en lágrimas de mi admiracion, y que le suplicaba la leyese también, pero sola, en su aposento, de noche, con recogimiento, al ruido del viento, entre los pinos y del torrente en su cauce, que era, sin duda, como la habia escrito Ossian.» Escitada de esta suerte su curiosidad, confiaba en que abriria el volumen

por la página que contenia el poema de sus propios suspiros.

XI.

Hace tres años hallé los primeros versos entre los papeles del pobre cura de B..., que en aquel tiempo formaba parte de nuestras sociedades de infancia, y á quien entregué una copia de ellos. Porque, ¿qué amor no necesita de un confidente? Hélos aquí con toda su inesperecia y flojedad. Perdóneme Mr. de Lormian, hoy poeta y ciego como Ossian. Aquello era un eco lejano de la Escocia, reproducido por una voz de niño en las montañas de su pais; una paleta sin dibujo alguno; unas nubes sin colorido. Bastó un rayo de la poesia meridional, para que se me desvaneciese más adelante toda aquella fantástica bruma del Norte (1).

A LUCY L...

RECITADO.

«Emblema es de mi alma el arpa de Morven; oye desde Cromla los pasos de los muertos que se acercan, y sus cuerdas resuenan solas á la cabecera de mi lecho, cuando entre ellas se desliza la sombra

(1) En la imposibilidad de conservar fielmente todas las bellezas de esta composicion, por medio de una traduccion rimada; nos hemos decidido á trasladarla á nuestro idioma de la manera que ven nuestros lectores. (N. del T.)

»del porvenir. ¡Sombras del porvenir, levantáos pa-
 »ra mi alma! Desprendeos del vapor que os oculta á
 »mis ojos..... Mas..... ¿qué estrella descende?.....
 »¿Qué fantasma de mujer posa sus plantas silencio-
 »sas sobre el cristal de los cielos?

»¿Es acaso un sueño que muere? ¿O un alma que
 »viene á vivir?..... Confundida con las brumas de
 »oro en el éter impalpable, aseméjase á los hilos del
 »blanco tejido de escarcha, que hacen ondear en
 »nuestras ventanas los sueños del invierno. No so-
 »pleis sobre ella, ¡oh tibias brisas marinas! ¡No di-
 »sipéis esa sombra, relámpagos del firmamento!
 »Aves, ¡no borreis con vuestras alas esas formas
 »vagas en que se aparece la virgen á los ensueños
 »de su amante!

»La lucecilla del pescador que boga entre la bru-
 »ma, despide rayos menos dulces aún que su mira-
 »da lejana. La lumbre que enciende el pastor en el
 »helfecho, desaparece menos vagarosa entre el cre-
 »púsculo de la mañana.

»Bajo su traje infantil que descende desde sus
 »hombros, se dibujan apenas dos globos palpitan-
 »tes, cual nudos formados bajo la corteza de los
 »sáuces, que acrecen el tronco con las sávias de la
 »primavera.

CANTO.

»Reina la noche en los montes. El alud despren-
 »dido resbala por intervalos por las pendientes del

»valle, esparciéndose sus fragmentos sobre los sen-
 »deros extraviados. El acerado pié de ciervo se sus-
 »pende ante aquel ruido: presta oídos al perro que
 »le persigue en sueños, y aguarda á que aparezca
 »la luna para huir. Al borde del derrumbadero se
 »inclina el arbusto, negro y desarraigado, del mis-
 »mo modo que el mástil bajo las olas. La corneja,
 »que duerme sobre una rama desnuda, despierta y
 »lanza un grito que se pierde en las nubes, al propio
 »tiempo que esparce con su vuelo en copos blancos,
 »la nieve que cubria sus alas. Las nubes, á impulso
 »de las húmedas brisas, se agrupan sobre los mon-
 »tescual pirámides de sombra, ó bien cruzan como
 »bajeles sobre el espumante golfo, surcando el azul
 »del firmamento. El helado viento de Erin, que ni-
 »vela la llanura, corta y liquida sobre los labios el
 »aliento congelado; y el lago, en dónde muere la
 »barca encallada, no es sinó un campo de escarcha
 »combatido por el huracan.

»Un techo de bálago cubierto de nieve desde el cual
 »sube al cielo la pálida humareda que produce e
 »carbon de tierra, en tanto que la voz del perro se
 »percibe en tristes ladridos; tales son los único
 »restos de vida en el seno de aquella muerte.

»¿Quién es ese joven ó esa sombra, que en medio de
 »la noche avanza á paso largo por las orillas del
 »helado estanque con un arma en la mano trepa por

«la áspera colina, encuentra á la gamuza, no tuerce su ruta, y desciende desde las alturas á la cañada profunda en dónde se bambolea la torre de los antiguos señores al borde de las ondas? Su negro lebrél olfatea y ahulla en los bosques, y la brisa glacial se impregna de una voz.

CANTO DEL CAZADOR.

«¡Levántate!... ¡Levántate sobre las colinas sombrías, con tus cuernos de plata que ahuyentan las tinieblas! ¡Levántate, oh luna, y difunde tus pálidos reflejos sobre aquellos muros! ¡Ellos son el palacio de los ensueños de mi frente! ¡Haz con los pavorosos rayos de tu casta luz, que brille cada una de sus piedras ante mis fascinados ojos! ¡Espárcete sobre sus pizarras, ilumina además mi corazón, oh astro mio, con torrentes de languidez!... El aleli yace muerto en las hendiduras de las almenas: la yedra es sacudida contra la puerta por los soplos del Norte, como la capa nevada que el pastor sacude á su regreso en el patio, ántes de recojerse. Pero la gruesa pared se entreabre por la maciza ventana... ¡Luna!... ¡Con tus rayos penetran por ella mis miradas!.. Allí descubro, al resplandor de la ancha y alta chimenea, todo un fresno que entrojecido por el reflejo, arde en el hogar.

EL CAZADOR.

«¿Astro indiscreto de las noches, ¿qué ves en aquella estancia?

LA LUNA.

«Los perros del arrogante cazador, que duermen en el suelo.»

EL CAZADOR.

«¿Qué me importan los perros, la gamuza ni la bocina?... Astro indiscreto de la noche, mira y dime más.»

LA LUNA.

«A la sombra de un pilar devana la nodriza el vellon del cordero con el rápido huso. Sus ojos están casi cerrados, vencidos por el sueño, hasta que dormida al fin, inclina la cabeza sobre el hombro, se olvida del copo que cubre la rueca, la lana cae y rueda hasta sus pies en la ceniza.»

EL CAZADOR.

«¿Qué me interesa la nodriza con sus dedos cargados de años? Astro brillante de la noche, mira y dime más.»

LA LUNA.

«Entre el hogar y la pared la blanca niña, dejando sobre sus rodillas su labor y su aguja puesta de codos sobre la mesa.»

EL CAZADOR.

«¿Astro indiscreto de la noche, párate, sobre ella! observa y prosigue.»

LA LUNA.

«¡Apoyada y pensativa sobre la mesa de encina, sigue con su vista la forma fugitiva de la sombra y

de los resplandores, que flotan sobre la pared,
como los insectos sobre un azulado arroyo. Diríase
que sus ojos, fijos en algún misterio, buscan un
sentido oculto en aquellos vanos caracteres, y que
prevee que ha de penetrar en aquella torre la sombra
de indecisas formas, de su futuro amor! ¡No!
¡jamás amante alguno arrebatado de su lecho, enlazó
más hermoso ensueño con sus brazos adormidos!
¡Ves como caen hasta su rodilla sus hermosos
cabellos negros!»

EL CAZADOR.

«¡Soplad, brisas del cielo, entreabrid ese som-
brío velo! ¡Nubes de su frente, devolvedme mi
estrella! ¡Dejadme sólo entrever bajo aquel ébano
la blancura de su brazo, que sale de entre la negra
madeja! ¡ó la ondulacion de su esbelto talle, ó aquel
codo torneado sobre que descansa su pensamiento,
ó el lirio de su mejilla, ó el azul de su mirada,
cuyo sólo recuerdo me penetra como un dardo!
¡Oh! ¡hija de la roca! ¡Tú no sabes los ensueños
que escitas con ese globo oscuro de tus ojos!... Mi
corazon está suspenso de cada una de las largas
pestañas que velan su languidez, como la abeja del
trébol. ¡Permanece ¡oh! permanece largo espacio
adormecida sobre tu brazo, para saciar el amor del
cazador que te espía! No siento la noche ni la pen-
etrante escarcha. ¡Tu hálito es mi hogar, tus ojos
son mi vida, tu pensamiento es la llama de las som-
bras que llevo en mi seno! ¡Toda nieve es prima-
vera si la doran los rayos de tu alma! ¡Oh! duer-

me y sueña así, apoyada en el brazo tu cabeza!...
¡y mañana, cuando te despiertes, puedan mis pe-
netrantes miradas, incrustadas en la piedra, per-
manecer dentro de los muros y decir á tus párpacos
que un fantasma ha velado por tu sueño! ¡y
ojalá busque su nombre al despertarte!

RECITADO.

«Así cantaba durante la estrellada noche, al pié
de la aislada torre, el bardo de los negros cabellos,
y transidos por el frio le dejaban sólo sus perros, y
la escarcha al caer le cubria con un sudario, y el
viento que helaba la sangre en las arterias, le adormecia
por grados con el sueño de sus padres, y los lobos
que erraban sin direccion por la nieve, ahullando
de gozo ante los muertos, le olfateaban para el
siguiente dia. Y mientras que moria al borde de
precipicio, la virgen, ya despierta, escuchaba á la
nodriza que narraba en voz baja sucesos de otra
edad, ó arrancaba con sus dedos un sonido al arpa,
ó golpeando los tizones de brillantes reflejos, leia
su destino en el vuelo de las chispas, ó miraba dis-
traida, á favor de la llama del nogal, cómo reverberaban
las paredes los resplandores del hogar.»

(Milly, 1805, 16 de Diciembre.)

XII.

Una noche al separarnos le entregué el libro, au-
mentado con estos versos, que leyó sin cólera, y

probablemente sin sorpresa. Respondíome á ellos con un poemita ossiánico, tambien como el mio, intercalado en las páginas de otro volumen. Sus versos expresaban sólo el sentimiento melancólico de una virgen de Morven, que ve partir el navío en que va su hermano para tierras lejanas, y que se queda llorando al compañero de su juventud á orillas del torrente natal. Aquella poesía me pareció admirable y muy superior á la mia; y era en efecto más correcta y bella. Abundaban en ella esas notas que no conosco la retórica, y que únicamente existen en un corazón de mujer. Nuestra correspondencia poética siguió algunos días estrechando, por esta confianza de los pensamientos, la intimidad que ya existía entre nuestros ojos.

XIII.

Siempre nos parecían demasiado cortas las horas que pasábamos juntos, durante los paseos ó las reuniones de familia, contemplando la inculca fisonomía de las montañas, los abetos cargados de nieve, semejantes á fantasmas que arrastran sus sudarios; la luna entre las nubes y la espuma de la cascada, de donde se eleva *el arco de la lluvia*, de que habla Ossian. Aspirábamos á gozar de estos espectáculos nocturnos en las noches que más completamente nos pertenecían, por comunicarnos uno á otro con mayor libertad con que osábamos hacerlo ante los indiferentes, las juveniles é inagotables emociones de nuestras almas en presencia de las maravillas de

aquella naturaleza, tan en armonía con las maravillas de nuestros primeros éxtasis y de nuestras admiraciones primeras.—«¡Cuán bellas serian las horas, nos decíamos frecuentemente, si las pasásemos reunidos, en la soledad y al silencio de una noche de invierno, hablando sin testigos y sin término de las más secretas emociones de nuestras almas, como *Fingal, Morni y Malvina* sobre las colinas de sus abuelos!...»

Nuestros ojos se cubrían de lágrimas de deseo y de entusiasmo á estas imágenes anticipadas de felicidad poética con que osábamos soñar en aquellas pláticas, hurtadas al día y á la vista de nuestros padres. A fuerza de hablar de ello se apoderó de nosotros el deseo de realizar aquel ensueño de niños, y llegamos á concertar en secreto, pero inocentemente, el medio de proporcionarnos el uno al otro aquella felicidad de imaginacion. Nada más fácil desde el momento en que nos entendimos, rogando yo con pasión y concediendo ella sin recelo ni resistencia.

XIV.

La torre que habitaba Lucy al extremo de la reducida morada de su padre, tenía por base un terrado, cuya pared, construida en forma de baluarte, asentaba sus cimientos en lo profundo del vallecito inmediato al torrente. El declive de la muralla era bastante suave. Las malezas, los abrojos y los musgos, crecidos en las hendiduras de las antiguas piedras, resquebrajadas por el tiempo, permitían á un

hombre ágil y atrevido llegar arrastrando hasta la cima del parapeto, y saltar desde allí al pequeño jardín que ocupaba el estrecho espacio del terrado al pié de la torre. Daba al jardín una puerta baja de la torre, abierta al pié de una escalera de caracol. Aquella puerta, que se aseguraba por la noche con un cerrojo interior, podía ser abierta por la mano de Lucy, logrando así pasear en el jardín en tanto que dormía su nodriza. Yo conocía perfectamente la pared, el terrado, el jardín, la escalera y la torre. No nos faltaba por lo tanto sino resolución suficiente, á ella para bajar allí, y á mi para subir. Por último, convenimos en la noche, la hora y la señal que había yo de hacer desde la colina opuesta, quemando un cebo de mi escopeta.

Lo más embarazoso para mí era salir de noche y ocultamente de casa de mi padre. La maciza puerta del vestibulo, sobre la escalinata, no se abría sino con un estrépito de enormes cerraduras, mohosas, barras y cerrojos, cuyo ruido no podría ménos de despertar á mi familia: dormía yo en un cuarto alto del primer piso, desde el cual podía descolgarme suspendiéndome de una sábana y saltando desde su extremo al jardín; pero despues no podría volver á subir. Una escalera, que en buena hora se dejaron allí los albañiles que habian estado trabajando algunos dias en los lagares, me sacó felizmente del apuro: cuidé, pues, de colocarla por la tarde contra la pared de mi habitación. Esperé con impaciencia á que hubiera dado el relój las once, y á que no se percibiere en la casa el menor ruido; abrí cautelosamente la

ventana, y bajé con la escopeta en la mano al paseo de los avellanos. Mas, apenas habia dado algunos pasos silenciosos sobre la nieve, cuando resbalándose con estrépido la escalera sobre la pared cayó al jardín. Un perro grande de caza, que dormía á los pies de mi cama, se habia lanzado en pos de mí al verme salir por la ventana: enredáronse sus patas en los peldaños de la escalera, y con su propio peso la hizo caer al suelo. En cuanto se desenredó corrió hácia mí y empezó á hacerme caricias. Por la vez primera en mi vida lo rechacé con rudeza y fingi pegarle para impedir que siguiera. Él se echó á mis pies, vióme saltar la pared, que separaba el jardín de la viña, y no hizo el menor movimiento.

XV.

Atravesé los campos, los bosques y los prados, sin encontrar á nadie hasta el borde del barranco opuesto á la casa de Lucy. Allí quemé el cebo: una ligera luz que brilló por un momento en la ventana de la torre, me respondió; dejé la escopeta al pié del inclinado muro, arrastréme por él y salté al terrado. La puerta de la torre se abría en aquel mismo instante. Lucy, salvando el último escalon y marchando como quien trata de ensordecer el ruido de sus pasos, se dirigió al paseo en que yo esperaba casi oculto en la sombra. Una luna espléndida iluminaba con sus sombríos pero deslumbradores destellos el resto del terrado, las paredes, las ventanas de la torre y las laderas del valle.

Habíamos llegado por fin al colmo de nuestros sueños; latían nuestros corazones, y ni osábamos mirarnos ni dirigirnos la palabra. Sin embargo, limpié con la mano un banco de piedra cubierto de nieve helada: estendi sobre él mi capa, que llevaba doblada debajo del brazo, y nos sentamos un poco distantes uno de otro. Ninguno de los dos rompía el silencio, nos contentábamos sólo con mirar, ya á nuestros pies, ya á la torre, ya también al cielo. Yo por último cobré ánimo:

— «¡Oh Lucy, la dije! ¡cuán pintorescamente se refleja la luna en los hielos del torrente y en las nieves del valle! ¡Qué felicidad es el contemplarla al lado vuestro.» — «Si, me contestó, todo es más bello observándolo al lado de un amigo que comparte nuestra admiración hacia esos paisajes.» Iba á proseguir cuando un cuerpo grande y negro, pasando como una bala por encima del muro del parapeto, rodó por el paseo y vino en dos ó tres brinco al lado nuestro ladrando de alegría.

Era mi perro, que siguiéndome desde lejos, y viendo que no volvía á bajar, había olfateado la pista y salvado como yo el muro del terrado. A su voz y á sus saltos en el jardín respondieron los perros del patio con prolongados ladridos, y vimos en el interior de la casa el resplandor de una lámpara que pasaba de ventana en ventana dirigiéndose hacia la torre. Nos levantamos, y Lucy corrió á la puerta de la escalera, cuyo cerrojo la oí echar precipitadamente. Yo, y mi perro tras de mi, nos deslizamos hasta el pié de la muralla y en los prados, inter-

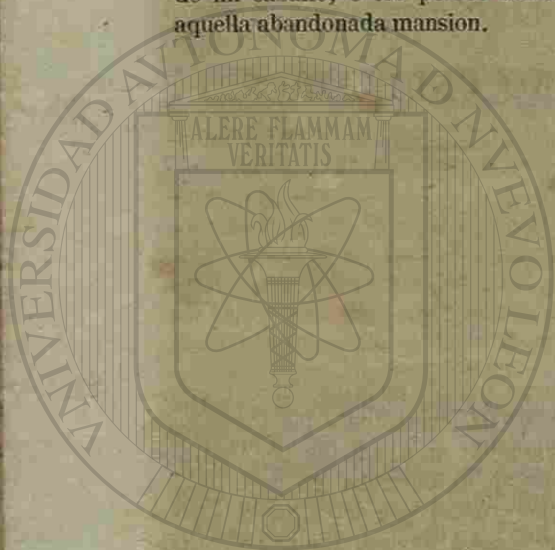
nándome á largos pasos en las oscuras gargantas de las montañas, y maldiciendo la importuna fidelidad del pobre animal. Al llegar al pié de la ventana de mi cuarto estaba transido de frío.

Volví á colocar la escalera, y me acosté al amanecer, sin otro recuerdo de aquella primera noche de poesía osiánica, que los pies mojados, los miembros transidos, la conciencia algo avergonzada de mi timidez para con la encantadora Lucy, y un enojo bastante reprimido hacia mi perro, que tan oportunamente habia interrumpido una conversacion que nos era á la sazón más embarazosa que grata.

XVI.

Tal es el fin que tuvieron aquellos amores imaginarios, que comenzaban á inquietar algo á nuestros padres. Habian notado mi salida nocturna, y apresuraron mi viaje ántes de que se hiciese más seria aquella niñería. Lucy y yo nos juramos amor por todos los astros de la noche; por las ondas todas del torrente, y por todos los árboles del valle; juramentos que se derritieron con las nieves de aquel invierno. Partí á París y á otras grandes ciudades para acabar mi educacion. Lucy se casó durante mi ausencia; fué una buena esposa, labró la felicidad de su marido, á quien amó, y murió jóven, en una posición tan vulgar, cuanto habian sido poéticos sus sueños. Aun entreveo algunas veces su sombra melancólica y diáfana sobre el pequeño terrado de la torre

de*** cuando paso, durante el invierno, por el fondo del valle, y el viento del Norte encrespa las crines de mi caballo, ó los perros ladran en el patio de aquella abandonada mansion.



LIBRO UNDÉCIMO. ⁽¹⁾

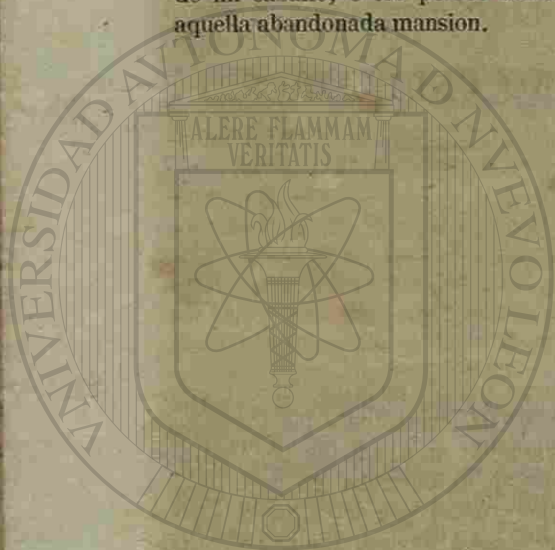
I.

En 1814 habia yo entrado en la servidumbre militar del rey Luis XVIII, como todos los jóvenes de mi edad, cuyas familias eran adictas por tradicion á la antigua monarquia. Formaba yo parte de los cuerpos de aquella guardia que debia marchar contra Bonaparte, primero á Nevers, despues á Fontainebleau, y á defender por último á Paris en union con la guardia nacional y con los jóvenes de las escuelas que se habian alistado voluntariamente y por solo el entusiasmo de la libertad, para combatir la invasion de los soldados de la isla de Elba.

Quince años há que se está desfigurando indigna-

(1) Los libros VII al XI de *Las Confidencias* contiene el episodio que con el título de *Graziella* corre impreso en cien ediciones distintas, alguna de las cuales habrá de seguro caído en manos de nuestros lectores.

de*** cuando paso, durante el invierno, por el fondo del valle, y el viento del Norte encrespa las crines de mi caballo, ó los perros ladran en el patio de aquella abandonada mansion.



LIBRO UNDÉCIMO. ⁽¹⁾

I.

En 1814 habia yo entrado en la servidumbre militar del rey Luis XVIII, como todos los jóvenes de mi edad, cuyas familias eran adictas por tradicion á la antigua monarquia. Formaba yo parte de los cuerpos de aquella guardia que debia marchar contra Bonaparte, primero á Nevers, despues á Fontainebleau, y á defender por último á Paris en union con la guardia nacional y con los jóvenes de las escuelas que se habian alistado voluntariamente y por solo el entusiasmo de la libertad, para combatir la invasion de los soldados de la isla de Elba.

Quince años há que se está desfigurando indigna-

(1) Los libros VII al XI de *Las Confidencias* contiene el episodio que con el título de *Graziella* corre impreso en cien ediciones distintas, alguna de las cuales habrá de seguro caído en manos de nuestros lectores.

damente la historia sobre esa supuesta entrada triunfal de Bonaparte en Paris, en medio de los universales aplausos de la Francia. Esa es una mentira convenida que no por eso deja de ser una gran mentira.

La verdad es que la Francia, atónita y conternada sucumbió entonces ante un recuerdo de gloria que intimidó á la nacion, sin, que entrase para nada en este hecho su amor ó su fanatismo por el imperio. Ese fanatismo no existia ya sino en la tropa, ó por mejor decir, en las filas subalternas del ejército. La Francia estaba cansada de combatir por un hombre, y habia saludado á Luis XVIII, no como el rey de la contrarrevolucion, sino como el rey, cuyo gobierno se establecia sobre una constitucion liberal. Todo el movimiento interrumpido de la revolucion de 1789 volvía á comenzar para nosotros despues de la caída del imperio.

La Francia entera, la Francia que piensa y no la Francia que grita, conocia demasiado que el regreso de Bonaparte traía consigo el restablecimiento del régimen militar y de la tiranía. Este pensamiento era aterrador. El 20 de Marzo fué una conspiracion militar y no un movimiento nacional. El primer sentimiento del pueblo fué la sublevacion contra la audacia de aquel hombre que oprimita la nacion entera con el peso de un héroe. Si en Francia no hubiera habido un ejército organizado que corria á alistarse bajo las águilas de su antiguo general, el emperador no hubiera llegado nunca hasta Paris. El ejército arrastró á la nacion, y ésta se olvidó entonces de la

libertad por un hombre. Hé aqui la verdad de los hechos.

Este hombre era un gran general, habia estado al frente de ella por espacio de quince años: recordaba á sus ojos la gloria y el imperio: hé aqui las disculpas que pueden alegarse para su justificacion, si es que cabe escusa en una afeccion á la libertad. Por primera vez en mi vida senti entonces un profundo desaliento respecto á la entereza de los hombres. En el término de ocho dias vi una Francia dispuesta á levantarse contra Bonaparte, y otra Francia prosternada á los piés de Bonaparte. Bien sabia que la sumision no era voluntaria ni sincero el homenaje; comprendi además que las naciones más poderosas no eran siempre heroicas, y que los pueblos pasaban tambien en ocasiones, debajo del yugo.

Desde este dia dejé de confiar en el poder de la opinion, y creí *plus cuod decet* en el poder de las bayonetas. Este fué mi primer desengaño político. El 20 de Marzo y la debilidad de la nacion que cedió entonces á la fuerza de unos cuantos regimientos, pesan sobre mi corazon desde aquella época.

La historia ha desfigurado la sujecion bajo las apariencias del entusiasmo. Pero hay una historia más verdadera que la que se escribe con el objeto de lisonjear al siglo en que se vive; y esa historia hablará otro lenguaje diferente del de los aduladores del gran pueblo y del gran soldado. El imperio tendrá su Tácito, y la libertad será vengada. Entre tanto, dejemos mentir en paz á esa historia sin conciencia, á esos cronistas de estado mayor y de campamento,

que siguen al ejército como se seguía ántes á la corte; que estravian el juicio del pueblo, justificando siempre los azares de la fortuna y adorando siempre á la espada; y cuyas almas necesitan hasta tal punto de la servidumbre, que no pudiendo adorar al tirano, adoran al ménos el recuerdo de la tiranía...

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

IL

Salimos de París en la noche que precedió á la entrada de Bonaparte, y dejamos la capital entregada á la mayor agitacion. En todas las calles, en todos los arrabales, en todas las aldeas por donde pasábamos, se agrupaba el pueblo en derredor de nosotros para llenarnos de bendiciones. Los ciudadanos salían de sus casas y nos ofrecían llorando pan y vino. Estrechaban nuestras manos en las suyas, y prorumpían en maldiciones contra los nuevos pretorianos que venían á echar por tierra las instituciones y la paz apenas reconquistadas. Esto ví y oí desde la plaza de Luis XV, de donde salimos, hasta las fronteras de Bélgica, donde nos detuvimos.

Y no eran sólo los realistas ó los partidarios de la casa de Borbon los que nos hablaban de esta suerte. Eran, sobre todo, los liberales, los amigos de la revolucion y de la libertad.

En medio de aquel concierto de imprecaciones y de lágrimas, llegamos hasta Bethune, pequeña ciudad fortificada en nuestras fronteras del Norte, á dos leguas de Bélgica. El mariscal Marmont era nuestro jefe. El conde de Artois y su hijo el duque

de Berry, iban tambien con nosotros. El rey se habia separado en Arras, y habia tomado el camino de Lille, donde sólo permaneció algunas horas, porque el espíritu de la guarnicion era desfavorable á su seguridad. Entónces se refugió en Bélgica.

Con estas noticias, el conde de Artois, el mariscal Marmont y los granaderos á caballo de la guardia real, salieron de Bethune para seguir al monarca fuera del territorio francés. Algunas compañías de guardias de corps, de caballeria ligera y de mosqueteros, se quedaron en la ciudad para defenderla. Aquella tarde nos reunimos en la plaza de armas, y oimos leer una proclama de los príncipes, en que nos daban gracias por nuestra fidelidad y se despedían de nosotros, diciéndonos que, libres de los juramentos con que nos habíamos ligado á su causa, podíamos volver al seno de nuestras familias ó seguir al rey en tierra extranjera.

Terminada esta lectura nos distribuimos en grupos y deliberamos sobre el partido más honroso y más patriótico que nos convendría adoptar en el abandono en que se nos dejaba: opinando los unos que deberíamos seguir al rey, los otros que debíamos restituírnos al seno de la nacion y esperar tranquilos la ocasion de servir útilmente á nuestra causa, á quien hacía traicion la fortuna, sin que fuese por esto ménos legal y justa. La opinion más exaltada y tambien la más general, era la de que llevásemos á Bélgica nuestra bandera, y uniésemos nuestra suerte á la del rey, á quien habíamos jurado defender. Hablábase con animacion y con esa elocuencia mar-

cial que inspiran los pliegues de la bandera y que acompaña las palabras con el ademán y el ruido del sable. Esta fué la primera vez en mi vida que yo hablé en público. Querido de muchos de mis camaradas, y honrado, á pesar de mis pocos años, con cierta autoridad sobre ellos, subí, á instancia de algunos amigos míos, sobre la rueda de un armon, y contesté á un mosquetero que habia conmovido fuertemente los ánimos, hablando con sumo calor y brillantez en favor de la emigración.

Yo era tan enemigo de Bonaparte y tan partidario de una restauracion liberal, como podia serlo cualquiera otro individuo del ejército; pero descendia de una familia que no habia abandonado nunca su país, y que creia en el derecho de la patria como nuestros antepasados creian en el derecho del trono. Mi padre y mis hermanos pertenecian á aquella generacion de la nobleza de Francia, que vivia en las provincias y en los campos, léjos de la corte, detestando sus abusos y despreciando su corrupcion; nobleza amiga de Mirabeau y de los primeros constitucionales, enemiga de los crimenes de la revolucion, y siempre firme, aunque moderada en sus principios. Ninguno de ellos habia emigrado jamás. Coblenza les repugnaba como un delirio y como una falta imperdonable. Habian preferido el papel de victimas de la revolucion al de cómplices y auxiliadores de los enemigos de su país. Yo habia sido educado en estas ideas, y ellas eran las que circulaban por mis venas, porque tambien la política está en la sangre.

Espuse estas ideas con lealtad y con energia, apo-

yándolas con algunas consideraciones atrevidas, propias para hacer impresion en los ánimos que aún estaban suspensos é indecisos.

Dije que la causa de la libertad y la causa de los Borbones estaban felizmente reunidas en Francia desde que Luis XVIII le habia dado el gobierno representativo; que nuestra fuerza consistia en estar asociados de todo corazon con los liberales y con los republicanos; que á todos nos animaba el mismo ódio contra Bonaparte; que el usurpador de todos los derechos del pueblo no podia gobernar en lo sucesivo, sin dar una apariencia de constitucion liberal á la nacion; que esa constitucion llevaria consigo necesariamente la libertad de hablar y la libertad de imprenta; que si los republicanos y los realistas unidos se servian á la vez, y de comun acuerdo, de esas armas de la opinion contra Bonaparte, su reinado seria corto y segura su caída; pero que si los realistas emigraban y dejaban á los republicanos frente á frente con el ejército, toda la resistencia á la tiranía quedaria ahogada con la sangre de los liberales ó en los calabozos de las prisiones del Estado; que los hombres de la libertad eran los enemigos de la emigración; que dispuestos hoy á unirse con nosotros en el terreno de las libertades constitucionales y de la restauracion del 89, nos abandonarían en el momento en que nos viesen en tierra extranjera y militando bajo otro estandarte que el de la independencia del país; que por consiguiente, nuestros deberes para con la patria y con nuestras familias, así como la sana política y la fidelidad debida á nuestros jura-

mentos, nos prohibían seguir al rey fuera del territorio, que los pasos que hasta entonces habíamos dado en su seguimiento, eran los de la disciplina y la fidelidad, que no dejarían en nuestra vida más que huellas honrosas; pero que un paso más destruiría nuestra nacionalidad y no nos causaría más que disgustos y quizá profundos remordimientos para lo sucesivo; que por lo tanto estaba decidido á no pasar la frontera, y sin querer vituperar por ello los sentimientos de los que opinasen de distinta manera, invitaba á los que pensasen como yo para que se colocasen á mi lado.

Estas palabras causaron una impresion profunda, y la generalidad de los que me oían se pronunció decididamente contra la emigracion. Los que persistieron en la idea de seguir á los príncipes, montaron á caballo y salieron de la ciudad. Nos encerramos en Bethune, cercada ya por las tropas que el emperador habia enviado de París para observar la retirada del rey. Reducidos por la ausencia de los jefes: y por falta de mando á mandarnos nosotros mismos, establecimos algunos puestos poco numerosos en las puertas principales, y patrullamos dia y noche en las fortificaciones. Yo pasé tres dias y tres noches en el cuerpo de guardia de la puerta de Lille, con un excelente amigo llamado Vaugelas, que se ha distinguido despues brillantemente en la magistratura y en la politica.

Al cuarto dia capitulamos, y licenciados por el rey, lo fuimos tambien por el general bonapartista que entró en Bethune, dejándonos volver á cada

cual al seno de nuestra familia. Sólo se nos prohibia la entrada en París.

Yo entré, sin embargo, en esta poblacion, á favor de un traje de paisano y en un cabriolé que me enviaron á Saint-Denis por encargo mio. Allí pasé algunos dias con la idea de estudiar el espíritu público, y juzgar por mis propios ojos de las disposiciones de la juventud y del pueblo. Vi al emperador pasar una revista en el Carrousel, y se necesitaba todo el prisma de la gloria y toda la ilusion del fanatismo para ver en su persona (por aquella época) el ideal de la belleza intelectual y de la dignidad real innata con que el mármol y el bronce han adulado despues su imágen para hacérnosla adorar. Sus ojos hundidos y agitados se paseaban con inquietud sobre las tropas y sobre el pueblo. Su boca sonreía maquinalmente á la multitud, mientras que su atencion y sus pensamientos vagaban ávidamente por otra parte. Conociase que no estaba sólido el terreno que pisaba, y que caminaba á tientas sobre el trono, acompañado de su fortuna. Él mismo no sabia bien si su entrada en París era un triunfo ó un lazo que le tendía el destino.

Las tropas al desfilarse delante de él gritaban ¡viva el emperador! con un acento marcado de desesperacion y de rabia. El pueblo de los arrabales gritaba lo mismo con un tono más amenazador que entusiasta. Los espectadores se callaban, y cambiaban en voz baja palabras y miradas de inteligencia. Veíase claramente que el odio general espiaba y ansiaba una caida en medio de aquel aparato de fuerza y de

triumfo. La policia examinaba los semblantes. Los gritos de libertad se mezclaban con los gritos de adulacion y de esclavitud. Aquello parecia más bien un emperador y una escena del bajo imperio, que no el héroe de Egipto y del Consulado. Era verdaderamente la venganza del 18 brumario.

Sali de Paris, de ese grande y heróico centro donde se sobornó á la revolucion, con toda la energia de mi alma, con todo el presentimiento de que la libertad resucitaria algun dia entre nosotros.

III.

Restituido al seno de mi familia, volvieron á turbar la tranquilidad de mi padre los decretos imperiales que se espidieron para las nuevas quintas. Era preciso que entrase en las filas de soldados movilizadas para el ejército ó comprara un hombre que me reemplazase en el servicio del imperio. No consenti ni una ni otra cosa, y declaré terminantemente á mi padre que preferia morir fusilado por orden de Bonaparte, á dar una gota de mi sangre ó de la sangre de otro para el servicio y la conservacion de eso que yo llamaba tiranía. Conocia que esta resolucion, manifestada con tanta entereza por el hijo, podria comprometer al padre si se le constituia responsable de los hechos de aquel, y tomé el partido de alejarme de casa.

La Suiza era entonces pais neutral. Tomé, pues, algunos luises del bolsillo de mi madre, y me dirigí una noche sin pasaporte hácia los Alpes.

IV.

Mi abuelo habia poseido cuantiosos bienes en el Franco-Condado, entre San Claudio y la frontera del país de Vaud. Aquellos bienes no nos pertenecian ya; pero habian sido adquiridos por antiguos agentes de mi familia, á quienes no seria desconocido mi nombre. Llegué sin contratiempo alguno hasta su morada, al pié de los bosques de abetos por donde confinan los territorios de Suiza y de Francia. Recibieronme como al nieto del antiguo propietario de aquellos bosques, y me ocultaron en su casa por algunos dias. Dejé mi traje de ciudad, y tomando de uno de los hijos de la casa una chaqueta de lienzo como las que llevan los aldeanos del Condado, y echándome una escopeta al hombro, pasé á Suiza por medio de los centinelas y de los aduaneros, que me tomaron por un cazador de las cereanias. Al llegar á la cima de Saint-Cergue, desde donde mis ojos dominaban el lago de Génova y la cintura de enormes montañas que le rodean, besé con entusiasmo aquella tierra de libertad. Me acordé que cuatro años ántes, viniendo de Milan á Laussanna, se habia apoderado de mi el mismo entusiasmo al leer sobre un escudo de piedra en el camino que conduce de Villanueva á Vevay, estas dos palabras mágicas. *¡Libertad, igualdad!*

Un anciano de Lausanna, que viajaba en el mismo carruaje que yo, al ver las emociones que escitaba en mi alma aquel simbolo de las instituciones repu-

blicanas, en medio de la esclavitud del imperio, quiso que fuese á su casa y me hospedó muchos días, á pesar de serle yo absolutamente desconocido. Los hombres se reconocen por los sentimientos como por los nombres. Las ideas generosas forman una especie de parentesco aun entre los estraños; la libertad tiene su fraternidad lo mismo que la familia-

V.

No tenia cartas, ni crédito, ni recomendaciones para franquearme la entrada en ninguna casa de Suiza. La policia federal podia tomarme por uno de los numerosos espías que el emperador enviaba á los cantones para mover la opinion pública en su favor y revolucionar al país contra los débiles restos de la aristocracia de Berna. Era necesario, pues, encontrar á tantas una familia que respondiese de mí. Entré en Saint-Cergue, en casa de uno de los guias que se ocupaban en acompañar á los estrañeros de Francia á Suiza por los senderos de la montaña. Le pedí hospitalidad por aquella noche, y durante la conversacion que tuvimos despues de la cena, tomé noticia de las principales familias del país de Vaud, con que él estaba más relacionado, ó adónde solia llevar generalmente á los viajeros. Me nombró á Mad. Stael, cuyos numerosos é ilustres amigos se hospedan frecuentemente en su casa al pasar y volver por las fronteras. Sabido es que Coppet era el refugio de todos los amigos de la libertad, que no tenian hacia diez años, más protector que el génio de una

mujer. Tambien me nombró al baron de Viney, antiguo oficial suizo de superior graduacion, que habia estado al servicio de Francia, y me enseñó su palacio, que blanqueaba á algunas leguas de allí al pié de las montañas. Me indicó además el camino, y resolví presentarme á él sin tardanza.

VI.

Al amanecer bajé al lago por la parte de Nyons. Era en el mes de Mayo: el cielo estaba sereno y las aguas del lago resplandecientes y esmaltadas con algunas velas blancas. La sombra de las montañas se dibujaba por la parte de Meilleraie, con sus rocas, sus bosques y sus nieves. Yo me entusiasmaba con aquellas brillantes perspectivas, que no habia hecho más que entrever algunos años ántes. Me detenia en todas las revueltas de aquella bajada; me sentaba junto á todas las fuentes y á la sombra de los más hermosos castaños, para aspirar por mis ojos, por decirlo así, aquella naturaleza tan espléndida. Vacilaba involuntariamente ántes de presentarme en el castillo de Viney, y me era grato retardar el momento en que debia dar un paso para mí tan embarazoso.

VII.

Quando llegué á la verja del castillo era más de medio día. Pregunté con una timidez, bajo la cual se ocultaba mal una fingida seguridad, si estaba en

en casa el Sr. baron Viney. Respondiéronme que si y me introdujeron hasta su cuarto. Mi figura contrastaba de tal modo con mi traje de aldeano, que á pesar de él, el baron me mandó sentar y me preguntó atentamente cuál era el objeto de mi visita. Se lo dije, me contestó con suma bondad; tomó en seguida algunos informes para asegurarse de que no era un aventurero; pareció quedar satisfecho de ellos, y escribió una carta para un magistrado de Berna, que puso en mis manos. Me separé de él manifestándole mi reconocimiento con toda la efusion de mi alma.

En el instante en que iba á separarme de él en la escalinata del patio, bajaban dos señoras la escalera y se presentaron en el vestíbulo.

Era una de ellas la baronesa de Viney, mujer de cerca de cuarenta años, de elevada estatura, de aire magestuoso y de semblante dulce y apacible, un tanto velada por la tristeza, como las facciones de la antigua Niobé. La otra era una jóven de quince á diez y seis años, mucho más pequeña que su madre, y cuya fisonomia medita buda indicaba una planta del Norte que crecía á la sombra de un clima frio, y quizá tambien bajo alguna tristeza doméstica. Ambas se detuvieron para escuchar al paso las últimas palabras de mi conversacion con Mr. de Viney, y mirándome con una atencion mezclada de bondad, permanecieron por algun tiempo en la escalinata para verme partir. Habia en su actitud una mezela de indecision y de disgusto.

Estaba ya á alguna distancia del castillo y me in-

ternaba en las calles de la aldea, cuando un criado vino corriendo hácia mí, y me rogó de parte de la Sra. de Viney, que tuviese la bondad de volver. Le seguí y encontré á toda la familia, compuesta de Mr. Viney, su mujer y un hijo de diez á doce años, que me aguardaba aún en la escalinata. «Un sentimiento nos ha quedado despues de vuestra partida, me dijo con una voz sensible y maternal la señora de Viney; es el temor de que siendo extranjero en nuestras montañas y estando cansado del largo camino que habeis hecho á pié, acaso no encontrareis en la aldea una posada dónde podais comer y descansar. Os suplicamos que acepteis la oferta que gustosos hacemos de acompañarnos á comer. Vamos á ponernos en seguida á la mesa, y por la tarde teneis el tiempo necesario para llegar á Roll.» Yo rehusé al pronto la invitacion, escusándome con mi traje, que me hacia indigno de sentarme á su mesa; pero hubo de ceder al fin á sus repetidas instancias.

Durante la comida, que fué sencilla y frugal y servida en una sala, dónde todo atestiguaba el decaido esplendor de una fortuna, el baron de Viney y su esposa trabaron conmigo una conversacion con el objeto de asegurarse de que yo era en efecto lo que les habia dicho al principio. El nombre de mi familia les era desconocido; pero yo trataba en Paris muchas personas conocidas suyas, y los pormenores que di en la conversacion acerca de aquellas personas, les convencieron de que yo frecuentaba la buena sociedad. Mi odio instintivo contra Bonaparte era tambien una prevencion favorable hácia mí.

Antes de terminarse la comida conocí que no abrigaba aquella familia la menor sospecha respecto de mi persona. La franqueza y lealtad de mi mirada, el candor de mi frente y la sencillez de mis respuestas contribuían sin duda á inspirar aquella convicción. Acabada la comida di las gracias á Mr. de Viney por su generosa hospitalidad, cogí mi palo y quise continuar mi camino. Aquellas señoras se empeñaron en acompañarme, paseando hasta cierta distancia del castillo, hasta dejarme con seguridad en el camino de Roll. Anduvieron conmigo una media legua, á través de las viñas y de los bosques; al ponerse el sol nos separamos.

Apenas había andado algunos pasos cuando sentí que me llamaban otra vez y me volví. «Escuchad, caballero, me dijo Mad. de Viney; es inútil probaros por más tiempo y afligirnos á nosotros mismos, abandonándoos de esa manera á los azares de la suerte, sólo y en un país desconocido; nos habeis interesado y parece que también os hallais satisfecho en nuestra compañía: no nos separamos. Mi imaginación me coloca en el lugar de vuestra madre, porque yo también tengo un hijo de vuestra edad que pelea en estos momentos en las filas del ejército holandés, y que quizá se halle herido, preso, errante como lo estais vos; me parece que al daros asilo en mi casa, le preparo un asilo semejante en casa de otro. Volveos á nuestro lado; nuestra fortuna ha decaído considerablemente, y nuestra mesa es bien frugal; pero no nos avergonzamos de ello. Un huésped más no lleva la desgracia á una casa pobre. Espero que

legareis á estar contento y que permaneceréis con nosotros hasta que los sucesos de Europa se desenlacen de algun modo y podamos ver más claro lo que pasa al otro lado de nuestras montañas.»

Me conmovió profundamente aquel rasgo de bondad; volví á la quinta y entré en ella como si hubiera formado parte de aquella familia. Me colocaron en una habitación alta, desde donde se dominaba el lago, y me dieron libros para ocupar el tiempo. Al cabo de pocos dias las señoras de Viney apenas fijaban en mí su atención: era como el hijo de la una y el hermano de la otra. Las acompañaba todas las tardes en sus largos paseos á pié por las montañas, ó en una barca sobre las aguas del lago. Había enviado á comprar á Ginebra un vestido y alguna ropa blanca. Presentáronme entonces á algunos amigos de las cercanías. Como aquellas señoras me veían escribir con frecuencia, me manifestaron el deseo de leer algunas de mis composiciones ó escritos. Les di entonces una obra á la libertad de la Europa, y algunas estrofas sobre los Alpes, que les parecieron superiores á la idea que habían formado del talento de un huésped tan jóven. Me rogaron que les leyese á Mr. de Vency, quin me abrazó con ternura al oír los acentos de independencia en favor de su patria, y las imprecaciones contra la tiranía del imperio. No quería creer que aquellos fuesen míos, y para convencerle de ello me ví precisado á escribir algunas estrofas más delante de él mismo, y con ideas que él me dió.

Desde aquel dia la indulgencia de aquella noble

familia se aumentó en gran manera, pero no en sus bondades. Vivía amado y feliz en aquella casa patriarcal, donde su piedad, su vida retirada y la caridad de mis huéspedes, me recordaban la casa de mi madre. Pasábamos noches enteras sobre un largo y estenso terraplen, que se extendía al pié del castillo, desde dónde se dominaba el lago; y allí hablábamos de los sucesos de la época, y contemplábamos esa tranquila y deliciosa escena de la noche, en que la luna derramaba sus tibios resplandores sobre las aguas y las nieves.

VIII.

Distinguiáanse desde allí perfectamente las copas de los árboles del parque y el techo de la quinta de Coppet, donde vivía en aquella época, bajo la forma de una mujer, el genio que deslumbraba mi juventud. «Puesto que tanto cultiváis vuestro talento, me dijo una noche Mad. Vincy, debéis ser uno de los admiradores de nuestra vecina Mad. Stael.» Confesé el entusiasmo que profesaba á la autora de *Corina*; pero noté al mismo tiempo que la emoción de mi alma y el sentimiento de mi admiración eran acogidos con una expresión de desden por M. de Vincy, y con cierta pena y turbación en el semblante de su esposa. «Quisiera poderos presentar en la casa de vuestra heroína, me dijo; conozco á Mad. Stael; aprecio su bello carácter; hago justicia á su bondad y á su beneficencia; pero no la visitamos. Sus opiniones y las nuestras nos separan enteramente: ella es hija de

la revolución de Mr. Necker, y nosotros pertenecemos al culto de lo pasado; no podemos, pues, estar unidos como no pueden estarlo la aristocracia y la democracia. Aun cuando en la actualidad lo estemos por un odio común á Bonaparte, no podemos vernos sin embargo, porque este odio no nace del mismo principio. Nosotros detestamos en él la revolución que nos ha precipitado de nuestro rango y de nuestra soberanía en Berna, mientras ella le aborrece como autor de la contrarrevolución; pero por lo que á vos toca, os halláis en muy diferente caso. Mad. de Stael es una gloria que brilla para todos los partidos, y que debe fascinar á un corazón de veinte años. Es natural que deseéis verla; pero nos ocasionaría cierto disgusto si fuéscis á su casa, mientras permanecáis en la nuestra. Nuestros amigos no comprenderían esas relaciones indirectas entre dos quintas donde dominan espíritus tan encontrados.»

IX.

Comprendí aquellos motivos; no intenté siquiera refutarlos: por otra parte, la timidez que me embargaba constantemente en presencia de la mujer y de la superioridad del genio, me infundían cierto temor al pensar en aquella presentación. Me bastaba ver y adorar desde lejos un destello de gloria en sus facciones, y tuve al fin esta fortuna.

Pocos días después de aquella conversacion, supe que Mad. Stael, acompañada de Mad. Recamier, que entonces se hallaba en Coppet, iba con frecuen-

cia á pasear de noche en carruaje por el camino de Lausanna.

Procuré informarme con exactitud de la hora en que acostumbraba dar aquellos paseos, y supe que variaban segun las circunstancias. Resolvi, pues, pasar un dia entero en el camino, por no desperdiciar la ocasion, y sali con el pretexto de hacer una correría por las inmediaciones del Jura. Partí muy de mañana de la quinta, llevándome un poco de pan y un tomo de *Corina*, y me embosqué en un matorral, sentándome sobre la yerba con los piés metidos en la zanja del camino.

Corrieron las horas y pasaron centenares de carruajes por aquel lugar, sin que en ninguno de ellos viese mujeres, á cuyos rostros pudiera leer los nombres de Mad, Stael y Mad. Recamier. Iba ya á abandonar mi empresa, triste y apesadumbrado por el mal éxito, cuando se levantó á mi derecha una nube de polvo hácia el lado de Coppet. Levantaban este polvo dos carruajes descubiertos, tirados por magníficos caballos, que iban corriendo hácia Lausanna. Mad. de Stael y Mad. Recamier pasaron delante de mí con la rapidez del rayo. Apenas tuve tiempo para divisar entre el polvo una mujer de ojos negros que hablaba con grande animacion á otra, cuyo rostro hubiera podido servir de tipo á la única belleza verdadera, á la belleza que encanta y atrae. Otras cuatro mujeres, hermosas tambien y jóvenes, iban en el segundo carruaje. Ninguna de ellas reparó en mí, que seguí largo tiempo con la vista las huellas fugitivas de los carruajes. Hubiera querido detener los

caballos en su carrera; pero Mad. Stael estaba muy léjos de sospechar que en las empolvadas orillas de la zanja hubiese un admirador tan ardiente y apasionado de su persona. Apenas me quedó de ella una imágen indecisa y confusa, que no fijó en mi alma la admiracion que la profesaba ántes de conocerla.

Más profundamente impreso en mi memoria quedó el rostro encantador de Mad. Recamier. La impresion del genio se puede olvidar; pero la impresion de la hermosura es eterna. La belleza despide rayos que confunden. La de Mad. Recamier no era tan poderosa y perfecta, sino por que se ajustaba en un todo á su inteligencia y al carácter de su espíritu. No solo era hermoso su rostro, sino todo el conjunto de su persona. Esa hermosura, que era entonces de novela, será algun dia la belleza de la historia. Tan radiante como Aspasia; pero como una Aspasia pura y cristiana, fué objeto del culto de un genio superior al de Pericles. No conocí jamás personalmente á Mad. Stael; pero la reconocí más adelante en su hija: la duquesa de Broglie. Acaso era así como se la debia conocer para contemplarla bajo su encarnacion más sublime.

En el de Mad. de Broglie toda la pasion de su madre se habia convertido en belleza, todo el fuego en calor, todo el genio en virtud. Morir dejando tras de sí en el mundo tal memoria de sí misma, era para Mad. Stael una apoteosis viva que el ciclo debia á su gloria. En 1819 fué cuando ví por primera vez á la duquesa de Broglie que me honró hasta su muerte con bondadosas distinciones, cuyo recuerdo será

siempre sagrado para mí. He tributado á su venerable memoria algunos de los últimos versos que he escrito. La poesía en cierta época es la vida, no es más que una copa funeraria, que sirve para quemar algunos perfumes en honor de las memorias que nos son santas ó queridas. La de Mad. de Broglie no lo necesitaba, porque ella es su propio perfume y se embalsama con el aroma de su propia virtud.

X.

Entre tanto comenzaba á sentir alguna vergüenza de estar tanto tiempo á cargo de una familia, á la que era enteramente extraño y desconocido. Temia que mi permanencia, demasiado prolongada, fuese indiscreta y causase molestia á Mr. de Vincy y á su esposa. La reducida fortuna de aquella respetable familia no bastaba entónces para corresponder á la generosidad de su corazón, y yo no podía ménos de advertirlo, á pesar de su proceder noble y desinteresado. No queria aumentar con el gasto que les ocasionaba los apuros y escaseces de fortuna, cuyos síntomas podia echar de ver demasiado bien en mi propia familia, para no conocerlos en la agena. Yo los veia sufrir y sufría con ellos: abrigaban unos corazones de reyes, y tenían que luchar con las necesidades de la pobreza. El cielo hubiera debido concederles una fortuna proporcionada á sus grandes razones.

XI.

Prestando un viaje por las montañas meridionales de la Suiza, abandoné aquella casa, no sin ver asomar las lágrimas á los ojos de aquellos señores y á los míos. Aun los volví repetidas veces para mirarla con sentimiento y bendecirla en el fondo de mi alma. Recorrí sólo á pié y en traje de obrero, los parajes más bellos y pintorescos de la Helvecia. Después de tres semanas de aquella vida errante, volví á las orillas del lago de Ginebra, y me detuve en la parte de la costa que da frente al país de Vaud, y que J. J. Rousseau prefirió con justicia á las demás orillas. Tomé hospedaje, mediante algunos sueldos por día, en la casa de un batelero del Chablais, cuya casa estaba situada en las inmediaciones de una pequeña aldea. El oficio de aquel hombre era trasportar gentes, una ó dos veces por semana, de una orilla del lago á la otra, pescar en él y labrar algunas tierras. No tenía más familia que una hija de veinte y cinco años, que cuidaba de la casa y daba de comer á los pescadores y á los caminantes. A unos trescientos pasos de la casa de aquel buen hombre, había otra casa deshabitada, que también le pertenecía, y que le servia únicamente para alojar de vez en cuando algunos viajeros ó los aduaneros que venian á ponerse en observacion.

La casa no tenía más que un cuarto encima de una cueva, y estaba situada sobre un terreno llano, lindando con un estenso bosque de castaños, sobre la

misma playa del lago, cuyas olas azotaban la pared. Alquilé, pues, aquel cuarto, que tenía por todo mueblaje un catre sin colchones, sobre el cual se extendía heno ó paja, las sábanas, una manta, una silla y un banco. El apoyo de la ventana me servía de mesa para escribir. Allí me instalé.

Todos los días por mañana y tarde iba á comer á la aldea con el batelero. Nuestra comida se componía de pan moreno, huevos, pescado frito y vino del país. El batelero era un hombre honrado y su hija muy obsequiosa y atenta. A los pocos días de vivir juntos nos hicimos buenos amigos. Enviaba al batelero una vez por semana á buscar libros y noticias al gabinete literario de Lausanna ó de Nyons. Yo tenía además tinta, lapiz y papel. Pasaba los días de lluvia leyendo ó escribiendo en mi cuarto; los del sol recorriendo la playa por las largas sinuosidades de las orillas del lago ó por los senderos desconocidos de los bosques de castaños. Por las noches me quedaba mucho tiempo despues de comer en casa del batelero, y pasaba las horas de oscuridad hablando con él y con su hija, y á veces con el maestro de escuela y el cura de la aldea, que se complacían con nuestra sociedad. Cuando volvía á mi cuarto escuchaba ántes de conciliar el sueño el murmullo del lago, que arrastraba hasta la playa los guijarros al empuje de cada oleada.

Mi cuarto estaba tan inmediato al agua, que en los días de tempestad, al estrellarse las olas, arrojaban su espuma hasta lo alto de mi ventana. Nunca he estudiado tanto los murmullos, las quejas, las cóle-

ras, los tormentos, los gemidos y las ondulaciones de las aguas, como en aquellas noches y en aquellos días, en monótona sociedad con las aguas de un lago. Hubiera podido escribir el poema de las aguas sin omitir la nota más insignificante. Tampoco he gozado nunca tanto en la sociedad, en ese triste sudario en que se envuelve el hombre por su voluntad, muriendo voluptuosamente para la tierra. Por la mañana veía brillar á lo léjos con el reflejo del sol, á siete leguas de distancia, y en la opuesta orilla del lago, el estenso palacio de Vincy, adonde hubiera podido volver si hubiese querido abusar más de la afectuosa hospitalidad de sus dueños. Me contenté con escribirles una carta dándoles las gracias por sus bondades é informándoles de mi nueva jornada.

XII.

Todas las comunicaciones con Francia estaban interrumpidas á causa de la guerra; ignoraba si podría volver á ella algun día; estaba firmemente resuelto á no hacerlo mientras tuviera que sufrir la opresion de pensamiento y la asfixia política en que me sentía ahogado por la barbárie del imperio. Aunque necesitaba muy poco para mantenerme, mi viaje por Suiza había aligerado algun tanto el peso de mi cinto de cuero, que sólo contenía veinte y cinco uises cuando salí de Francia: me puse á pensar seriamente en el partido que pudiera sacar de mi juventud y de mis estudios, en el caso de que renunciase á volver á mi país. Me ocurrió la idea de en-

trar por algun tiempo como profesor de lenguas, ó como ayo en la casa de alguna familia rusa; pasar despues á Crimea, á Circasia, y desde allí á Persia, para aspirar el clima de Oriente, su poesía, sus combates, sus aventuras y sus fortunas maravillosas, que una imaginacion de veinte años ve siempre envuelta en el misterio y en la distancia. Bajo tales impresiones escribí el siguiente romance, que nunca ha visto la luz pública entre mis obras:

LA GOLONDRINA.

A LA SEÑORITA DE VINEY.

«¿Por qué te alejas de mi, pasajera golondrina? Ven á descansar tus alas al lado mío. ¿Por qué huyes de mí? Mi corazón te llama. ¿No soy yo viajero como tú?

»El destino nos ha juntado en este destierro. No temas andar al lado mío. Si gimes, gemiremos juntos. ¿No estoy tambien aislado como tú?

»¡Ay! acaso del techo que te miró nacer te lanzaron como á mí los rigores del destino. Ven á cobijarte en la pared de mi ventana. ¿No estoy tambien desterrado como tú?

»¿Necesitas lana para abrigar á tus hijuelos que tiritan de frio á mi lado? Yo los calentaré con mi aliento. ¿No he visto á mi madre como á tí?

»¿Ves allá, en el suelo de Francia, ese sitio amado que se abrió para mí? Vuela, lleva el ramo de esperanza. ¿No soy yo ave como tú?

»¡No me compadezcas! ¡Ay! si la tiranía nos cierra la puerta de mi patria, ¿no tenemos nuestro cielo para destruirla?»

Envíe el anterior romance con el batelero á la señorita de Viney, y esta fué mi carta de despedida.

¡Noble y hospitalaria familia! Nunca se ha borrado en mi alma el recuerdo de sus bondades. Siempre he sentido no haberle podido devolver á alguno de sus individuos los servicios, los consuelos y la fraternidad que de ella recibí en otro tiempo. El padre y la madre murieron ántes que la fortuna volviese á consolar y levantar su casa. En la actualidad, segun he oido, se encuentra floreciente y rica. ¡Bendiga Dios en los hijos la memoria de los padres!

Nunca he pasado despues por el camino de Ginebra á Lausanna sin levantar los ojos hácia el palacio de Viney, y sin encontrar mi pensamiento en una dulce memoria, porque aquella mansion fué para mí por espacio de algunas semanas como una casa paterna.

Mi corazón siente hácia aquel palacio algo de ese sentimiento que uno profesa al hogar de su familia. De todas las plantas con que se adornan los jardines y el umbral de aquel palacio, la más viva y duradera es el reconocimiento del poeta hácia aquella mansion hospitalaria.

XIII.

Por aquella época volví á Paris, y me incorporé de nuevo al servicio militar en la guardia del rey. Allí me encontré con uno de mis amigos de la infancia, que habia entrado tambien en los guardias de corps. Llamábase el conde Aymon de Virieu, el mismo á quien se ha entrevisto ya conmigo en mis viajes por Italia. Aquel fué mi primero y mi mejor amigo, si es que basta ese nombre genérico y trivial de amistad para espresar la naturaleza del sentimiento que nos unió desde la niñez. Era una cosa parecida á los vínculos de la sangre ó al parentesco del alma. Yo fui su hermano, y él lo fué mio. Con él he perdido la mitad de mi propia existencia, porque mi pensamiento se albergaba en él tanto como en mí mismo; el día de su muerte comenzó un gran silencio alrededor de mí. Parecíame que el eco de todos los latidos de mi corazón habian muerto con él. En la actualidad me siento todavía, pero ya no me oigo.

XIV.

Aymon de Virieu era hijo del conde de Virieu, uno de los hombres más eminentes del partido constitucional en la asamblea constituyente, amigo de Mondier, Tollendal, de Clémont-Tonnerre y de todos

aquellos hombres tan honrados como llenos de ilusiones, que querian reformar la monarquía sin con-moverla.

No se reforma sino lo que se domina. Cuando pusieron el trono en manos de una asamblea, no pudieron arrancarlo de ella sino en pedazos. Por eso no tardó en apoderarse de ellos el arrepentimiento, y se volvieron contra la revolución que habian hecho, ántes de que estuyese terminada. Emigraron los unos, otros se llamaron monárquicos, y trataron de formar esos partidos intermedios que fueron aplastados entre los dos campamentos; los más osados se aprovecharon de las eventualidades de la anarquía para sublevar las provincias contra la convencion.

Entre los últimos se contaba el conde de Virieu; éste al abandonar la tribuna empuñó las armas. Lyon se insurreccionaba contra la tiranía: él vió en esa insurreccion, enteramente municipal, alguna probabilidad de arrastrar aquella ciudad y el Mediodía de la Francia á un movimiento involuntario de realismo y de restauracion monárquica. Al instante acudió á aquel punto, donde le fué conferido el mando de la caballería de Lyon durante el sitio de esta ciudad por el ejército republicano. En la noche que precedió á la rendicion de la plaza, se puso al frente de la caballería, y trató de abrirse paso á través de las tropas de la convencion. Lo consiguió, en efecto; pero al salvar una parte de los compañeros de su fuga, fué muerto él mismo á algunas leguas de distancia de Lyon. Su cadáver no pudo ser hallado, ni ha quedado de él otro recuerdo que su nombre, que

permanece grabado en nuestros anales, entre los fundadores de nuestra revolucion.

XV.

Después de su muerte, la viuda, que se quedó en Lyon con su hijo único, sólo pudo librarse del cadalso con la fuga; vestida de mendiga anduvo errante por las montañas del Delfinado, donde confió el niño á los cuidados de una honrada y fiel aldeana, que crió el hijo del proscrito en compañía de los suyos. Madama de Virieu pasó á la frontera, y vivió con el trabajo de sus manos en Alemania, esperando siempre el regreso de su marido, cuya muerte ignoraba. Era una mujer de carácter heróico, cuya estremada piedad la hacia rayar en un misticismo religioso del más tierno y exaltado. Su constante amor á la memoria de su marido llegaba á producirle visiones de éstasis, y su larga vida desde el dia en que lo perdió hasta el de su muerte, no fué más que una lágrima, una esperanza y una invocacion. Vuelta á Francia encontró á su hijo y á sus hijas, recogió algunos restos de su considerable fortuna, y se retiró á una casa del Delfinado, donde hacia una vida enteramente monástica, vivificada tan solo por sus buenas obras y por su ternura hácia sus hijos. Los jesuitas, con el nombre de los Padres de la Fé, acababan de fundar un colegio en las fronteras de Francia y de Saboya. La fama de aquel colegio iba creciendo en medio de todos los restos de instituciones de enseñanza que habia dispersado la revolucion,

y afortunadamente contrastaba tambien con aquella educacion á son de tambor que se daba en los liceos imperiales, en que el emperador Bonaparte queria vestir de uniforme el pensamiento de toda la Francia, y formar un pueblo de soldados en vez de un pueblo de ciudadanos.

Todas las familias nobles enemigas del imperio y las familias religiosas de la clase media, enviaban sus hijos á aquel instituto naciente desde Francia, Saboya, Alemania é Italia. Unos trescientos jóvenes enviados de todos estos paises recibian allí una educacion á la vez liberal y piadosa. No soy yo de los que desean que la educacion del siglo esté confiada al clero; detesto la teocracia como la forma más odiosa de todas las tiranías, porque la reivindica en nombre del Dios de la libertad y la perpetúa consagrándola. Temo para la inteligencia humana la influencia del sacerdocio en los gobiernos. Pero ninguna de estas consideraciones me impedirá jamás reconocer y proclamar la verdad, ni me hará desconocer lo bueno en dónde quiera que lo vea y lo encuentre.

Mientras el espíritu del siglo no se convierta en una fé religiosa, capaz de inflamar las almas, los establecimientos seculares lucharán desventajadamente con los establecimientos del sacerdocio. Es preciso que el estado sea tambien una religion, porque de otro modo no es más que una administracion muerta y es vencida. No hay presupuesto que equivalga á un grano de fé cuando se trata de comprar las almas.

Mad. de Virieu se apresuró á poner á su hijo en aquella casa; mi madre me llevó á ella tambien, y nos encontramos allí. Nuestros caractéres tenían en apariencia poca analogía. El era alegre, yo era triste; él turbulento, yo pacífico; él burlon, yo sério; él escéptico, yo piadoso. Pero al mismo tiempo tenía un corazón muy sensible bajo su aparente dureza, y un espíritu superior que todo lo aspiraba, por decirlo así, desde arriba, sin tomarse el trabajo de examinar ni de mirar nada. Yo no lo busqué, él fué quien solicitó mi amistad por largo tiempo, sin desanimarse, al ver la poca inclinación que yo profesaba á sus maneras atolondradas, y el poco interés que manifestaba en corresponder á su afecto.

Sin embargo, á medida que íbamos creciendo y que nuestras inteligencias se elevaban algun tanto sobre la de nuestros camaradas, se hacía más estrecha nuestra intimidad y se estableció entre los dos una especie de confianza de ánimo que nos hacía independientes de nuestros compañeros y hasta cierto punto de nuestros profesores. Nadie sino yo lo comprendía, y aquel aislamiento de los demás hizo que nos uniésemos estrechamente uno á otro. Comprenderse bien es casi tanto como amarse. Nuestra amistad, pues, en la que habia al principio algun tanto de frialdad, fué una amistad de cabeza mucho tiempo antes de ser una amistad de corazón. Hasta que salimos del colegio y nos encontramos más tarde en la edad de las pasiones y de la ternura, puede decirse que no nos amamos con ese afecto entrañable y completo que nos unió despues.

En aquella época, Virieu, que contaba algunos años más que yo, tocaba ya á la adolescencia. Tenía una de esas cabezas rubias y rizadas en hermosos bucles, que se ven entre los habitantes del Norte, con una frente cuya forma parecia dibujada por el pincel de Miguel-Angel. En éstos indicios de sus grandes facultades se notaba más universalidad de talento que regularidad y armonía en la inteligencia. Sus ojos eran azules, pero tan hermosos y brillantes como si fuesen negros. En ellos se reflejaba toda la gracia y la penetración de su alma. Lo demás de su semblante indicaba la fuerza, unida á un tanto de aspereza. Su mirada temblaba como la luz en el agua. Su nariz, como la de Sócrates, era remangada, y parecia un tanto abultada hácia los agujeros por los delicados músculos de la ironía. Su boca, demasiado abierta, era más bien la del orador que lanza la palabra, que la del filósofo que la medita.

Tenia en el aire, en el gesto y en la palabra cierto desden al vulgo, y un sentimiento interior de superioridad de raza y de orgullo de nacimiento, que recordaba aquellas familias nobles, donde se tiene siempre la costumbre de mirar de alto á abajo. Su entendimiento era tan vasto, tan lleno, tan dispuesto para todo, que desbordándose, por decirlo así, se sentia embarazado por la abundancia misma de sus facultades y esterilizado por el exceso de su fecundidad, como esos hombres á quienes una imaginación demasiado activa pone en sus manos muchas palabras á la vez, y que por exceso de verbosidad concluyen al fin por tartamudear.

Virieu tartamudeaba, en efecto, cuando niño, y su palabra no llegó á ser clara y serena hasta que se apagaron en él los primeros ardores de la juventud. Aunque casi siempre era el último en todas las clases, sus compañeros y sus maestros le consideraban, de comun acuerdo, como el primero. Sabían al ménos que lo hubiera sido si hubiera querido; pero que su ánimo rara vez estaba en aquello en que querían fijarlo; así es que él estaba en las matemáticas cuando nosotros estábamos en los poetas; en la historia, cuando explicábamos en los poetas; en los poetas, cuando se trataba de los filósofos. Todo eso se le perdonaba, ó mejor dicho, se le pasaba por alto, porque aunque llegase por diferente camino, al fin llegaba siempre, si bien no llegaba nunca á tiempo. Su espíritu era tan independiente, que no podía caminar jamás sobre las huellas trazadas por otro: él se trazaba las suyas á su capricho, porque habia nacido para las soledades del ánimo.

XVI.

Si estudiaba ménos que nosotros, pensaba mucho más. Su guía era Montaigne, de quien descendía su madre. Aquel génio tan divertido y al mismo tiempo tan incrédulo y entregado á la duda, se habia comunicado en parte con la sangre á mi jóven amigo. El libro de Montaigne era su catecismo. Desde la edad de doce años sabia de memoria casi todos los capítulos de esta historia del escepticismo. Me los recitaba á cada instante, y yo combatía sin trégua y con

todas mis fuerzas aquella aficion esclusiva por Montaigne. Esa duda que se complace en dudar, me parecia infernal. El hombre ha nacido para creer ó para morir. Montaigne no puede producir sino la esterilidad del ánimo que lo gusta. No creer nada es lo mismo que no hacer nada.

El cinismo de las espresiones de Montaigne lastimaba y heria la delicadeza de mi sensibilidad. La bajeza de las espresiones empaña la pureza de la sensibilidad del alma. Una palabra obscena causaba en mi ánimo la misma impresión que un mal olor en mi olfato. No me gustaba en Montaigne más que aquella desnudez encantadora de estilo, que descubre las formas graciosas del entendimiento, y deja ver hasta las palpitations del corazon bajo la epidermis del hombre. Pero su filosofía me inspiraba compasion. No es la filosofía del cerdo, porque este piensa. No es la filosofía del hombre, porque nada concluye, sino la filosofía del niño, que juega con todo.

Ahora bien: el mundo no es una niñada. La obra de Dios bien merece que se la tome en sério; y la naturaleza humana es bastante noble y bastante desgraciada, para que ya que no se la respete, no se la tenga al ménos compasion. La burla en semejante materia, no solamente es cruel, sino que es impia.

XVII.

Hé aquí lo que entónces decia yo á Virieu y lo que más tarde se dijo á si mismo cuando las notas

graves y lastimeras de la pasión y de la desgracia resonaron al fin en su alma. Su pensamiento profundizaba demasiado para no llegar hasta el fondo de la verdad, es decir, hasta Dios.

Algunos años después, concluidos ya nuestros estudios, nos encontramos en Chambery: yo me detuve allí uno ó dos días para verlo al ir por primera vez á Italia. Nuestra amistad se estrechó con el mayor conocimiento que teníamos de nosotros mismos, y con una mútua inclinación de espíritu que era cada día mucho más fuerte. Tres años de separación nos habían enseñado á echarnos de ménos. Entónces nos uramos una fraternidad constante é inalterable; y nos hemos cumplido nuestra palabra. Desde aquel día nuestros corazones y nuestros espíritus no se han separado jamás.

XVIII.

Hemos vivido como si fuéramos uno. Seis meses después de aquella despedida vino á juntarse conmigo en Roma. Viajamos juntos por largo tiempo: acabamos juntos nuestra educación; lo que al uno faltaba lo suplía el otro. En este cambio y comunicación continúa de nuestras facultades, él ponía las ideas, yo los sentimientos; él la crítica y yo la inspiración; él la ciencia y yo la imaginación. Nunca escribía nada; era como esos espíritus delicados que no se satisfacen jamás con sus obras, y que prefieren conservarlas eternamente en estado de concepción en su seno, á producirlas imperfectas y profanar

su ideal, manifestándolo. Estos son los establecimientos más elevados. Creen imposible que la palabra, el arte ó acción alcancen jamás á la grandeza de sus pensamientos. Viven estériles; pero no por impotencia, sino por exceso de fuerza y por la pasión ardiente de la perfección. Estos hombres son las vírgenes del talento: no se enlazan sino á su ideal, y mueren sin dejar sobre la tierra nada de ellos. Así ha muerto Virieu, llevándose consigo un genio superior y desconocido.

XIX.

De regreso á Francia no nos separamos casi nunca. En París vivíamos juntos. Por el verano iba yo á pasar meses enteros en el seno de su familia, en la soledad de su casa, en el Delfinado, entre su madre, enteramente consagrada á Dios, y su hermana más jóven, enteramente consagrada á su madre y á él. Esta hermana que se llamaba Estefanía, aunque jóven, rica y hermosa, había renunciado al mundo y al matrimonio, para entregarse toda entera al cuidado de su familia, y á la pintura, para la cual manifestaba mucho génio.

Pasábamos los largos días del otoño leyéndola mientras pintaba, ó concibiendo asuntos para sus cuadros, á los cuales daba vida y formas en el mismo instante, la rápida improvisación de su lápiz. Adoraba á su hermano y se interesaba por mí en atención á la estrecha amistad que nos unía. Mad. de Virieu, sentada en un gran sillón al lado de la chi-

menea, recogida en la tristeza y en la oración mental, presidía á aquellas estudiosas reuniones de familia: de tiempo en tiempo nos dirigía una mirada tierna y una vaga sonrisa, como para decirnos: no participo de las alegrías de la tierra, sino por vosotros.

La vida tranquila é inocente de aquella casa me daba nuevo aliento y apaciguaba mi corazón, casi siempre agitado ó fatigado por las pasiones. Era el recogimiento de los primeros años de mi juventud.

En el momento de la caída del imperio, que Virriéu y todos los jóvenes de aquella época detestaban tanto como yo, entramos juntos en la servidumbre militar del rey, y salimos á la vez de ella cuando fué licenciada la guardia. Juntos entramos también en la carrera diplomática. El siguió al duque de Richelieu á Alemania; fué agregado á la embajada del duque de Luxemburgo al Brasil; acompañó á Mr. de Laferronaye al Congreso de Verona, y fué secretario de legación en Turin y Munich. Algunos pesares secretos alteraron su salud. Entónces abandonó la diplomacia y se restituyó al seno de su familia. Estas ausencias, que llenábamos con una correspondencia diaria, no habían relajado en lo más mínimo los vínculos de nuestra amistad. Todo se reducía á escucharnos de más léjos. Nuestro bolsillo era común á los dos como nuestro pensamiento. ¡Cuántas veces ha suplido él con su fortuna la insuficiencia ó los desastres de la mía! El no sabía si yo podría devolverle lo que me daba, ni se inquietaba por ello en manera alguna. Hubiera dado su alma por mí sin con-

tar para nada con su propia vida. ¿Cómo, pues, había de importarle nada entregarme su fortuna?

Por mi parte tampoco quería causarle afrenta mostrándome reconocido. Mi reconocimiento consistía en no llevar cuenta ni separar lo que nos pertenecía de la comunidad á que lo teníamos sujeto. ¡Cuántas cosas suyas no se encuentran hoy entre las mías! Entendimiento, espíritu, corazón, fortuna: sólo Dios pudiera decir: «Esto es del uno y aquello del otro.» Los hombres que se han unido tan estrechamente debieran confundir después de la muerte su memoria como han confundido su propio sér durante la vida, y llamarse en la posteridad con el mismo nombre, como un sér colectivo. Esto sería más exacto y al mismo tiempo más consolador y más dulce. ¿Para qué dos nombres distintos, si no ha habido en realidad más que un solo hombre?

XX.

Algunos años después se casó con una joven cuya modestia, cuyas virtudes y apasionado cariño sepultaron para siempre su existencia en la oscura pero grata felicidad del hogar doméstico. Aquel entendimiento tan superior no decayó por ello un solo punto, sino que descendió desde las nubes hasta el suelo. Su alma, en otro tiempo tan curiosa y escéptica, creyó haber encontrado la verdad en la dicha, en el reposo y en la fé de su madre. Reconcentróse, pues, todo enteró en el amor de su esposa y de sus hijos. Redujo extraordinariamente los límites de su vida, y

no los salvó jamás. Su corazón no salía de aquel dulce recinto de la familia sino para mí, porque mi amistad se había conservado en su corazón toda entera. Desde aquel silencioso retiro me veía caminar incesantemente, ya subir ó caer.

Como todos los hombres fatigados por el tiempo creía más en lo pasado que en lo porvenir. Se interesaba muy poco en las agitaciones presentes del mundo político, y las miraba con cierto desden ó indiferencia. Amaba siempre la libertad; pero no la esperaba sino de Dios, así como no veía estabilidad sino en la fe. El misticismo de su madre añadía aún á su natural piedad algunas alusiones consoladoras.

Me escribía con mucha frecuencia acerca de los negocios públicos. Sus cartas eran tristes y graves, como la voz de un hombre que habla desde el fondo del santuario á los que están en la plaza pública. En una ocasión se pasaron quince días sin que recibiese carta suya; en cambio llegó á mis manos una de su hermana, en que me daba noticia de su fallecimiento. Había muerto en los brazos de su mujer, bendiciendo á sus hijos, y nombrándome entre las personas de quienes sentía separarse en la tierra, y á quienes deseaba volver á ver en el cielo. La religión había inmortalizado antes de morir sus últimos suspiros. Escéptico al comenzar el camino, había ido viendo más claro cuanto más había adelantado en la carrera de la vida. Al concluir su camino ya no abrigaba duda alguna. Estaba cerca de Dios.

Perdí con él al testigo ocular de toda la primera mitad de mi vida. Conocí que la muerte desgarraba

entonces la página más querida de mi historia, que, en efecto, ha quedado sepultada para siempre á lado suyo.

XXI.

En el Delfinado y en las ruinas del antiguo castillo de su familia, llamado *Pupetieres*, fué donde escribí para él la meditación poética titulada *El valle*. Estos versos recuerdan las impresiones y los sentimientos que despertaban entonces en nosotros aquellos bosques, aquella soledad y aquellas aguas. Si se escribiera el murmullo de los bosques y de las aguas, valdria algo más que mis débiles estrofas. El alma del poeta no es más que un agua corriente; que escribe sus murmullos y los canta; nosotros los escribimos con las notas del hombre, la naturaleza las escribe con las notas de Dios.

Después de haberme separado completamente del servicio me restituí á la casa paterna, y desde ella emprendí de nuevo mis viajes. Generalmente me dirigía hácia los Alpes. Aquí se me presenta la ocasión de hablar de un hombre, cuya sociedad me llevaba hácia aquel punto. Hablo del baron Luis de Vignet, que ha muerto hace pocos años, hallándose de embajador de Cerdeña en Nápoles. Su tumba encierra una de las reliquias más caras de la vida de mi corazón. Pero ¿qué puede hacer el hombre por el hombre que ya no existe? Nada más que escribirle un frío epitafio. La piedra conserva la memoria más tiempo que el corazón; por eso se graba

sobre cada sepulcro un nombre y una palabra. Pero cuando aquella generacion no existe ya, los hombres que pasan al lado del sepulcro no comprenden la palabra ni el nombre y es necesario explicársela.

Luis de Vignet, á quien conocí en el colegio, era hijo de un senador de Chambery, y sobrino por la línea materna del conde José de Maistre, el filósofo, y del conde Javier de Maistre, el Sterne del siglo, pero Sterne mucho más natural y sensible que el escritor inglés.

Luis de Vignet y yo éramos en el colegio de los jesuitas los dos rivales que se disputaban todas las palmas que el imprudente orgullo de los maestros se complacía en presentar á la emulacion de sus discípulos. Contando algunos años más que yo, y dotado de entendimiento más maduro y de mayor fuerza de voluntad, alcanzaba frecuentemente el premio.

Yo no tenía celos de él porque la naturaleza no me ha hecho envidioso. Por lo que hace á él, se manifestaba generalmente poco satisfecho de sus triunfos y humillado en sus derrotas. Allí luchaban el italiano y el francés cuerpo á cuerpo, y nuestros semblantes, nuestras naturalezas, ofrecían el contraste de esos dos tipos nacionales. Vignet era alto y de formas proporcionadas á su estatura: su cabeza, algo inclinada hácia el pecho, estaba poblada de hermosos cabellos negros. Su tez era pálida y un poco cobriza; sus ojos hundidos se ocultaban debajo de pobladas cejas; su nariz aguileña y afilada estaba cortada con una admirable finura en sus perfiles. Rara vez se despegaban sus labios secos y delgados; y

una espresion habitual de amargura y de desden deprimía ligeramente las estremidades de su boca. Su barba era larga y cortada á ángulos rectos, como la cabeza del caballo árabe. El óvalo de su cara era prolongado; pero con suma flexibilidad y gracia. Hablaba poco y paseaba siempre sólo, porque su edad y la energia de su carácter le hacían considerarse superior á nosotros. Sus compañeros no lo amaban y sus maestros lo temían. Había en su silencio algo de descontentadizo, y en su pasion por la soledad algo de conspirador.

No ocultaba el desprecio con que miraba los ejercicios religiosos que hacían practicar todos los dias. Se vanagloriaba de su incredulidad, y casi de su ateismo. Yo profesaba admiracion á su talento, compasion á aquel estado de soledad á que se habia reducido, pero poca inclinacion á su persona. En su mirada habia algo del *Fausto* alemán, que fascinaba el entendimiento como un enigma, arrancaba la admiracion, rechazaba la intimidad.

Ninguno de los hombres que yo he conocido ha recibido de la naturaleza facultades tan poderosas. Su talento era un instrumento fuerte y penetrante, del que su voluntad se servía para todo, sin que nada se le resistiese. Tenía el don del estilo, como si su pluma hubiese seguido las huellas de los más aventajados escritores. Era naturalmente grave en sus discursos, armonioso y sensible poeta en sus versos, filósofo atrevido y dominante ántes de haber llegado á la edad del pensamiento. Todas nuestras composiciones palidecían junto á las suyas. Sólo pecaba por

esceso de citas y recuerdos, y por la falta de espontaneidad, la naturalidad y la improvisación me daban á veces cierta ventaja sobre él; pero si le sobrepujaba de ciertas faltas, lejos de prevalecerme de estas victorias, era el primero en reconocer la superioridad de edad, de trabajo y de talento.

XXII.

Salió de los estudios tres años ántes que yo, y dejó entre nosotros, con el recuerdo de su nombre, un vacío semejante al que deja un hombre superior al atravesar la multitud, que no se cierra sino mucho tiempo después que él ha pasado. Nosotros hablábamos de él con una admiración mezclada de terror. Le creíamos llamado á desempeñar alguna misión elevada, pero siniestra. Esperábamos de él alguna cosa grande y extraordinaria. Era esto como un presentimiento de su futuro destino. Supimos después que seguía el estudio del derecho en la escuela de Grenoble; que allí, como en todas partes, se le profesaba más admiración que cariño; que vivía desdendiendo siempre con orgullo á la multitud; que no se dejaba llevar de esas necias vanidades que seducen frecuentemente á los alumnos de las escuelas; que tenía una especie de orgullo y creía hallar una gloria estoica en su pobreza, hasta el punto de llevar, en medio del día, sus zapatos rotos debajo del brazo para que los remendasen en algún puesto de zapatería inmediato, ó ir por la calle comiendo un pedazo de pan con su libro debajo del brazo. Este orgu-

llo de sobriedad y de valerosa independencia desafiaba todos los desprecios de sus compañeros, y denotaba un alma más fuerte que lo que pudieran ser sus sonrisas y sarcasmos. Pero nadie se mofaba de él, ántes bien, se le respetaba; y las pruebas que daba de sus talentos como legista y como orador, le habían granjeado mucha fama en toda la ciudad.

Hacia seis años que nos habíamos separado cuando la casualidad nos reunió en Chambéry, dónde pasaba yo unos días al volver de una escursión que había hecho por los Alpes. Estaba yo entonces en la efervescencia de mis años más floridos. No había bastante aire en el cielo, ni fuego en el sol, ni espacio sobre la tierra para la necesidad de mis aspiraciones, de la agitación y de la combustión en que me abrasaba. Yo era la fiebre viva y personificada; el delirio de la inquietud se dejaba sentir en todos mis miembros. Las costumbres regulares de mis años de estudios y aquella dulce piedad que me habían inspirado mi madre y mis maestros, estaban ya lejos de mí. Mis amistades se profanaban al acaso, lo mismo que mis sentimientos. Estaba unido con todo lo más desordenado, lo más turbulento, bajo buena forma de la juventud de mi país y de mi época. Caminaba siempre en medio del desorden, y sin embargo el desorden me repugnaba. Mis estravíos eran de pura imitación, pero nunca naturales. Cuando me encontraba sólo, la soledad purificaba.

Tal era el estado de mi vida cuando volví á encontrar á Vignet, á quien confieso que me costó trabajo reconocer. Jamás he visto que tan pocos años

hayan verificado una transformación tan completa en fisonomía alguna. Me hallé con un joven de porte modesto, paso lento y acompasado, acento de voz sonoro y afectuoso, semblante dulce y tranquilo, ligeramente velado con una sombra de melancolía. Se acercó á mí más bien como un padre á su hijo que como un camarada á otro, y me abrazó con la mayor ternura. Se acusó de los celos que nuestras rivalidades de escuela le habían inspirado en otro tiempo respecto de mi persona, y me aseguró que no quedaban ya en su alma sino la vergüenza, el remordimiento y el más vivo deseo de ligarse conmigo por una estrecha y cordial amistad. Sus maneras, su acción y la mirada serena de sus ojos azules correspondían en un todo á sus palabras. Mi corazón se abrió para acoger como merecían los afectuosos desahogos del suyo; reconocía que aquel hombre grave, austero y á la vez cariñoso y tierno, sepultado en aquel retiro en el fondo de las montañas, porque había tenido la fuerza de alma suficiente para separarse de esa vida de ligerezas y de disipaciones á que estábamos entregados; original en el bien, mientras que nos esforzábamos en ser unos miserables copistas del mal, valía mil veces más que todos esos amigos en cuya compañía agotaba inútilmente mi vida en el bullicio de los placeres.

XXIII.

Una unción edificante corría de sus labios. Me refirió el cambio que se había operado en su espíritu

subiendo por las montañas, al salir el sol, el pequeño valle de castaños que conduce á las Charmettes, aquella cuna florida del primer amor y del primer genio de Rousseau. Notábase en aquellos momentos en Vignet, en su estatura elevada, pero un tanto inclinada sobre sí misma; en los bucles de sus cabellos negros que salían por la parte posterior de su sombrero y contrastaban notablemente con la palidez de sus descarnadas mejillas; en su andar acompasado y lento, y hasta en su vestido negro, estrecho, raído y abotonado hasta arriba; en el acento dulce pero abatido de su voz, una perfecta semejanza con el *vicario saboyano*, esa pintoresca creación de Rousseau, ese Platon de las montañas cuyo cabo era una miserable aldea del Chablais.

XXIV.

El padre de Vignet era pobre: la revolución le había quitado la dignidad y la dotación de senador. Entonces se había retirado al único y reducido dominio que poseía á una legua de Chambéry, cerca de una linda aldea denominada Servolex. Había muerto algunos años ántes, mientras que su hijo se hallaba conmigo en el colegio.

La madre de mi amigo, mujer adorable y adorada de sus hijos, había vendido año por año, algunas tierras para acabar la educación de sus dos hijos, y de una hija. El mayor de aquellos, á quien yo no conocía, vivía en Ginebra y estudiaba allí administración. La pobre madre vivía sola con su hija en

Servolex, en medio de aquellos últimos restos de los bienes de la familia. Había caído en una especie de languidez enfermiza al ver desvanecidas todas sus esperanzas y presenciar la decadencia de su fortuna y la muerte de su marido. Conociendo que estaba próxima á morir, había enviado á llamar á Grenoble á su hijo Luis para que le sucediese en la administración de aquellos escasos bienes y fuese en adelante el protector de su hermana.

XXV.

Vignet había acudido al momento. La presencia de su madre moribunda lo había trastornado completamente. Una sola pasión, su ternura de hijo para con aquella santa mujer, había estinguido en él todas las otras. Su orgullo se había anegado en sus lágrimas. El ejemplo de tranquila resignación á la muerte que le daba todos los días su madre, le había resignado á la vida. La piedad no lo había convencido, pero había enternecido su alma. Él sentía y escuchaba ya dentro de sí mismo aquel Dios á quien hasta entonces no veía. Por la primera vez en su vida rezó entonces milláres de veces al pié de aquel lecho de paz y de dolores, y había abrazado la religión de su madre para rezar en el mismo idioma que ella. Despues de dos años de sufrimientos había espirado al fin, legándole por toda herencia su religión; y él la había jurado, en esos instantes en que los juramentos son sagrados, aceptar aquel legado de su alma. Luis cumplía su palabra. Su religión era

su madre, su convicción, su promesa, su fé, sus sagrados recuerdos.

XXVI.

Y sin embargo, aquella interrupcion de dos años en sus estudios y carrera habían trastornado su porvenir entero. Su ambicion se había sepultado bajo la piedra del sepulcro de su madre, en el cementerio de Servolex. Su salud se había alterado con el aislamiento y la tristeza. Su sistema nervioso, escitado desde la juventud por la meditacion y por el dolor, había tocado al último estremo de irritacion. Una melancolia serena, pero profunda é incurable, oscurecía á sus ojos todo el horizonte que le rodeaba. Los hombres y sus ideas, pequeñas como ellos, le inspiraban lástima y compasión. Para él nada valía la pena de dar un sólo paso.

Había renunciado decididamente á toda clase de carrera, tomando el partido de vivir sólo con su hermana, jóven tan apreciable como digna de él, en su posesion de Servolex. Su capital ascendía á unos treinta mil francos en viñas, bosques y tierras contiguas á la casa, cuya renta bastaba á satisfacer las necesidades de su vida frugal y sus limitados deseos. Los libros, la oracion y algunas tareas literarias ocupaban sus ideas. Tal vez amaba en lo íntimo de su alma á una jóven de su familia, huérfana y pobre como él, que era generalmente la compañera de su hermana. Pero ese amor, si en efecto existía, no se revelaba más que por la constancia de un culto silen-

cioso. Confiaba muy poco en su fortuna para asociar á ella á una pobre muchacha. No faltaba á su corazón más que un amigo, y se ofreció desde entonces á serlo mío.

Había pensado en mí con frecuencia durante los últimos seis años, como en el único corazón á que hubiera deseado asociar el suyo; y no se había atrevido á escribirme, conociendo que su carácter, áspero en otro tiempo y un tanto salvaje, había dejado en sus camaradas cierto dejamiento de él. Sabía también que yo estaba entregado entonces con mis amigos y camaradas á todas las ligerezas de la vida del mundo, y lo deploraba por mí, porque yo no estaba formado de esa carne, de que el mundo hace su juguete y su ídolo. Tenía yo un alma que sobrenadaba en esa cloaca de serenidad y vicios, y esa alma debía aspirar á remontarse y no á descender. Mi madre era tan piadosa como la suya, y debía sufrir mucho con la atmósfera viciada en que yo vivía. De más edad que yo y muy experimentado en la desgracia, que cuenta por días los años, me ofrecía un cariño más santo y más verdadero que el de mis camaradas de disipación, uniéndose á mí con el afecto de un hermano.

XXVII.

Conocía la verdad y sobre todo el acento de sus palabras, y me sentía profundamente conmovido. Entramos hablando de esta suerte en la desierta casa de Charmettes, cuya puerta nos abrió una pobre-

mujer, como si los amos ausentes desde el día anterior hubiesen debido volver por la noche. La encantadora imagen de Mad. Warens y de Rousseau habitaban todavía, en nuestra imaginación, los tres cuartitos del piso bajo. Buscábamos los sitios donde se sentaban: recorrimos el pequeño jardín y nos sentamos al fin del paseo, bajo el bosquecillo de madre-selva y parra, donde tuvo lugar la primera declaración de un amor puro en su principio, y tan profanado despues. Vignet, aunque cristiano por voluntad, profesaba en su corazón el mismo entusiasmo que yo por J. J. Rousseau, el único escritor del siglo xviii, cuyo génio fué verdaderamente un alma. Pasamos parte del día en aquel jardín, bañado con el perfume de los aromas y los deliciosos rayos de sol, como si las plantas y los árboles se regocijasen en recibir á unos huéspedes dignos de amar á sus antiguos amos. No nos marchamos hasta despues de ponerse el sol, y salimos bajo aquellas impresiones.

Conocía entonces cuán superior era en realidad á los que yo llamaba amigos míos, aquel jóven nacido junto á la cuna de Rousseau, inspirado como él, pobre y desgraciado como él, pero más puro y religioso que él. Entonces debía á Charmettes algo más que el grato, aunque estéril recuerdo de un grande hombre: la amistad de un hombre de bien. Mi corazón no deseaba más sino admirar.

XXVIII.

Vignet me llevó á su casa de Servolex, y me presentó á su familia. Dos tíos de su madre vivían entónces en Chambéry ó en las cercanías de Servolex, y eran los hermanos del conde José y del conde Javier de Maistré, que residían en Rusia. Uno de ellos era coronel retirado y el otro canónigo, y poco despues obispo de Aosta, en Saboya. Aquellos dos hombres eran dignos del hermoso nombre que el encontrado genio y el diverso carácter de los dos hermanos dió despues á su casa. Ambos tenían además el genio de la bondad. Su conversacion brillaba con aquel resplandor de dulce alegría, cuya risa no cuesta nada á la benevolencia.

La naturaleza habia dado á aquella familia el don de la gracia, y en ella se veia la finura italiana bajo la franqueza del montañés de Saboya. Sus principios eran austeros, pero su indulgencia lo hacia todo disimulable. Maltratados largo tiempo por los azares de la revolucion, emigrados y arrojados de un lado á otro, eran como los enormes peñascos de sus montañas, que la caída de la nieve hace rodar hasta el fondo del torrente, y que la fuerza de las aguas va debastando y afinando por la superficie hasta dejarlas relucientes y suaves al tacto, pero que no por eso dejan de tener toda la dureza de la piedra bajo una superficie más ó ménos pulimentada.

XXIX.

Su frecuente trato con los hombres y su participacion en tan variados sucesos, les habian dado un perfecto conocimiento del siglo. Sus genios agudos y penetrantes veian siempre ante todo el lado ridiculo é irónico de las cosas. Sólo hablaban con variedad del honor y de Dios: todo lo demás pertenecia para ellos al dominio de la comedia humana. Burlábanse de la comedia, pero compadecian á los actores.

En particular el canónigo era el carácter más escéntrico y original que he conocido en mi vida. Por las mañanas escribia sermones, de los que nos leia algunos fragmentos por la noche, y formaba una coleccion de todas las anécdotas chistosas pero decorosas que habia podido recoger; una especie de diccionario de la alegría ó de enciclopedia de la risa, para el uso de su familia y de los vecinos. Pero aquella risa era la risa de un ángel y de un santo, risa que no debia costar rubor ni lágrimas á los que eran víctimas de ella. Aquello era considerar á la naturaleza por su parte chistosa, pero nunca por su parte mala. Tenia estrechas relaciones de amistad con Mad. de Stael, cuyos principios no le agradaban, y de cuyo entusiasmo se reía, pero cuya bondad adoraba siempre. Su correspondencia con aquella dama era tan continuada como curiosa: era la encantadora guerra del talento y del genio; la religion graciosa y tolerante que arrojaba un poco de polvo á las alas de la filosofia, sin intencion de man-

charlas; las chanzas corteses de la poesía y de la prosa que resaltaban y brillaban más con la lucha. Deliciosos fueron los días que pasé en la intimidad de aquella familia.

En época posterior conocí al conde José de Laistre, que era el hermano mayor, el Leví de aquella tribu. Oí de su boca la lectura de las noches de San Petersburgo, antes de que se publicase. Los amigos y los enemigos de su filosofía conocían poco al hombre aparte el de escritor.

El conde de Maistre era hombre de elevada estatura, de hermoso y varonil semblante, de frente espaciosa y despejada, en la que sólo quedaban, como los últimos restos de una corona, unos cuantos mechones de cabellos blancos. Su mirada era viva, ingenua y franca. Su boca tenía la expresión habitual de delicada ironía que caracterizaba á toda la familia, y en su apostura se dejaba ver la dignidad de su clase, de sus pensamientos y de su edad. Hubiera sido imposible verle sin detenerse, y sin sospechar que se pasaba por delante de alguna cosa grande.

Habiendo salido muy joven de sus montañas, había vivido primero en Turín, desde donde las convulsiones de la época le habían llevado á Cerdeña y después á Rusia, sin haber pasado por Francia, Inglaterra ni Alemania. Desde su juventud se hallaba moralmente desnaturalizado de su país, no sabía nada más que por los libros y había leído muy poco, y de ahí su maravillosa escentricidad de ideas y de estilo. Era un alma bruta, pero grande, una inteligencia poco pulimentada, pero vasta; un estilo rudo,

pero fuerte. Reconcentrado de aquella manera en sí mismo, toda su filosofía no era más que la teoría de sus instintos religiosos. Las pasiones sanas de su ánimo habían pasado en él al estado de fé, y sus mismas preocupaciones habían formado los dogmas de su doctrina. Esa es toda su filosofía. El escritor escedía en él al pensador; pero el hombre escedía aún mucho más al pensador y al escritor. Su fé, á la cual daba con mucha frecuencia la capa del sofisma y la actitud de la paradoja que desafía á la razón, era sincera, sublime y fecunda. Era una virtud antigua, ó más bien una virtud ruda y de grandes rasgos, formada por los modelos del Antiguo Testamento, tal como el Moisés de Miguel Ángel, cuyas formas llevan todavía las señales del cincel que las ha tallado, y en las que bajo el hombre se conoce todavía la roca. Así es que aquel génio, aunque desbaratado, era de grandes y magníficas proporciones. Por eso es popular Mr. de Maistre. Si hubiese sido más armonioso y perfecto, agradaría menos á la multitud, que nunca mira de cerca. Mr. de Maistre fué un Bossuet salvaje.



LIBRO DUODÉCIMO.

I.

Esta sociedad me fué útil; sacó mi inteligencia de esa filosofía de cuerpo de guardia y de esa literatura afeminada que se respiraba entónces en Francia, y me puso á la vista los hombres de la naturaleza en lugar de las copias medio borradas, que componian entónces el mundo pensador de Paris. Me hallé transplantado á un mundo original, escéntrico, nuevo, cuyo tipo habia desconocido hasta entónces. Aquello no era sólo la sociedad del génio en un valle de la Saboya; eran tambien la sociedad de la juventud, de la gracia y de la belleza; porque alrededor de aquellos troncos seculares de la familia de Maistre y de Vignet, habia vástagos llenos de sávia, génios de grande esperanza, almas aún en flor. Yo era recibido como un hijo ó un hermano por todos los miembros de aquella admirable y encantadora familia.

El tiempo y la muerte, la diversidad de patrias, de opiniones y filosofías, nos han separado despues; pero, aunque viviera un siglo, jamás olvidaria aquellos dias, algunos rivales de las conversaciones de Bocaccio en el campo durante la peste de Florencia, que pasamos por espacio de un verano entero en la casa de Bissy, en la del coronel de Maistre, ó en el castillejo de Savolex con mi amigo Luis Vignet.

Nuestro salon estaba siempre en campo raso. Tan pronto era un bosque de tiernos pinos que se divisa sobre los últimos grupos verdes del monte de Chat, desde donde se domina el valle verdaderamente arcádico de Chambéry, con su lago á la izquierda, como una hermosa calle de Ojaranzos situada á través de un terreno cubierto de hojas y sembrado de frondosas parras entrelazadas con los nogales. El Sol bañaba en silencio el trozo de azulado cielo que se estiende desde el monte de Chat hasta las primeras cordilleras de los Alpes de Nivory. La sombra se estrechaba ó se ensanchaba al pié de los árboles. El conde de Maistre, cabeza de Platon galo, dibujaba en actitud distraida algunas figuras sobre la arena, con la punta de su baston, cogido en el Cáucaso. Referia sus largos destierros y su varia fortuna á sus hermanos, que le escuchaban atentos y respetuosos. La mayor de sus hijas pensativa, silenciosa y recogida, ejecutaba en el piano, colocado no léjos de allí, algunos aires melancólicos de Sicilia, y las ventanas dejaban llegar hasta nosotros las notas interrumpidas por el viento. El canónigo Maistre, de fisonomía socrática aunque dulce y santificada por el génio cris-

tiano, leia su breviario en una calle de árboles apartada del jardin. De cuando en cuando nos dirigia involuntariamente una mirada de distraccion y de disgusto dejándonos conocer que deseaba terminar el salmo para venir á tomar parte en nuestras conversaciones.

II.

La hija menor del conde de Maistre, que tenia entonces diez y siete ó diez y ocho años, llevaba impresos en su frente, en sus ojos y en sus labios los destellos luminosos del genio de su padre. Era una hija del Sinal, llena de resplandores sagrados, inspirada por las doctrinas teocráticas de la familia. Copiaba los escritos de su padre, y se dice que ella misma escribía algunos trozos que ocultaba de nuestras reuniones por la modestia propia de su carácter. Era una Corina cristiana separada por algunas leguas de distancia de las orillas de otro lago que aquel en cuyas cercanías moraba la Corina filosófica y revolucionaria del Copett.

Nunca he leído nada de esta jóven; pero su elocuencia era varonil, nerviosa y acentuada como su voz. La inspiracion religiosa ó política que involuntariamente se apoderaba de ella, la elevaba algunos momentos sobre el banco de césped en que estaba sentada á nuestro lado: sus piés parecían no tocar á la tierra, como los de los fantasmas ó sibilas que salen del suelo encantado. En aquellos instantes salian de sus labios páginas enteras de palabras, que

arrebatada el viento y que hubieran sido dignas de los primeros pensadores y escritores del siglo. Palidecíamos entónces al escucharla, así como despues el nombre de su padre ha dejado impresa en ella su brillante memoria. Una fortuna inesperada ha venido á buscarla en su modesta oscuridad. No sé lo que habrá hecho de su génio, arma muy poderosa para un hombre, pero insoportable para una mujer. Creo que le habrá cambiado en virtudes, como ha trocado sus riquezas en beneficios.

III.

Luis de Vignet, su hermana, que era tan espiritual como él, y yo con ellos, admirábamos en silencio aquellas erupciones de gracia, de fuego y de creencia que brotaban sus labios. La teocracia predicaba bajo un cielo tan puro, por una boca tan hermosa y por una jóven que parecía descendiente de algun profeta, tenía en aquel tiempo un gran encanto para mi imaginacion. ¡La teocracia sería tan hermosa si el reino de Dios no tuviera por ministros á los hombres! Más tarde me fué preciso reconocer que el reino de Dios no podia ser más que una revelacion eterna, cuyo código es el verbo, y cuyos ministros son los siglos. Así es que volví bien pronto á abrazar las ideas de esa libertad que deja pensar y hablar todos los verbos en todos los hombres.

IV.

Mi amigo nos recitaba de cuando en cuando algunos versos tiernos y melancólicos, que recogia, por decirlo así, uno á uno en los arbustos de las montañas, y que jamás publicó, temiendo que el aire libre agostase la flor de su alma como agosta la de los frutos de sus huertos. Yo principiaba entónces á tartamudear algunos que recitaba tímido y avergonzado al conde de Maistre y á sus hijas. «Este jóven francés, decía Mr. de Maistre, á su sobrino, tiene una hermosa lengua para instrumento de sus ideas. Veremos lo que hace cuando llegue á la edad del juicio y de las ideas. ¡Qué dichosos son estos franceses! añadía con impaciencia. ¡Qué no hubiese yo nacido en París! ¡Pero yo ni aún he visto á París! Ni tengo más idiomas que la gerigonza que hablamos en Saboya.

El no conocia aun que el verdadero idioma está en el hombre, y que esa misma gerigonza podia ser instrumento de una grande elocuencia: que cuanto más manoseados están los idiomas, más pierden de su primitivo brillo; y que el francés se renovaría en Servolex bajo las inspiraciones de su génio, como se habia renovado en las Charmette en la ignorancia de J. J. Rousseau.

Algun tiempo despues el sobrino del conde de Maistre se casó con una de mis más lindas hermanas. Pasó sus breves dias de maternidad en aquel mismo Servolex, donde entónces conversábamos juntos, y que muy pronto la sirvió de tumba.

V.

Aquí faltan las notas de cerca (de dos años, durante los cuales no escribí. Había acudido al seno de mi familia, á la vez de mi madre, y hallé la casa paterna casi arruinada por algunos reveses de fortuna inesperados.

VI.

Yo vivía entonces (si esto puede llamarse vida) en una especie de limbo medio sepultado en las tinieblas, que no daba á mi alma, á mis sentimientos y á mis ideas sino una débil y triste claridad, semejante á un crepúsculo de invierno. Antes de haber vivido estaba ya cansado de vivir. Me retiraba de la vida, por decirlo así, y me entregaba á ese recogimiento voluntario, á esa soledad del corazón á que se consagra el hombre muchas veces, cortando todas sus relaciones con el mundo y separándose de toda participacion en el movimiento que lo agita. Especie de vejez anticipada, en la que se refugia el hombre ántes que le obliguen los años; pero vejez falsa y fingida que cobija bajo su aparente frialdad una juventud más ardiente y más tormentosa que la que le ha precedido.

Toda mi familia estaba á la sazón ausente. Mi pa-

dre en la casa de uno de mis tíos, cazando en los bosques de Borgoña. Mi madre viajando. Mis hermanas diseminadas en varios puntos ó encerradas en el convento. Así pasé un año entero, absolutamente solo, con una criada anciana, mi caballo y mi perro, en la casa de mi padre en Milly. Aquella miserable y reducida aldea, fabricada toda de piedra gris, al pié de una montaña tapizada con el ramaje del boj, con su campanario en forma de pirámide, cuyos cimientos parecen calcinados por el sol, con sus torcidos y pedregosos senderos, á cuyas orillas no se ven más que paredes arruinadas y montones de basura, con sus casas cubiertas de lava ennegrecida por los aguaceros, en las cuales vejeta un musgo negro como el hollín, trae involuntariamente á la memoria las aldeas de Calabria.

Esta avidéz, esta torpeza, esta calcinacion, esta privacion de aguas, de sombra y de vida vegetal, me agradaban. Así me parecia que la naturaleza estaba en más estrechas relaciones con mi alma. Yo mismo venia á ser entonces una cepa de aquella colina, un cabritillo de aquellas rocas y un arbusto sin flor de aquellos bosques. Aquel silencio inusitado de la casa paterna, aquella soledad del jardín, aquellas habitaciones vacías, me representaban la idea de un sepulcro. Esta idea del sepulcro se acomodaba perfectamente al estado de mi imaginacion. Yo me sentia, ó al menos queria sentirme muerto, y amaba aquel sudario de piedra en que me habia envuelto voluntariamente. El ruido de la vida que penetraba en mi casa era lejano y monótono, como lo es siempre el

ruido de los campos. Desde entónces me parece que resuena constantemente en mis oídos.

Todavía me parece que escucho los golpes cadenciosos con que apaleaban las mieses al sol sobre la dura superficie de gréda que cubria el suelo del corral: el balido de las cabras en la montaña: los gritos de los muchachos que jugaban al medio día en el camino: los ruidosos zapatos de los viñadores que volvian por la noche del trabajo: los tornos de las pobres hilanderas, que se sentaban por la tarde en el dintel de sus puertas, ó la nota aguda y estridente de la cigorra, que se parecía al rechinamiento producido por el ardor de los rayos del medio día en el vapor abrasado que exhalaban los cuadros del jardín.

Pasaba los meses leyendo, meditando y vagando todo el día desde mi habitación alta hasta el desierto salón; del salón al establo, donde me acostaba con el perro sobre la fresca cama de heno que formaba yo mismo para mi caballo ocioso y descansado; desde el establo al jardín, donde regaba los plantales de techugas y guisantes; desde el jardín á la escuela montaña, donde me ocultaba entre las ramas del boj, únicas que por su amargura se resisten á los dientes de las cabras. Desde allí miraba á lo léjos las puntagudas cimas de los Alpes, cubiertas de nieve, que parecian el telon detrás del cual se ocultaba una tierra demasiado espléndida para los hombres. Escuchaba con delicioso arrobamiento y con una dulce tristeza el tañido melancólico de las campanillas de los ganados, que no piden por toda felicidad á la tierra sino la escasa yerba que rumian.

Hubiera escrito volúmenes enteros si hubiese ido anotando las inagotables impresiones, los estremecimientos de mi corazón, los pensamientos, las alegrías interiores, ó las dulces melancolias que sucesivamente se apoderaron de mí durante el largo estío que pasé en el desierto. Pero nada escribía: dejaba pasar todas estas sensaciones y estas modulaciones de mi sér como pasa la brisa sobre la yerba de la montaña, que no siente ni los vagos suspiros que le arrancan á cada instante, ni los perfumes evaporados que se llevan los vientos al pasar.

No creía yo que los suspiros y los perfumes de mi corazón valian la pena de ser recogidos. Por otra parte, habia llegado á tal extremo de abatimiento y de sequedad, que gozaba con una especie de amargura de la sensación de la vida, del pensamiento y de ese sentimiento que se manifestaba en mí sin resultado alguno. A la manera de esas flores que crecen en las inaccesibles cúspides de los Alpes, que vejetan sin que ninguna mirada las vea florecer, y que parecen acusar á la naturaleza de no haber habido plan ni piedad en aquella creacion.

VII.

Una circunstancia venia á aumentar todavía el desaliento de mi corazón y mi desprecio hácia el mundo. La sociedad de otro solitario tan sensible como yo, aunque de más edad y más desgraciado. Su trato era la única distracción que tenia en medio de mi aislamiento. Habia comenzado por un encuen-

tro, y pasando despues á una costumbre de vernos, aquella frecuente comunicacion se habia cambiado en amistad. La casualidad parecia haber reunido á dos hombres de edades y condiciones tan diferentes, y al mismo tiempo tan análogas por la sensibilidad, por el carácter, por la conformidad de tristeza, de soledad de alma y de desconfianza en las felicidades del mundo. Mi solitario amigo era el pobre cura de la aldea de Bussiere, á cuya parroquia pertenecia la aldea de Milly.

En la relacion de las primeras impresiones de mi infancia he hablado ya de un vicario jóven que enseñaba el catecismo en latin á los muchachos de la aldea, en la casa del anciano cura de Bussiere; y que poco afecto por su edad y por su carácter á este magisterio pueril á que estaba condenado, dejaba con disgusto los libros y la férula, y tomando su escopeta y sus perros se escapaba del presbiterio ántes que la aguja del reloj señalase el término de la hora de estudio, yendo á concluir el día en los campos y en los bosques de nuestras montañas. He dicho ya que se llamaba el abate Dumont; que el presbiterio parecia ser para él, más bien la casa paterna, que un vicariato de aldea; que su madre, de edad un tanto avanzada, pero todavia bella y graciosa, dirigia la casa de tiempo inmemorial; que habia cierto parentesco mal definido entre el anciano cura y el jóven vicario; y que este parentesco lejano daba á este último el carácter de hijo, más bien que el de un comensal de aquella casa.

Por fin, tambien he referido cómo el obispo de

Macon, de costumbres libres y refinadas tanto como hombre de letras y de estudio, se habia llevado aquel jóven á su casa y lo habia educado en todos los hábitos, en todas las libertades y en todas las elegancias de la sociedad mundana que se reunia en su palacio episcopal ántes de la revolucion. La revolucion habia dispersado aquella sociedad, confiscado el palacio, puesto en prision al obispo y enviado á su jóven secretario desde aquella atmósfera de lujo y de delicias al miserable presbiterio de Bussiere. El jóven se habia hecho sacerdote, y el curato habia pasado como una herencia al jóven eclesiástico.

El abate Dumont tenia entónces treinta y ocho años. Su estatura era elevada, sus miembros ágiles y flexibles, su actitud marcial, su traje seglar bien puesto y concluido, indicando bien á las claras el cuidado que ponía en acercarse todo lo posible al traje de hombre de mundo, y en hacer olvidar á los demás y á sí propio aquel estado que se le habia impuesto tarde.

Habia en su semblante una espresion de energia, de orgullo y de virilidad que amortiguaba algun tanto una tinta de dulce tristeza marcada en toda su fisonomia. Aperciase en él una naturaleza fuerte, encadenada bajo un hábito de humildad y de temor secreto, que le impedian moverse y desarrollarse. El pálido contorno de sus megillas parecia indicar sus pasiones reprimidas; la boca era fina y delicada; la nariz recta, modelada con singular pureza en los perfiles, un tanto abultada y palpitante hácia la parte inferior, firme, estrecha y de marcada musculatura

en su parte superior, que rectamente unía á la frente y dividía los ojos. Eran éstos de un color azul de mar, sobre el cual una ligera tinta gris derramaba como una vaga sombra; su mirada era profunda y un poco enigmática, como la espresion de una confianza que no acaba de hacerse; y estaban alguntanto hundidos bajo el arco prominente de su frente recta, despejada y pulimentada por el pensamiento. Sus cabellos negros y algo aclarados ya con la proximidad del término de su juventud, se reunían sobre sus sienes en mechones lisos, brillantes y pegados á la piel, cuya blancura hacían resaltar más todavía. En ellos no se dejaba ver ninguna señal de tonsura. Su estremada finura y la humedad habitual de la piel les daban hácia lo alto de la frente y en las sienes algunas inflexiones apenas perceptibles, como las que forma el canto alrededor de un capitel de mármol.

Tal era el exterior del hombre con quien, á pesar de la distancia de los años, iban á enlazarme en una estrecha y verdadera amistad la circunstancia de habernos reunido en aquel destierro, la vecindad, la conformidad de ideas, el atractivo recíproco, y en fin, la simpática tristeza de nuestros corazones.

Esta amistad se ha cimentado despues con los años; ha durado hasta el instante de su muerte: y en la actualidad, cuando paso de tiempo en tiempo por la aldea de Bussiere, mi caballo, acostumbrado á aquel rodeo, deja el camino real al llegar á una pequeña cruz, sube por un sendero pedregoso que pasa por detrás de la iglesia, debajo de las ventanas

del antiguo presbiterio, y se detiene un instante cerca de la pared que sirve de apoyo al cementerio. Por encima del muro se vé la lápida funeral que yo hice poner sobre el cuerpo de mi amigo. Por todo epitafio hice escribir en letras de bajo relieve su nombre al lado del mio. ¡ Allí le consagro un instante en medio del silencio todo lo que los vivos pueden consagrar á los muertos; un recuerdo... una oracion... una esperanza de volverlo á ver en otra parte!...

VIII.

Nuestras relaciones se estrecharon naturalmente y sin que le hubiéramos previsto. Él no podía conversar con nadie más que conmigo en aquel desierto de hombres, de ideas y de libros, acerca de las cosas del alma que habia cultivado con decidida aficion en el palacio del obispo de Macon, y que cultivaba todavía en aquel aislamiento donde se veía confinado. Yo no tenia otra persona más que él con quien desahogar mi alma de impresiones y de melancolía.

Nuestras entrevistas eran frecuentes: los domingos en la iglesia; los demás dias en los senderos de la aldea ó entre las retamas del monte. Desde mi ventana oíale yo llamar á sus galgos.

A fuerza de encontrarnos así en todas partes, acabamos por necesitar uno de otro. Él comprendió, sin duda, que habia en mi alma algunos gérmenes fecundos que podían desarrollarse con el tiempo. Yo comprendí que aquel hombre maduro y cansado de vivir habia sido arrastrado por una suerte fatal y en-

gañosa, como era la mía en aquellos instantes: que había en él un alma enferma, pero fuerte, junto á la cual se vengaría la mía de sus propias desgracias, aunque no fuese más que por participar de la compañía de otro desgraciado.

Yo le prestaba libros que tomaba todas las semanas en un gabinete de lectura de Macon y traía á Milly en la maleta de mi caballo. Él me prestaba las antiguas obras de historia de la iglesia y de la literatura sagrada, que había hallado en la biblioteca del obispo de Macon, de quien había obtenido este legado por su testamento. En estas lecturas nos entreteníamos, conociendo al mismo tiempo la habitual conformidad de nuestras impresiones sobre las mismas obras y la consonancia perfecta de nuestros espíritus y de nuestros corazones. Cada día, cada libro, cada conversacion nos hacian descubrir una nueva intimidad de nuestras almas, que desconocíamos hasta entónces; porque la fuerza del afecto consiste principalmente en los puntos de contacto que se encuentran entre dos almas que se estrechan. El amor y la amistad no son en último resultado sino la imagen de un sér que se vé reproducido y duplicado en el corazón del otro. Cuando estas imágenes se confunden hasta el punto de no producir más que una, la amistad ó el amor son completos. Nuestra amistad se completaba más cada día.

IX.

Bien pronto no nos contentamos con aquellos encuentros casuales en los caminos de las casas. Él venia á la mía y yo iba á la suya, separadas por una colina de fácil subida y descenso. Al pié de esta colina, poblada de viñedos, brotaba una fuente bajo los sauces, y un sendero practicado entre dos valles que atravesaba algunos prados.

Al final de estos prados, una pequeña puerta cerrada con un cerrojo daba acceso á una huerta cuyos muros estaban tapizados de frondosas espalderas. Al extremo de la huerta había una casa baja y estensa, con una galería exterior, cuyo techo descansaba sobre postes de madera, y delante de ella un patio de entrada donde se veía un cobertizo, un horno y una leñera. Recostados sobre la pared en que descansaba la galería, dos hermosos perros que ladraban siempre que se abría la puerta; algunos tiestos de reseda y de flores raras en las mesetas de la escalera; en el patio había algunas gallinas, y unos cuantos pichones en el tejado del presbiterio.

Por la parte opuesta al jardín la casa daba vista al cementerio, verde y florido como un prado mal nivelado alrededor de la iglesia. Por encima del cementerio se divisaban en perspectiva los costados de aquellos montes incultos, sombreados por altos y corpulentos castaños. La vista se estendía despues oblicuamente sobre un oscuro valle que se veía envuelto, durante el estio, en los ardientes vapores del

sol, y en el invierno cubierto por la neblina ó por el vapor que exhalaban las aguas. El tañido de la campana que se dejaba oír en tres períodos del día, y en los bautismos ó entierros; los pasos de los campesinos que volvían del trabajo; los gemidos de los niños que lloraban al medio día y á la noche, llamando á sus madres que tardaban en volver, desde la puerta de las cabañas, eran los únicos ruidos exteriores que penetraban en aquella casa. Por dentro sólo se oía el escaso ruido que hacían la madre del cura y su joven sobrina al mondar las verduras para preparar la comida ó tender la ropa en la galería.

X.

Pronto fui un huésped más de aquella humilde casa, un convidado más á aquella pobre mesa. Bajaba allí casi todas las tardes al caer el sol, despues de haber abandonado la sombra de los dos ó tres planteles del jardín de Milly, á cuyo abrigo había pasado el calor de los días de Agosto; de haber cerrado mis libros y acariciado y cuidado á mi caballo: subía á pasos lentos la colina y me deslizaba como un fantasma de la noche por entre las últimas sombras que los sauces dibujaban sobre los prados. Abría la pequeña puerta del jardín del cura de Bussiere. Los perros, que me conocían, no ladraban ya, y parecían esperarme á aquella puerta á una hora fija. Me acariciaban y lamían moviendo la cola, dando saltos de alegría y corriendo delante de mí como para advertir á la familia que llegaba su ami-

go. La sonrisa indulgente de la anciana madre del cura y el rubor de su sobrina, me dejaban entrever en sus buenos semblantes ese cariñoso afecto, que forma los mejores saludos y los más afectuosos cumplidos de la hospitalidad.

XI.

Generalmente encontraba al abate Dumont ocupado en podar sus parras, en mondar sus lechugas, en limpiar sus árboles. Tomaba la regadera de mano de su madre, ayudaba á la sobrina á tirar de la larga sogá del pozo, y trabajábamos los cuatro en el jardín mientras quedaba un destello de luz en el cielo. Entónces nos volviamos al cuarto del cura. Las paredes estaban desnudas y blanqueadas, viéndose sólo de trecho en trecho los claros que había fijado en ella para colgar sus escopetas, sus cuchillos de monte, sus bolsas de pólvora ó perdigones, y algunas estampas en marcos de pino, representando el cautiverio de Luis XVI y de su familia en el Temple. Porque el abate Dumont, como ya lo he dicho, por una contradicción muy frecuente en los hombres de aquella época, era un realista demócrata, y contrarrevolucionario por sentimiento, aunque detestaba el antiguo régimen y participaba de todas las doctrinas y de todas las aspiraciones de la revolución.

No se veía sobre las paredes ni sobre la chimenea atributo alguno de su ministerio: ni breviario, ni crucifijo, ni imágenes de santos ó de santas, ni ornamentos sagrados. Relegaba todo esto á la sacristía

y al cuidado de su campanero. No quería que los objetos sagrados y propios para el culto de la iglesia, le acompañasen á su casa y le recordasen su esclavitud y sus votos. Nada podía revelar que era un cura del pueblo, sino una pequeña mesa coja, escondida en un rincón del cuarto, sobre la cual se veía el registro de los nacidos y de los muertos, y algunos cartuchos de dulces atados con cintas azules ó de color de rosa, que se dan en los matrimonios ó en los bautismos al ministro de estas santas ceremonias.

Al comenzar la noche encendía una vela de sebo ó un cabo de cera amarilla desechada ya de los candeleros del altar. Y trascurridos algunos momentos de lectura ó de conversacion, la sobrina ponía el mantel sobre aquella mesa, despues de quitar el tintero, los libros y los papeles, y en ella se servía la cena.

Componíase ésta por lo comun de pan moreno, mezclado con centeno y salvado: algunos huevos de las gallinas del corral, fritos en la sarten y sazonados con un poco de vinagre; ensaladas de lechugas ó escarolas del huerto; setas cogidas despues del rocío al pié de las vides, y cocidas á fuego lento; calabacines rellenos cocidos al horno el dia en que se cocía el pan; y de vez en cuando aquellas gallinas secas, viejas y amarillas que las pobres mujeres de la montaña traían de regalo á los curas en los dias de misas de paridas, en memoria de las palomas que las mujeres de Judea llevaban al templo en ocasiones análogas; por último, en ciertos dias algunas

liebres ó perdices, producto de las cacerias de la montaña. Muy rara vez se servían otros platos. La pobreza de la casa no permitía á la madre ir á comprar al mercado. Aquella frugal comida se sazonaba con un poco de vino tinto ó blanco del país. Los viñadores lo daban al sacristan, que iba á pedirlo de lagar en lagar en la época de las vendimias. La comida terminaba por algunas moras de zarzas y algun queso de leche de cabra, blanco, fresco, salpicado de sal, que causa mucha sed y que hace muy apetitoso el vino á los sóbrios campesinos de nuestros valles.

Aunque el abate Dumont no era gastrónomo, no se desdenaba, ayudar en esto á su madre y enseñar á su sobrina, de ir algunas veces por sí mismo á cuidar el pan en el horno, el asado en el asador, los huevos ó las patatas en el rescoldo; y á sazonar con sus manos los sencillos manjares que comiamos juntos, chanceándose despues por largo rato sobre la habilidad de nuestro gran cocinero. Así fué como aprendí á condimentar con mis propias manos esos alimentos cotidianos de los pobres campesinos, y á hallar cierto placer y cierta dignidad humilde en esos trabajos domésticos que dispensan al hombre de la servidumbre de sus necesidades, y que lo acostumbran á temer, ménos la inteligencia ó los reveses de la fortuna.

Después de la comida nos quedábamos en conversación, unas veces recostados sobre la mesa, otras á la claridad de la luna en la galería, discurriendo sobre los temas que naturalmente se presentan á la imaginación, como azares inevitables, en la conversación de dos solitarios, á quienes no ocupan más negocios que sus ideas, el destino del hombre sobre la tierra, la vanidad de sus ambiciones, la injusticia de la suerte para con el talento y la virtud, la movilidad é incertidumbre de las opiniones humanas, las religiones, las filosofías, las literaturas de las diferentes edades y de los diferentes pueblos, la preferencia que debe concederse á tal hombre grande sobre tal otro, la superioridad de tal orador ó de tal escritor sobre los demás oradores y escritores, la grandeza del entendimiento humano en ciertos hombres, su pequenez en otros; y después de todo esto la lectura de algunos trozos de tal ó cual escritor para justificar nuestros juicios ó motivar nuestras preferencias; fragmentos de Platon, de Cicéron, de Séneca, de Fenelon, de Bossuet, de Voltaire, de Rousseau; libros que arrojábamos uno tras otro sobre la mesa, que abríamos, cerrábamos, volvíamos á abrir, confrontábamos, discutíamos, admirábamos ó rechazábamos. Como la baraja de ese gran juego del alma que traba el genio del hombre con el enigma de la naturaleza, desde el principio hasta la consumación de los siglos.

Con estos libros alternaban algunas veces los hermosos versos de los poetas antiguos recitados por mí en su propia lengua, bajo aquel mismo techo donde habia aprendido las primeras palabras de griego y de latin; pero los versos ocupaban escaso lugar en aquellas citas y en aquellas conversaciones. El abate Dumont, como otros muchos hombres de talento superior que he conocido y he amado durante mi vida, no era afecto á la poesia. De la palabra escrita solo apreciaba el sentido, y muy poco la música. No estaba dotado de esa especie de materialismo intelectual que asocia en el poeta la sensuación armoniosa con la idea ó el sentimiento, y que les presta un doble atractivo por las gratas sensaciones que produce á la vez en el entendimiento y en el oido.

Creia, y lo mismo he creido yo después, que habia cierta puerilidad humillante para la razon en esa cadencia estudiada de la rima, en esa consonancia mecánica del verso, que solo se dirige al oido del hombre, y que asocia un deleite puramente sensual á la grandeza moral de una idea ó á la energia viril de un sentimiento. Los versos le parecian la lengua de la infancia de los pueblos; la prosa el idioma de su madurez. Ahora creo que el abate Dumont pensaba con acierto. La poesia no consiste en la vana sonoridad de los versos, sino en la idea, en el sentimiento y en la imagen; en esa *trinidad* de la palabra que la trasforma en *verbo* humano. Los versifi-

cadores dirán que blasfemo; los verdaderos poetas conocerán que tengo razón. Poner la palabra en música no es perfeccionarla; es materializarla. La frase sencilla, natural y fuerte para espresar una idea ó un sentimiento puro sin pensar en el sonido ni en la forma material de la palabra, es el estilo, la expresión, el verbo. Lo demás es un deleite de niño. *Nugae canores*. Si dudais de esto, asociad en el pensamiento á Platon y á Rossini, formando de los dos un sólo hombre. ¿Qué habreis hecho? Engrandecer sin duda á Rossini, pero disminuir y rebajar á Platon.

XIV.

Yo no atacaba ni aprobaba entonces esa repugnancia instintiva de ciertos hombres pensadores á las seducciones sonoras del pensamiento versificado. Me gustaban los versos, sin haber formado una teoría sobre este punto; me gustaban como gusta un color, un sonido, un perfume en la naturaleza; leía muchos, pero no los escribía.

Desde aquellos temas literarios íbamos siempre á parar, por una transición natural, á las altas cuestiones de la política, de la filosofía ó de la religión. Alimentados uno y otro con los estudios y doctrinas de la antigüedad griega y romana, adorábamos la libertad como una palabra sonora, antes de adorarla como una cosa santa y como la propiedad moral del hombre libre.

Detestábamos el imperio y aquel régimen plagia-

rio de la monarquía; deplorábamos que un héroe como Bonaparte no fuese al mismo tiempo un hombre grande, y no se sirviese de las fuerzas materiales de la revolución, que el cansancio había hecho caer en sus manos, sino para volver á forjar las antiguas cadenas del despotismo, de la falsa aristocracia y de las preocupaciones que la revolución había ya roto. El abate Dumont, aunque era opuesto al jacobinismo, conservaba todavía de la república cierto verdor áspero, pero sabroso, en los labios y en el corazón, que me comunicaba sin yo advertirlo. Mi alma jóven, exenta de viles ambiciones, independiente como la soledad, agriada por la comprensión de la suerte que parecía obstinarse en cerrarme las puertas de la sociedad, se hallaba dispuesta á esa austeridad de opinión, que á la vez que nos consuela de los desastres de la fortuna, haciéndole despreciar en aquellos á quienes favorece, aspira sólo al gobierno de la virtud. La restauración, que á uno y otro nos había llenado de esperanzas comenzaba ya á desvanecérselas. Nos dejaba menos libertad para pensar, leer y escribir y discutir. Llevaba consigo el ruido instintivo de los gobiernos libres y las tempestades de la opinión; pero la adoración supersticiosa de lo pasado, las pretensiones de la nobleza á su vuelta de la emigración, la dominación inquieta del clero, la incapacidad insolente de la corte, inspirada por partidarios incrédulos á un pueblo que había envejecido dos siglos en veinte y cinco años, nos desilusionaban completamente. No murmurábamos por temor de confundirnos con

los partidarios del imperio; pero gemiamos silenciosamente y subiamos ó bajábamos á través de los siglos, para hallar en ellos unos gobiernos dignos de la humanidad. ¡Ay! ¿dónde estan ellos?

En cuanto á la religion, el fanatismo que entonces se trataba de resucitar bajo aquel nombre, por medio de ceremonias piadosas, de procesiones, predicaciones y congregaciones ménos religiosas que dinásticas, nos parecia farsa miserable de un partido político que se empeñaba en santificarse á los ojos del pueblo, revistiéndose con el manto de una fé de que sólo tenían las apariencias. Ya se deja ver que el abate Dumont era filósofo, como el siglo en que habia nacido. Su verdadero evangelio era la profesion de la fé del vicario saboyano. Los misterios del cristianismo que celebraba por honor y por conformarse con su estado, sólo le parecian un ritual sin consecuencias, un código de moral ilustrado por los dogmas simbólicos y por las prácticas tradicionales, que nada quitaban á la independencia de su razon. Aquel era el idioma del santuario, en el cual, decia, hablaba de Dios á un pueblo todavia niño; pero de vuelta á su casa, hablaba en la lengua de Platon, de Ciceron y de Rousseau.

XV.

Aunque el espíritu del abate Dumont fuese incrédulo, su alma, debilitada por el infortunio, era piadosa. La felicidad suprema hubiera consistido para él en poder dar aquella piedad vaga la forma y

realidad de la fé. Esforzábese en doblar su inteligencia bajo el yugo del catolicismo y bajo los dogmas de su estado; leía con obstinacion *El Génio del Cristianismo* de Chateaubriand, los escritos de monsieur de Bonald, los de Lamennais, de Frayssinous, de Causset, todos esos oráculos más ó ménos elocuentes que se alzaron de repente sobre las ruinas del cristianismo, como para protestar desde el fondo del sepulcro contra su muerte. Pero su espíritu, rebelde á la lógica de aquellos escritores, admiraba su génio, más que adoptaba sus dogmas. Se enternecia, se exaltaba, oraba con su estilo, pero no creia con su fé.

En cuanto á mí, más jóven, más sensible y más tierno que él, me amoldaba mejor á aquellas seducciones de la religion de mi infancia y de mi madre. La piedad volvia á renacer en mí con la soledad: siempre me ha mejorado la soledad, como si el pensamiento del hombre separado del mundo fuese su mejor y más prudente consejero. No creia con el entendimiento, pero creia con el corazon. El vacío que habia abierto en mi alma mi fé de niño, al evaporarse en las disipaciones de aquellos años de arrepentimiento y de tristeza, me parecia deliciosamente calmado por aquel sentimiento de amor divino que renacia de entre las cenizas de mis primeros desórdenes, y que al calentarme me purificaba con sus deliciosos consuelos. La poesia y la ternura de la religion eran para mí como aquellas dos santas mujeres sentadas sobre el sepulcro del Salvador de los hombres, y á quienes los ángeles decian en vano: «Ya no está ahí.»

XVI.

Me obstinaba en buscar las creencias de mi juventud donde había adquirido las de mi infancia. Me agradaba el recogimiento y la oscuridad de aquellas pequeñas iglesias del campo, donde el pueblo se reúne y se arrodilla para consolarse á los piés de un Dios de carne y de sangre como él. El inconmesurable espacio que media entre el hombre y el Dios sin forma humana y sin nombre, me parecía lleno por aquel misterio de la Encarnacion. Si entonces no lo admitía del todo como verdad, lo adoraba como un maravilloso poema del alma, embelleciéndolo con todo el prestigio de mi imaginacion, embalsamándolo con todos mis deseos. Prestábale colores con todas las tintas de mi pensamiento y de mi entusiasmo. Subordinaba mi razon rebelde al deseo ardiente de creer, á fin de poder amar y de poder orar. Apartaba violentamente las sombras, las dudas, las repugnancias del espíritu; y así conseguia crearme las ilusiones de que estaba cierto: para pintaros bien el estado de mi alma en aquella época, puedo decir que si no adoraba aún al Dios de mi madre como á mi Dios, lo llevaba al ménos sobre mi corazon como mi idolo.

XVII.

Cuando las palabras comenzaban á escasear en nuestros labios y el sueño se apoderaba ya de nos-

otros, cogia mi fusil y llamaba á mi perro; el cura Dumont me acompañaba hasta el fin de los prados, y en el cercado de Bussieres nos estrechábamos la mano. Subia silenciosamente la pedregosa colina, unas veces á la luz de la hermosa luna del verano, otras á través de las húmedas sombras de la noche, que condensaban aun más las primeras nieblas del otoño. Encontraba á la pobre anciana, que me esperaba hilando á la claridad del candil colgado á un clavo de la cocina. Me acostaba, me dormía, y despertaba al siguiente dia al ruido del vuelo de las golondrinas que entraban libremente en mi cuarto á través de los cristales rotos, para volver á comenzar las mismas ocupaciones del dia anterior.

Lo que más me ligaba al pobre cura de Bussieres era la nube de melancolía mal resignada que entristecía su semblante. Aquella sombra amortiguaba ya en sus ojos los últimos fuegos de la juventud: daba á sus palabras y á su voz cierta languidez desanimada que estaba de acuerdo con mi languidez de espíritu. Allí se adivinaba un misterio doloroso que no se descubria jamás en las pasiones de su ánimo. Se conocia que no lo decía todo, y que sus labios guardaban todavía un postrer secreto.

Yo no pretendí jamás arrancarle aquel secreto, ni él me lo hubiera confiado nunca. Entre una confesion de semejante naturaleza y la amistad más íntima con un jóven de mi edad, mediaban las consideraciones sagradas de su carácter sacerdotal. Pero los euflicheos de las mujeres de la aldea empezaron á revelarme confusamente algunos rumores, y más

XVI.

Me obstinaba en buscar las creencias de mi juventud donde había adquirido las de mi infancia. Me agradaba el recogimiento y la oscuridad de aquellas pequeñas iglesias del campo, donde el pueblo se reúne y se arrodilla para consolarse á los piés de un Dios de carne y de sangre como él. El inconmesurable espacio que media entre el hombre y el Dios sin forma humana y sin nombre, me parecía lleno por aquel misterio de la Encarnacion. Si entonces no lo admitía del todo como verdad, lo adoraba como un maravilloso poema del alma, embelleciéndolo con todo el prestigio de mi imaginacion, embalsamándolo con todos mis deseos. Prestábale colores con todas las tintas de mi pensamiento y de mi entusiasmo. Subordinaba mi razon rebelde al deseo ardiente de creer, á fin de poder amar y de poder orar. Apartaba violentamente las sombras, las dudas, las repugnancias del espíritu; y así conseguia crearme las ilusiones de que estaba cierto: para pintaros bien el estado de mi alma en aquella época, puedo decir que si no adoraba aún al Dios de mi madre como á mi Dios, lo llevaba al ménos sobre mi corazon como mi idolo.

XVII.

Cuando las palabras comenzaban á escasear en nuestros labios y el sueño se apoderaba ya de nos-

otros, cogia mi fusil y llamaba á mi perro; el cura Dumont me acompañaba hasta el fin de los prados, y en el cercado de Bussieres nos estrechábamos la mano. Subia silenciosamente la pedregosa colina, unas veces á la luz de la hermosa luna del verano, otras á través de las húmedas sombras de la noche, que condensaban aun más las primeras nieblas del otoño. Encontraba á la pobre anciana, que me esperaba hilando á la claridad del candil colgado á un clavo de la cocina. Me acostaba, me dormía, y despertaba al siguiente dia al ruido del vuelo de las golondrinas que entraban libremente en mi cuarto á través de los cristales rotos, para volver á comenzar las mismas ocupaciones del dia anterior.

Lo que más me ligaba al pobre cura de Bussieres era la nube de melancolía mal resignada que entristecía su semblante. Aquella sombra amortiguaba ya en sus ojos los últimos fuegos de la juventud: daba á sus palabras y á su voz cierta languidez desanimada que estaba de acuerdo con mi languidez de espíritu. Allí se adivinaba un misterio doloroso que no se descubria jamás en las pasiones de su ánimo. Se conocia que no lo decía todo, y que sus labios guardaban todavía un postrer secreto.

Yo no pretendí jamás arrancarle aquel secreto, ni él me lo hubiera confiado nunca. Entre una confesion de semejante naturaleza y la amistad más íntima con un jóven de mi edad, mediaban las consideraciones sagradas de su carácter sacerdotal. Pero los eufemismos de las mujeres de la aldea empezaron á revelarme confusamente algunos rumores, y más

tarde conocí aquel misterio de tristeza en todos sus pormenores. Hélo aquí:

En la época en que el obispo de Macon había sido arrojado de su palacio por la persecución contra el clero y llevado á la prisión, el abate Dumont no era todavía sino un secretario joven y de hermosa figura, y entonces entró en la casa del anciano cura de Bus-sières, que había prestado juramento á la constitución. Se entregó al mundo sin reserva, se mezcló con el ascendiente de su figura, de su valor y de su talento en los varios movimientos de los partidos políticos en que se dividió la juventud de Macon y de Lyon á la caída de la monarquía y á los principios de la república, y se hizo muy notable por su antipatía y su audacia contra los jacobinos. Perseguido como realista en tiempo del terror, acabó por alistarse en aquellas reuniones ocultas de jóvenes realistas, cuyas ramificaciones se extendían desde las Cevennes hasta las campiñas de Lyon.

Intrépido y aventurero, se ligó por conformidad de opiniones y por la casualidad de los encuentros, de los combates y de los peligros de la guerra civil, con el hijo de un anciano caballero del Forez. El castillo de aquella familia se hallaba situado en un agreste y desconocido valle, sobre una escarpada cima, y servía de centro á las conspiraciones y de cuartel general á la juventud realista de la corona; su anciano señor había perdido á su esposa al principio de la revolución. Al morir había dejado cuatro hijas, salidas apenas de la adolescencia. Educadas sin madre y sin aya en el castillo de un cazador y de

un soldado, dotado de un carácter escéntrico, de un entendimiento inculto y sin educación de ninguna clase, aquellas jóvenes no poseían de su sexo sino la estremada belleza, la naturalidad y la gracia, con toda la viveza de las impresiones y toda la imprudencia de su edad.

Desde sus primeros años las había acostumbrado su padre á hacerle compañía en la mesa en medio de convidados de todas clases, á montar á caballo, á llevar la escopeta y á seguirle en sus cacerías que formaban la principal ocupación de su vida. Comprendese que tan encantadora compañía, siempre de caza, en festines ó en guerra, y al lado de un padre semejante, debía atraer naturalmente la juventud, el valor y el amor al castillo de... .

El abate Dumont, con su traje guerrero ó de caza, joven hermoso, vivo, elocuente, bien recibido y acogido por el padre, ligado con estrecha amistad al hermano, interesante á los ojos de aquellos jóvenes por la elegancia de sus modales y de su talento, llegó á ser el amigo más constante de la familia. Formaba, por decirlo así, una parte de ella, y fué para los jóvenes un hermano más. Tenía su cuarto en una torre que dominaba el territorio, y desde la cual se divisaba un gran pedazo del único camino que conducía al castillo. Encargado de avisar cuando se aproximasen gendarmes ó patrullas de la guardia nacional, velaba por la seguridad de las puertas, y tenía en orden el arsenal, siempre lleno de fusiles y pistolas cargadas, y hasta de dos culebrinas montadas sobre sus cureñas, con las que

el conde de*** estaba resuelto á metrallar á los republicanos si se aventuraban á penetrar en aquellas gargantas.

Ocupábase el tiempo en recibir ó espedir los ocultos mensajes que fomentaban el espíritu supersticioso y contrarrevolucionario de aquellas montañas y sus comunicaciones con los emigrados de Saboya y los conspiradores de Lyon; en recorrer los bosques á pié ó á caballo en incesantes cacerías; en ejercitarse en el manejo de las armas; en desafiar desde léjos á los jacobinos de los pueblos cercanos, que denunciaba perpétuamente aquella madriguera de aristócratas, pero que no se atrevía á dispersarlos; en velar, en jugar ó bailar con los jóvenes de los castillos inmediatos, atraídos por el doble encanto de la opinion, de las aventuras y del placer.

Aunque las jóvenes tomaban parte en todo aquel tumulto y estaban abandonadas á su prudencia, no había entre ellas y sus huéspedes más que inclinaciones, preferencias y atractivos mútuos, sin desórden ni licencia en las costumbres. La memoria de su madre y su propio peligro parecía guardarlas mejor que lo hubiese hecho la más rígida vigilancia. Eran sencillas, pero inocentes, se asemejaban en esto á las jóvenes de sus vasallos los labradores, que no tenían falsa vergüenza ni hipocresía, pero no carecían de vigilancia sobre sí mismas ni del instinto de dignidad de su sexo.

Las dos mayores se habian enamorado y prometido con dos jóvenes caballeros del Mediodía; la tercera esperaba impacientemente que los conventos

volviesen á abrirse para consagrarse toda á Dios, que era su único pensamiento. Serena en medio de aquella agitacion, fria en aquel foco de amor y de entusiasmo, dirigia la casa de su padre con toda la formalidad de una matrona á la edad de veinte años. La cuarta apenas tenia los diez y seis: era la favorita de su padre y de sus hermanas.

La admiracion que todos sentian hacia ella como jóven, iba unida á esa complacencia que naturalmente inspira el aspecto de las gracias y los atractivos que se desarrollan desde la infancia. Su belleza, más interesante aunque deslumbradora, era la expansion natural de un alma ardiente, que deja entrever hasta sus pliegues más recónditos por medio de la fisonomía, de los ojos y de la sonrisa. A medida que se profundizaba más ella, se descubria más su ternura, su inocencia y su bondad. Por la impresion que en mí produjo al verla muchos años despues, cuando el polvo de la vida y sus continuas lágrimas habian sin duda robado á aquel rostro la frescura de la juventud, podian aún reproducirse aquellos encantadores recuerdos de los diez y seis años.

No era ni la languidez de una hija pálida del Norte, ni el fuego abrasador de una hija del Mediodía, ni la melancolia de una inglesa, ni la nobleza de una italiana; sus facciones, más graciosas que puras, su boca espresiva, su nariz un poco levantada y sus ojos castaños como sus cabellos, recordaban más bien la desposada de la aldea ligeramente empañada por el ardor del sol y las miradas de las jóvenes, cuando ha vestido su traje de novia y espere alrededor de.

ella al entrar en la iglesia un estremecimiento que encantaba, pero que no intimidaba.

Enamoróse sin pensarlo de aquel joven aventurero, amigo de su hermano, cuya edad se acercaba más á la suya que la de los otros extranjeros que frecuentaban el castillo. La igualdad de realista daba entónces á los que combatían y sufrían por la misma opinión cierta familiaridad sin desconfianza en las casas nobles, donde se les acogía como compañeros de armas.

El joven era literato: con tal título, estaba encargado por el padre de dar lecciones de lectura, de escritura y de religión á la joven. Ella le miraba como un segundo hermano, más avanzado que ella en la carrera de la vida. Él era quien cuidaba de la joven en las escursiones peligrosas que hacia con su padre y sus hermanas á la caza de los javalies en la montaña; él quien apretaba las cinchas de su caballo ó arreglaba sus estribos; quien cargaba su fusil, llevándolo á la espalda; quien la ayudaba á saltar los riachuelos y los torrentes; quien la traía en medio de los sotos la pieza que habia muerto; quien la envolvía con su capa para preservarla de la lluvia ó de la nieve. Tan frecuente y completa intimidad entre un joven ardiente y sensible y una joven cuya infancia se trocaba todos los días, aunque insensiblemente, en adolescencia y atractivos, no podía dejar de convertirse, sin saberlo, en una primera é involuntaria pasión de amor. No hay lazo más peligroso para dos corazones puros, que el que se les prepara por la costumbre y bajo el velo de la inocencia. Ya

habían caído en él el uno y el otro, cuando ninguno de los dos lo sospechaba todavía. El tiempo y las circunstancias no debían tardar en descorrer aquel velo.

El comité revolucionario de la ciudad de*** estaba instruido de las tramas que se urdían impunemente en el castillo de***. Aquel comité se indignaba de la cobardía ó de la complicidad de las municipalidades inmediatas, que no se atrevían ó no podían dispersar aquel nido de conspiradores. Al fin se decidió á extinguir aquel foco de contrarrevolucion, que amenazaba incendiar el país. Formó secretamente una columna movilizada de gendarmes, de tropas ligeras y de guardias nacionales, y la hizo marchar toda la noche para llegar antes de amanecer bajo sus muros y sorprender á los moradores.

Completamente cercado el castillo mientras la familia estaba entregada al más profundo sueño, no era posible encontrar medio alguno de evasión. El comandante intimó al conde que abriese las puertas, y se vió obligado á obedecer. Traía estendidos decretos de prision contra el conde y todos los individuos de su familia, sin exceptuar las mujeres, y fué preciso constituirse prisioneros. El anciano señor, juntamente con su hermano, su hijo, sus huéspedes, sus criados y sus tres hijas mayores, fueron conducidos en carros á las cárceles de Lyon. Las armaduras, las armas y los dos cañones sobre sus cureñas, seguían como trofeos al carró de los prisioneros. De toda aquella familia tan libre y tranquila en el día anterior, no habían logrado sustraerse á la prision

más que el huésped habitual y la más jóven de las hijas del castillo.

Habiéndole despertado en sus sueños el ruido de las armas y las pisadas de los caballos en el primer patio, el jóven se había apresurado á vestirse y á bajar á la armería para vender cara su vida defendiendo la de sus patrones y la de sus amigos. Por desgracia, era ya demasiado tarde. Todas las puertas del castillo estaban tomadas por los soldados de la guardia nacional. El comandante de la columna se hallaba con los gendarmes en la habitación del conde, ocupado en poner sellos á sus papeles.

El jóven encontró en la escalera á las jóvenes que bajaban medio vestidas, para unirse á su padre y seguir su suerte. — ¡Salvad á nuestra hermana, le dijeron con acento conmovido las tres de más edad; queremos seguir á nuestro padre á donde quiera que vaya, á los calabozos y á la muerte misma; pero ella es una niña, y no tiene derecho para disponer de su vida; ocultadla á los ojos de los malvados que guardan las puertas. ¡Aquí tenéis oro! La hallareis en nuestro cuarto, donde la hemos vestido con un traje de hombre. Conocéis los pasadizos secretos; Dios velará sobre vosotros; la conduciréis á las Cevennes, á casa de nuestra anciana tía, único pariente que le queda en el mundo, y que la recibirá como una segunda madre. ¡Adios!»

El extranjero hizo al momento lo que le mandaban, considerándose muy dichoso en recibir semejante depósito y unas instrucciones tan conformes con su propia inclinación.

XVIII.

Habia en el castillo de... como en casi todas las fortalezas de la edad media, un pasadizo subterráneo que, saliendo desde las cuevas de la gran torre, atravesaba el cercado y daba salida á una poterna, bajando por medio de una escalera muy oscura de cuatrocientas ó quinientas gradas hasta el pié del promontorio sobre que se elevaba el castillo. Una verja de hierro, semejante al tragaluz de un calabozo, se abre allí entre rocas, dando salida á los estensos prados, rodeados de bosques, que formaban el lecho del río y la hondonada del barranco.

La existencia de aquella puerta, que no se abría jamás, era enteramente ignorada de los republicanos. Los habitantes del castillo eran los únicos que sabían dónde estaba depositada la llave, para servir de ella en casos estremos. El jóven se apoderó de ella, subió al cuarto de la jóven, la arrastró llorando á través de aquellas tinieblas, abrió la verja, y deslizándose, sin ser visto, de sauce en sauce por el lecho del torrente, logró ocultarse en el bosque con su precioso depósito.

Al verse ya en los senderos de aquellos bosques conocidos, armado de dos escopetas, la suya y la de su compañera, provisto de dinero y de municiones, nada temía ya de los hombres. Consagrado á ella como un esclavo, cuidadoso y atento como un padre, llevó en pocos días, á través de los campos, de bosque en bosque y de senda en senda, á la hermosa

jóven, que pasaba por un hermano suyo de menor edad, hasta las cercanías del pueblecito donde habitaba su tia.

Su traje de cazador le dispensaba de las esplicaciones que hubiera tenido que dar acerca del cuidado con que procuraba evitar los caminos concurridos y las cercanías de los pueblos. Además, la connivencia de los campesinos realistas y religiosos de aquellas montañas, los habian acostumbrado á respetar el secreto de aquellas fugas, tan frecuentes entónces en todo el pais.

Sin embargo de esto, ántes de entrar en la poblacion de... donde podia ser mayor la vigilancia, creyó conveniente advertir á la tia la llegada de su jóven sobrina, y preguntarle bajo qué nombre, bajo qué apariéncia y á qué hora podia introducirla en su casa.

Con este objeto envió á la poblacion un muchacho, que llevaba una carta para esta señora. Despues de esperar algunas horas, durante las cuales su jóven compañera no habia cesado de llorar, afligida por la idea de una separacion tan próxima, vió volver al muchacho con la carta. Tambien la tia de la jóven habia sido presa y conducida por los gendarmes á Nimes. La casa estaba cerrada por mandato de la autoridad, y la pobre niña se veia privada del único asilo que le quedaba sobre la tierra. Aquel golpe causó, sin embargo, más sorpresa que afliccion á los dos fugitivos. La idea de una próxima y eterna separacion les consternaba más de lo que ellos se atrevian á confesárselo á sí mismos. La fatalidad los re-

unia, y aún acusándola no podian ménos de bendecirla y adorarla.

XIX.

Deliberaron un momento sobre el partido que deberian tomar, y sin ponerse de acuerdo se fijaron desde luego en aquel que podia tardar más tiempo en separarlos. El jóven proscrito no podia volver á presentarse en la casa del cura de Bussiere sin ser preso al instante y sin perder á su bienhechor; la jóven no conocia ya una sola casa entre las de sus parientes del Forez que no hubiese sido cerrada por los partidarios del terror, y cuyos moradores no se hallasen á su voz proscritos. Resolvieron entónces aproximarse al castillo de... y pedir auxilio en las montañas inmediatas en alguna cabaña de campesinos hospitalarios que permaneciesen adictos á su antiguo señor.

Retrocedieron, pues, lentamente, y llamaron durante la noche á la puerta de una viuda, que habia sido nodriza de la jóven, y cuya ternura, gratitud y cariño garantizaban su fidelidad. Aquella solitaria cabaña, asentada sobre una meseta de las montañas más elevadas, en medio de un prado cubierto de hayas, era inaccesible y estraña á toda visita que no fuese la de los cabreros ó los cazadores de las cabañas inmediatas. Pequeña, baja, encajonada en una hondonada del barranco, cubierta con un ramaje que bajaba casi hasta el suelo y cuyo color se confundia con el de los prados, apenas se la distin-

guia desde la falda de las rocas cenicientas á que estaba apegada. Una débil columna de humo azulado que se elevaba por las mañanas y por las tardes entre los troncos blancos de las hayas, ó el fuego de la encina que salía de la cabaña del carbonero, eran las únicas señales que dejaban conocer la existencia de una habitacion humana en aquel rincon oscuro é ignorado de todo el mundo.

XX.

Aquella choza no encerraba dentro de sus muros manchados por la lluvia y fabricados de piedras angulares de granito oscuro y de pizarra, sino un pequeño cuarto donde dormian la pobre mujer y sus hijos. Servia de fegon una gran piedra, donde ardian algunos haces de retama. Al lado habia un establo más largo que el cuarto y separado del techo por un cobertizo formado de ramas entretegidas, en el cual se encerraba la yerba y la paja del invierno. Una borrica, dos cabras y algunas ovejas, se recojian allí por la noche cuando volvian de apacentarse en los montes bajo la guarda de los muchachos.

La nodriza, que hacia tiempo tenia noticia de la catastrofe ocurrida en el castillo, de la prision del conde, y de la desaparicion de la señorita á quien tanto habia querido, prorumpió en lágrimas al verla llegar en aquel estado y en aquel traje de cazador. La cedió su cama y su único cuarto, arreglándose ella un lecho de ramas al pié del de su señora, y trasladando los de los muchachos al establo, cuya

atmósfera estaba abrigada con la respiracion del ganado; además dió al forastero un poco de lana sin hilar para que con ella pudiese preservarse del frio de la noche.

Despues de prodigarles aquellos cuidados, salió ántes de amanecer para ir á comprar en las aldeas más distantes de la montaña, pan blanco, vino, queso y gallinas para el alimento de sus huéspedes. Tomó la precaucion de comprar estas provisiones en varias aldeas, por no despertar sospechas con una compra desproporcionada á su costumbre y á su pobreza. Antes del mediodia estaba ya de vuelta en la montaña, habia depositado sus provisiones en su pobre despensa, y puesto sobre el mantel la comida de los forasteros.

La nodriza habia prohibido á los muchachos que se alejasen á gran distancia de la choza, y que hablasen á los pastores de los dos cazadores que habian traído la abundancia, la alegria y la bendicion de Dios á aquella casa. Los niños, orgullosos por saber y guardar un secreto, la obedecieron fielmente. Nadie sospechó en toda la comarca que aquella choza sepultada todo el verano entre las hojas, y el invierno entre las nieblas y las nieves, encerraba dentro de sus toscas paredes un mundo de ventura, de amor y de fidelidad. Si describo con tantos detalles esta cabaña, es porque yo mismo la he visto en otra época de mi vida en un viaje que hice al Mediodia.

Nadie es capaz de inventar ni describir lo que pasó en el corazón de aquella niña y de aquel jóven, estrechados así por la soledad, por la necesidad y por

su mútuo cariño durante un año de terror, tan largo para todos en el exterior, tan corto quizá para los que en el interior de la cabaña lo pasaron en dulces conversaciones, en deliciosas confidencias y en mútuas demostraciones de afecto. Nada traspasó fuera de las paredes de la pobre cabaña, de las lilas del jardín, del lecho del torrente y de las hayas del bosque. La vida de los jóvenes reclusos no salió de tan estrecho recinto. No salían juntos sino por la noche, llevando al hombro sus escopetas cargadas, y evitando siempre los senderos conocidos, á fin de ejercitar sus miembros fatigados por el reposo en largos paseos nocturnos, respirar el aire libre perfumado por el olor de las plantas, coger las flores á la luz de la luna de verano, ó sentarse el uno al lado del otro sobre las gradas llenas de musgo de una roca socavada por el tiempo, desde donde se dominaba el valle de el castillo desierto, del que no salía ya ni luz ni humo, y la vasta estension del azulado horizonte, que á semejanza del mar se estendía desde allí por encima del lecho del Ródano, hasta las nieves de los Alpes de Italia.

¿Quién pudiera acusarlos, sin acusar más bien á su destino? ¿Quién pudiera decir á qué limite indeciso entre el respeto y la adoracion, entre la confianza y el abandono, entre la pasion y la debilidad, entre la virtud y el amor, se detendria en aquellas expansiones forzosas el sentimiento de mútuo afecto que se profesaban los dos jóvenes? Seria preciso tener la mirada de Dios: la de los hombres se turba: se deslumbra y se humedece ante el misterio de se-

mejante situacion. Si acaso hubo en ellos alguna falta, el hombre no puede verla sinó al través de sus lágrimas; y al condenarla la lava y absuelve con ellas mismas. El mundo cerrado, el cielo abierto; el peso de la proscripcion que oprimia sus corazones, y los impulsaba á pesar suyo el uno hácia el otro; la semejanza de edad; la igualdad de costumbres; aquellas impresiones comunes; la misma inocencia é ignorancia del peligro; la diferencia de clases, enteramente olvidada en aquel aislamiento completo del mundo; la incertidumbre de si la sociedad se volveria á abrir jamás para ellos; el deseo natural de gozar de la libertad amenazada á cada instante, y que disfrutaban como un bien arrebatado por la fuerza; la brevedad de la vida en una época en que nadie podia contar con el dia siguiente; las tinieblas de la noche, que convidaban á la intimidad; los resplandores de la luna y de las estrellas, que embarga la vida y estravia el corazon; la estrechez de su cautiverio en la casa de la nodriza, que no dejaba distraccion alguna á sus pensamientos ni interrupcion á sus conversaciones; por último, aquel punto elevado, estrecho y casi inaccesible del espacio, que habia llegado á ser para ellos el universo entero, semejante á una isla aérea suspendida sobre la tierra que divisaban á lo léjos bajo sus piés y debajo del cielo que veían tan de cerca sobre sus cabezas; todo contribuía á precipitarlos, á estrechar con un vinculo moral todos los lazos de su alma, á hacerles buscar únicamente en sus corazones esa vida que se habia desvanecido alrededor suyo, vida doblemente dila-

tada en el momento en que se veían amenazados de perderla, y que no tenía más escena que la soledad ni más alimento que la contemplación.

XXII.

¿Fueron bastante prudentes para prever, en sus pocos años, los peligros de las continuas seducciones de su soledad? ¿Fueron bastante fuertes para resistir á ellas al tiempo de experimentarlas? ¿Se amaron como lo hubieran hecho dos hermanas? ¿Se prometieron algun otro nombre más tierno? ¿Quién podrá decir eso? A los dos he tratado con intimidad, y ninguno de ellos me confesó nada acerca de aquel año de aventuras. Solo noté que cuando se encontraban muchos años despues, evitaban mirarse delante de las gentes. Una sombra repentina, mezclada de rubor y de palidez, anublaba sus rostros, como si el fastasma del tiempo, invisible para nosotros, hubiera pasado por delante de ellos, deslumbrándolos con sus mágicos reflejos. ¿Era aquello un amor mal apagado? ¿Era una pasión oculta bajo las cenizas, y reanimada por un soplo de viento? ¿Era la indiferencia agitada por los recuerdos? ¿Eran pesares ó remordimientos? ¿Quién es capaz de leer en un corazón esos caracteres borrados por torrentes de lágrimas y que sólo pueden reaparecer á los ojos de Dios!

XXIII.

Más de un año pasó así, hasta que al fin se mitigó el sistema de terror en aquella comarca, y volvieron á abrirse las cárceles. El anciano conde regresó á su deteriorado palacio acompañado de sus tres hijas. La nodriza llevó á la más jóven á los brazos de su padre. El extranjero fué el último que abandonó aquellas montañas.

Al fin volvió triste y como si hubiera vivido veinte años en tan poco tiempo, al curato de Bussiere. Hacía la vida de cazador con mi padre y los nobles del país. Sólo de vez en cuando se ausentaba por muchos días en algunas escursiones lejanas, cuyo objeto nadie conocía. A su regreso decía que los perros se le habían escapado persiguiendo á un ciervo, y que se había visto obligado á seguirlos para traerlos. Ninguna novedad, segun las gentes, había ocurrido en el palacio de*** en la otra provincia, sino la de que el antiguo huesped no concurría ya á él como en otro tiempo. Allí continuaba haciéndose la misma vida de caza, de festines y de franca hospitalidad que se hacía durante la revolución.

XXIV.

Entre tanto la pobre nodriza seguía habitando la choza de la montaña, y criaba un huérfano, juntamente con sus propios hijos. Aquel niño estaba vestido de un lienzo algo más fino que el que se fabri-

caba con el cáñamo de aquellas comarcas. Veíanse en sus manos juguetes que parecían comprados en la ciudad. Cuando se preguntaba á la pobre mujer de dónde provenía aquella diferencia, y á quién pertenecía el huérfano que cuidaba, respondía que lo había encontrado una mañana debajo de un haya, á las orillas de la fuente, cuando iba á traer agua para el día, y que un mozo de las montañas le traía de vez en cuando ropa blanca y juguetes de marfil y de coral. Aquella caridad le había enriquecido, según ella decía. He conocido á ese huérfano que, como hijo de la proscripción, llevaba impresa la tristeza en el alma y en las facciones.

Cinco ó seis años despues se casó la menor de las hijas del conde con un anciano, que era para ella el más dulce é indulgente de los padres. Se consagró enteramente á cuidar de su ancianidad, y él la llevó para siempre á una pequeña poblacion del Mediodía, donde tenia su residencia habitual. Su jóven compañero de destierro, que habia vacilado hasta entónces entre el mundo y la Iglesia, salió repentinamente de su indecision con la noticia del matrimonio de la jóven; y desde aquel día no vió ya nada en el mundo que pudiera echar de ménos. Renunció á él sin trabajo, y entró en un seminario sin volver la vista atrás. Despues fué á encerrarse por algunas semanas en casa del obispo de Macon, su antiguo patrono, que salia entónces del calabozo, y terminaba su vida pobre y achacosa en casa de uno de sus fieles servidores, á pocos pasos de su antiguo palacio episcopal. El obispo le confirió las órdenes sagradas, y él fué á

ejercer las modestas funciones de teniente á Bussiere, donde continuó desempeñándolas, como he dicho, hasta la muerte del anciano cura, á quien habia sucedido.

XXV.

Tal era el misterio de la vida de aquel hombre, que la casualidad parecia haber colocado al lado mío como una grata pero triste consonancia con el desencanto precoz de mi juventud, como una sonrisa amarga y resignada sobre un abismo de sensibilidad dolorida, de tristes recuerdos, de pérdidas irreparables, de amor mal apagado y de lágrimas reprimidas. Todas esas cosas se dejaban ver impresas en su actitud, en su fisonomía, en su silencio y en el acento de su voz, y esto era sin duda alguna lo que me ligaba tan naturalmente á él. Si hubiese sido feliz y sábio no le hubiera amado tanto, porque tambien hay compasion en las amistades. La desgracia es un atractivo para ciertas almas. El cimiento de nuestros corazones está formado de lágrimas, y casi todos nuestros afectos profundos principian por un enternecimiento.

XXVI.

Así pasaron para mí los dias de aquel estío de soledad y de sequedad de alma. La compresion de mi vida moral en medio de aquella aridez y de aquella tristeza; la intensidad de mi pensamiento, que ahon-

daba sin cesar el vacío de mi existencia; las palpitaciones de mi corazón, que ardía sin que nada alimentase su llama, y que se rebelaba contra las duras privaciones de aire, de luz y de amor, á que me habia condenado, acabaron por debilitarme y consumir poco á poco mis fuerzas físicas, produciendo una constante languidez, frecuentes espasmos, abatimiento, disgusto de la vida y deseos de morir, que tomé por enfermedades del cuerpo cuando no eran otra cosa que la enfermedad de mi alma.

El médico de la familia, que paraba algunas veces su caballo al llegar á mi puerta recorriendo los pueblos, se alarmó al verme en tal estado. Se llamaba Pascual, era bueno, sensible é inteligente; me amaba como á una planta que habia cuidado desde los primeros días de su infancia. Me mandó ir á los baños de Aix, en Saboya, aunque la estación de los baños habia ya pasado, y el mes de Octubre habia traído á los valles las primeras neblinas y al aire sus primeros estremecimientos. Pero lo que se proponia al recetarme los baños, era proporcionarme la distracción, el movimiento moral, el cambio de vida y de localidad. ¡Oh! su mandato fué en aquella ocasión bien inspirado y demasiado bien obedecido.

Tomé prestados 25 luises de un antiguo amigo de mi padre, afable y virtuoso anciano Mr. de Blondel, que amaba á los jóvenes porque poseía en grado eminente la bondad, esa eterna sávia, esa inagotable juventud del corazón humano. Di libertad á mi caballo, reuniéndolo con los bueyes que se apacientan en los prados de Saint-Point, y salí para los ba-

ños. Empecé este viaje sin ninguna de esas vagas curiosidades, de esas aspiraciones, de esas alegrías que habia experimentado al emprender otras escursiones; salí triste, silencioso, llevando conmigo mi soledad, con cierto presentimiento de que debía dejar en aquel viaje alguna parte de mi sér, y de que al regresar de él mi corazón no volveria conmigo.

Me refugié, pues, con un sentimiento marcado de cólera, contra aquellas risas importunas y fuera de propósito que acababan de distraerme. Me sepulté detrás de un enorme peñascó que se destacaba de la montaña, cerca del lecho reluciente por donde se deslizaban las aguas del barrancó para caer perpendicularmente en el valle. Su ruido acompasado y monótono me ensordecía; su polvo, al saltar, formaba sobre mi asiento de césped una ligera niebla, que herida por el sol, se agitaba incesantemente, como los pliegues de una cortina de gasa que mueven los vientos al pasar. Continué mi conversacion interior, y me abismé de nuevo en mi tristeza. Traje á la memoria todos los sucesos de mi corta vida, y me pregunté á mi mismo si valia la pena de haber vivido, si no valdria más ser una de las gotas luminosas de aquel húmedo polvo, evaporándose al sol en un segundo y perdiéndose sin sentirlo en medio del espacio, que estar dotado de un alma que se siente vivir, desfallecer, sufrir y morir, durante años y años, y concluir por evaporarse tambien en no sé que océano que debe estar poblado de gemidos, si recoge todos los dolores de la tierra y todas las agonias del sér que siente.

No ha andado más que algunos pasos, me decía no se qué, y ya me parecen bastantes! Mi actividad de espíritu se devora á sí misma por falta de alimento. ¡Siento en mí bastante fuerza para levantar estas montañas, y mi destino no me dá siquiera una paja para que la levante! ¡El trabajo me distraeria, y nada tengo que hacer! Todas las puertas de la vida se cierran delante de mí. Parece que mi suerte es ser un desterrado de la vida activa, que vive sobre el mundo de los demás, sin tener más morada que el desierto y la contemplacion.

A falta de empleo de mis fuerzas intelectuales, en algun uso útil y glorioso de mi vida, hubiera querido al ménos desarrollar la energía de amor que oprimia mi corazón, hasta ahogarlo, por no tener otro sér á quien poder estrechar contra mi seno. Hasta esa expansion natural me está prohibida. Me encuentro sólo en el mundo de los sentimientos, como en el mundo de la inteligencia y de la accion. Cuando encontré á Graziella era demasiado pronto: mi corazón no era aún bastante fuerte para amar. Despues, todos los corazones de mujeres que se acercaron al mio, eran vasos cuyo perfume natural se habian evaporado, y que no contenian vanidades, más que ligerezas ó placeres voluptuosos, falsedades del amor mundano, cieno del alma, que me disgustó bien pronto. Ahora nadie me ama ni yo amo á nadie; me encuentro sobre la tierra como si no estuviese en ella: esa roca se desplomaria sobre mí: esa lengua fulminante de agua me arrastraria consigo y me pulverizaria en el fondo de ese abismo, sin que nadie, á

escepcion de mi madre, echára de ver mi falta. ¡Y qué! proseguía yo interiormente; ¿no ha de haber en el mundo otra Graziella, cualquiera que sea la condicion en que haya nacido? ¿No ha de haber un alma jóven, pura, amorosa, que se confunda en la mia y la mia en ella, y que complete en mí, como yo completaria en ella, ese sér imperfecto, errante que gime mientras está sólo, y quo se siente tranquilo, consolado y feliz desde que comunica su corazón vacío con otro corazón que le comprende?

Y sentia con tanta amargura el fastidio de la soledad del alma, ese desierto de la indiferencia, esa sequedad de la vida, que hubiera querido morir en el acto para hallar la sombra de Graziella, ya que no podia encontrar su semejanza en ninguna de las mujeres atordidas, ligeras, evaporadas, con que habia tropezado despues.

XXVIII.

Mientras que cubriendo la frente en las manos me anegaba así en ese luto de mi propia sensibilidad, vino á distraerme de mis meditaciones la armoniosa vibracion de las cuerdas de uno de esos instrumentos campestres que los muchachos saboyanos fabrican por las noches de invierno en sus montañas, y llevan consigo en sus largos destierros por Francia y el Piamonte, para recordar con algunos aires del país, con algun *ranz des-vaches* la imagen de su pobre patria. Llamán á esos instrumentos *vielles* (viejas), porque charlan más bien que cantan, y sus

aíres se prolongan debilitándose y bajando de tono, como las voces de las mujeres ancianas durante las veladas de la aldea.

Volví los ojos hacia el lado de dónde salían aquellos sonidos, y sin poder ser visto, á corta distancia de mí, un grupo que jamás se ha borrado de mi memoria, del que más adelante reproduce una parte en el poema de *Yocelyn*, y que el pincel de Greuze hubiera escogido para asunto de uno de sus cuadros más sencillos y más tiernos.

XXIX.

Sobre un monton de yerba, aislado del camino y separado de la cascada, entre dos rocas sobre las cuales se extendia el ramaje de dos ó tres álamos, estaban sentados al sol un muchacho de doce ó trece años, un jóven de veinte y una muchacha de diez y ocho. El niño jugaba con un perrito blanco de las montañas, de pelo largo y de orejas derechas y triangulares; perros que descubren las marmotas en las nieves de los Alpes. Entreteniase en ponerle y quitarle su collar de cuero, cuyos cascabeles hacían sonar, levantando y sacudiendo el collar con una mano, mientras que el perro se enderezaba sobre sus patas de atrás para recuperar su adorno.

El jóven vestía un largo chaqueton nuevo de paño basto, de color blanco y de mucho pelo, y llevaba unas polainas de la misma tela, que le subían hasta por encima de las rodillas, y delineaban la musculatura de las piernas. Sus zapatos eran tam-

bien nuevos, y mostraban bajo las suelas gruesos clavos relucientes como puntas de diamante, que no se habian gastado aún con el uso. Un largo baston con su contera de hierro descansaba entre sus piernas; y teniéndolo entre sus manos apoyaba la barba sobre la bola que servía de remate, y parecia ser de hueso ó de cuerno. A algunos pasos de él estaba tendido en el suelo un saco con dos correas de cuero blanco, para pasar por ellas los brazos y sujetarlo al costado. Su rostro era hermoso, meditabundo, tranquilo y de espresion algo triste. Dos largos mechones de pelo de color rubio amarillento, cortados con igualdad por sus extremos, le caían á lo largo de las mejillas, á los dos lados del rostro. Miraba la contera de hierro de su palo, y parecia absorto en algun pensamiento.

XXX.

La jóven era bien formada, esbelta y de estatura algo menor que la de las mujeres de su edad que habitaban en aquellas llanuras. Había en su cuello, en el modo de llevar la cabeza, en la union de los brazos á los hombros, en el ligero movimiento de su pecho, dónde apenas se delineaban sus senos, muy bajos como en los bustos griegos de las mujeres de Esparta, algo de osado, de altanero y de salvaje. Su vestido de lana basta, verde, adornado con un galon de hilo negro; no le cubría más que hasta la mitad de la pierna. Iba calzada con medias azules. En sus zapatos apenas se encerraban las puntas

de los dedos, y estaban sujetos en el empeine con una ancha hebilla de acero. Llevaba un pañuelo encarnado que le caía en forma triangular sobre los hombros y se cruzaba por el pecho. Una cadena de oro alrededor del cuello. Una cofia negra, rodeada de una guarnición muy ancha, cuyos pliegues caían como hojas marchitas sobre su frente, rodeando su rostro. Sus ojos eran del hermoso azul que ostenta el agua en las cascadas. Sus facciones eran poco pronunciadas, pero altivas, al mismo tiempo que dulces y seductoras. Su cutis era tan blanco y sonrosado como el de las mujeres que viven á la sombra de los salones de nuestras ciudades ó de los serrallos del Asia. La constante frescura de aquellas montañas, la proximidad de las nieves, la humedad de las aguas y la reverberación de los prados, preservan á aquellas hijas de los Alpes del hálito ardiente que broncea la piel de las hijas del Mediodía.

Esta se hallaba sentada, descansando sobre su brazo izquierdo entre el muchacho, que parecía hermano suyo por la semejanza, y el jóven, á quien podía tomarse por su amante. Con la mano derecha se había acercado el instrumento de música medio envuelto todavía en su funda de cuero. Entreteníase en producir en él algunos sonidos, dando vueltas al manubrio con el extremo de los dedos, sin escucharlos al parecer y como para distraerse de sus pensamientos. Su fisonomía era una mezcla de resolución indiferente y de profunda reflexion, que subía del corazón á su rostro como una sombra, y humedecía sus ojos. Alguna escena muda pasaba indudable-

mente entre aquellos dos semblantes que no osaban mirarse por temor de llorar; pero que se veían y oían aparentando tener fijos sus ojos y su atención en otra parte.

¡Ay, era aquel el drama eterno de la vida; la mano que atrae y la mano que repele; el amor y el obstáculo, la felicidad y la separacion!... A primera vista comprendí que aquella parada era la que las muchachas de las montañas hacen con sus amantes que emprenden largas escursiones, despues de haberlas acompañado solas hasta la distancia de media jornada de su aldea.

XXXI.

El sonido del instrumento rústico era el que había excitado mi curiosidad y mi atención.

Veía aquel grupo sin que él pudiese verme, por hallarme oculto tras de un matorral y del ángulo saliente en que me había recostado. Alzando más la vista vi una anciana, encorvada por la edad, cuyos cabellos blancos agitaba el viento de la cascada alrededor del cuello. Madre, sin duda, de alguno de los dos jóvenes viajeros, se mantenía sin afectacion á cierta distancia, como para no perturbarles en su última entrevista. Parecía buscar con distraccion, y de maleza en maleza los racimos dorados de agrace-

de los dedos, y estaban sujetos en el empeine con una ancha hebilla de acero. Llevaba un pañuelo encarnado que le caía en forma triangular sobre los hombros y se cruzaba por el pecho. Una cadena de oro alrededor del cuello. Una cofia negra, rodeada de una guarnición muy ancha, cuyos pliegues caían como hojas marchitas sobre su frente, rodeando su rostro. Sus ojos eran del hermoso azul que ostenta el agua en las cascadas. Sus facciones eran poco pronunciadas, pero altivas, al mismo tiempo que dulces y seductoras. Su cutis era tan blanco y sonrosado como el de las mujeres que viven á la sombra de los salones de nuestras ciudades ó de los serrallos del Asia. La constante frescura de aquellas montañas, la proximidad de las nieves, la humedad de las aguas y la reverberación de los prados, preservan á aquellas hijas de los Alpes del hálito ardiente que broncea la piel de las hijas del Mediodía.

Esta se hallaba sentada, descansando sobre su brazo izquierdo entre el muchacho, que parecía hermano suyo por la semejanza, y el jóven, á quien podía tomarse por su amante. Con la mano derecha se había acercado el instrumento de música medio envuelto todavía en su funda de cuero. Entreteníase en producir en él algunos sonidos, dando vueltas al manubrio con el extremo de los dedos, sin escucharlos al parecer y como para distraerse de sus pensamientos. Su fisonomía era una mezcla de resolución indiferente y de profunda reflexión, que subía del corazón á su rostro como una sombra, y humedecía sus ojos. Alguna escena muda pasaba indudable-

mente entre aquellos dos semblantes que no osaban mirarse por temor de llorar; pero que se veían y oían aparentando tener fijos sus ojos y su atención en otra parte.

¡Ay, era aquel el drama eterno de la vida; la mano que atrae y la mano que repele; el amor y el obstáculo, la felicidad y la separación!... A primera vista comprendí que aquella parada era la que las muchachas de las montañas hacen con sus amantes que emprenden largas escursiones, despues de haberlas acompañado solas hasta la distancia de media jornada de su aldea.

XXXI.

El sonido del instrumento rústico era el que había excitado mi curiosidad y mi atención.

Veía aquel grupo sin que él pudiese verme, por hallarme oculto tras de un matorral y del ángulo saliente en que me había recostado. Alzando más la vista vi una anciana, encorvada por la edad, cuyos cabellos blancos agitaba el viento de la cascada alrededor del cuello. Madre, sin duda, de alguno de los dos jóvenes viajeros, se mantenía sin afectación á cierta distancia, como para no perturbarles en su última entrevista. Parecía buscar con distracción, y de maleza en maleza los racimos dorados de agrace-

jos, que llevaba á la boca é iba recogiendo en su delantal.

La joven desvió luego el instrumento con la punta del pié, y poniendo sus dos manos sobre la yerba, volvió el rostro hácia el joven, con el cual estuvo hablando á media voz, mirándose los dos tristemente por espacio de un cuarto de hora. No podia yo oír sus palabras; pero veía en la espresion de los labios y los ojos, que sus corazones se estasiaban y sus lágrimas venían á mezclarse con sus tristes pensamientos. Se me figuraba que había en aquel instante despedidas, protestas de amor y juramentos, sin que los amantes advirtiesen siquiera que el día tocaba ya á su término.

De repente el muchacho, que se habia puesto á bailar con el perro á algunos pasos de allí sobre un verde ribazo bajó de él saltando é interrumpiendo su conversacion: Hermano, le dijo: me han dicho que te avisara cuando el sol toque á la cima de la montaña: mirale allá encendido entre las copas de los abetos.

Al oír estas palabras, el joven y la muchacha se levantaron sin contestar, llamaron á la anciana, que se acercó, y el muchacho puso el collar al perro, que fué á colocarse junto á las piernas de su amo. El grupo se reunió y se apiñó; el joven abrazó primero á la madre y luego al muchacho; por último, la joven y él se estrecharon por largo tiempo en un estrecho abrazo, se separaron y volvieron á abrazarse otra vez, hasta que al fin se alejaron, sin atreverse á volver la cabeza, como si hubiesen te-

mido no poder resistir al impulso que los habria hecho volver sobre sus pasos. Sólo el muchacho se quedó con el joven viajero, y le acompañó un largo trecho por el camino de Francia.

Aquella escena muda me habia hecho olvidar mis tristes pensamientos. Aquella partida era dolorosa; pero suponía una vuelta y dejaba entrever el amor en el fondo de aquellas penas. El amor basta para consolarlo todo. En el fondo de la mia no habia más que ese fastidio que se siente, ese vacío que nos consume, ese abismo que se forma de todos los sentimientos que no llenan el corazón.

XXXII.

Me levanté entonces casi sobresaltado, tomé mi libro, mi saco y mi baston, que estaban en el suelo al lado mio, y una curiosidad maquinaal me hizo salir al camino en el instante mismo en que el muchacho, que estaba ya de vuelta, iba á reunirse con las dos mujeres. Estas caminaban sin hablar delante de nosotros. Trabé conversacion con el muchacho, andando en su misma direccion y midiendo mis pasos por los suyos. Supe, despues de un corto diálogo, que él era su hermano mayor y novio de aquella hermosa muchacha, cuyo nombre era Margarita; que ambas vivian en la primera aldea de Maurienne, con su hermano y con él; que habian venido para acompañar al viajero hasta la mitad de la primera jornada del camino de Francia; que el nombre de aquel hermano era José; que se habia estropeado

cayendo de un nogal, del que cogia nueces para la madre de Margarita, un año ántes de la edad necesaria para entrar en el servicio militar, que esta desgracia habia sido una fortuna, porque le habia librado de servir como soldado, y la madre de la hermosa Margarita, tan solicitada por todos los vecinos más ricos de las aldeas inmediatas, le habia prometido su hija en recompensa de la desgracia que le habia ocurrido por servirla; que Margarita y José se amaban como si fuesen hermanos, que se casarían cuando José hubiera ganado lo bastante para comprar el pequeño vergel que habia detrás de la casa de sus padres; que para eso se habia dedicado á dos profesiones compatibles con su lisiadura que le impedía ejercitarse en trabajos corporales y de fatiga, á saber: la de maestro de las aldeas y la de músico en las fiestas y bodas; por último, que se marchaba todos los otoños para ejercer ambos oficios en las montañas situadas detrás de Lyon; pero que creían fuese éste su último viaje, porque habia traído ya tres veces un bolsillo bien provisto; y porque sus ausencias hacían llorar tanto á Margarita, y estaba ésta tan triste durante este tiempo, que era preciso que su madre consintiese ya en tener á José para siempre en su casa desde la próxima primavera.

XXXIII.

Hablando así, alcanzamos á las dos mujeres. Caminaba yo casi pisando la sombra de la hermosa Margarita, que el sol al poner prolongaba ya muy

lejos de ella hasta mis piés. Admiré en silencio el esbello talle y el movimiento cadencioso de aquella encantadora hija de las montañas, en la que habia impreso la naturaleza más dignidad y grandeza que las que puede afectar el arte en la actitud estudiada de las mujeres de nuestros teatros ó de nuestros salones. Entre tanto ella se habia quitado sus zapatos y caminaba con los piés desnudos, llevando uno de aquellos en cada mano cogido por la hebilla. Me oía hablar con el muchacho, y se volvía de vez en cuando para llamarle. Su rostro era grave, pero estaba tranquilo y sereno. Leíase en él la esperanza en medio del pesar. La jóven apresuraba el paso, sin duda para llegar á la aldea ántes de la noche.

De pronto se dejó oír encima de una pequeña cuesta que formaba el camino, á un cuarto de legua de la cascada, el lejano tañido del instrumento montañés, que se prolongaba, en son melancólico, á través de las hojas de olmos y fresnos, cuyos frondosos ramajes visten la orilla izquierda del torrente de Coux.

Todos cuatro nos detuvimos entónces, y volviendo la vista hácia el lado donde venía el sonido, vimos á lo lejos, en lo alto de una de las rampas que suben por los costados de la cuesta de Echelles, al pobre José, recostado contra una de las rocas del camino, y á su perro, que parecía un punto blanco al lado suyo. Con el semblante vuelto hácia la Saboya, y descolgando del cuello su instrumento, daba el último adiós á las rocas de su país y al corazón de su querida Margarita. La pobre muchacha habia

dejado caer los zapatos de sus manos, y ocultándose el rostro con su delantal, sollozaba á la orilla del camino escuchando aquellas notas fugitivas que se traían en las ráfagas del viento los recuerdos de las veladas del establo y las esperanzas, tan remotas aún, de la futura primavera.

Ninguno de nosotros había interrumpido con una vana palabra de consuelo aquel diálogo aéreo de dos almas, á las que servía de intérprete una tabla de madera y una cuerda de latón, y que se comunicaban por última vez á través de la distancia y del tiempo que las separaban.

Cuando concluyó la tocata y sus acentos moribundos se perdieron en las últimas vibraciones de la atmósfera sonora de la tarde, Margarita se mantuvo escuchando todavía algunos momentos, miró á José, lo vió desaparecer poco á poco en las sinuosidades de la cuesta, y echó á andar con las manos juntas sobre su delantal. En su distracción había dejado olvidados sus zapatos en el camino. Yo los recogí, me adelanté hácia ella, y se los presenté sin hablarla una palabra. Me dió las gracias con una ligera sonrisa, y al que un momento despues decía á su madre:—«Este jóven es humano; mirad, su semblante está tan triste como el nuestro.»

Todos cuatro anduvimos juntos y en silencio cierto trecho del camino, y cuando llegamos al punto en que éste se divide en dos, uno en dirección á Chambery y otro á las montañas del sombrío valle de Maurienne, me despedí del muchacho; las mujeres me hicieron un saludo con la cabeza, y nos se-

paramos cada cual por su lado, ellos hablando, yo entregado á mis pensamientos.

Aquella escena me había herido como una visión de felicidad y de amor en medio de la sequedad y del aislamiento de mi alma. Margarita me había recordado á Graziella. Graziella no era más que un sueño desvanecido; pero ese sueño me hacía más insoportable aún la realidad de mi aislamiento. Hubiera dado mil veces mi nombre y mi educación por ser José. Conoci que tocaba á una gran crisis de mi vida; que ésta no podía continuar así, y que era preciso amar ó morir. A la entrada de la noche bajé, sumido en aquellas meditaciones y preocupado por aquellas imágenes, el largo y sombrío arrabal de Chambery.

Más adelante diré cómo la casualidad me hizo encontrar poco tiempo despues á Margarita; cómo esta fué á su vez bondadosa conmigo; y cómo se vió asociada por casualidad á uno de los golpes más dolorosos que ha sufrido mi corazón.



CONDICIONES

PARA LA VENTA DE LAS OBRAS QUE Á CONTINUACION SE ESPRESAN Y PARA TODAS AQUELLAS QUE CONSTAN DEL CATÁLOGO ESPECIAL DE LOS EDITORES, EL CUAL SE REMITE GRATIS Á CUANTAS PERSONAS LÓ SOLICITEN.

Pedido que en uno ó más artículos ascienda de rs.			150 á 300	10 por 100	baja.
Id.	id.	id.	301 á 600	12 por 100	
Id.	id.	id.	601 á 1200	16 por 100	
Id.	id.	id.	1200 á 2000	20 por 100	
Id.	id.	id.	2001 en adelante	25 por 100	

Estas ventajas se entenderá que son sobre los precios de esta corte, que al pedido ha de acompañar su importe, y que los gastos de transporte son de cuenta del comprador.

Rn.

Rn.

A

Año cristiano, ó ejercicios devotos para todos los días del año, por el Padre Juan Croisset, traducido al castellano por el P. José Francisco de Isla. Contiene las glorias, martirios, peregrinaciones, vidas y milagros de todos los santos; oraciones, epístolas, evangelios, reflexiones, meditaciones y

ejercicios prácticos para cada día del año. Adicionado con la vida de los santos y festividades que celebra la Iglesia de España, y que escribieron los Padres Fray Pedro Centeno y Fr. Juan de Rojas. Novísima edición aumentada con las Dominicas, las vidas de N. S. Jesucristo y de su Santísima Madre, y las de los Santos últi-

	Rn.	Rn.
mamente aprobados, adornada con más de trescientas sesenta láminas, y revisada, censurada y elogiada por el R. Padre Dr. Fr. Atilano Melguizo, vicario general apostólico de la orden de San Bernardo; 21 ts. 4.º, de letra gruesa y clara.	160	
Auroras á María Santísima, ó meditaciones en prosa y verso sobre las principales festividades de la Virgen. Obra de gran mérito.	4	
Al-hamar el Nazarita, rey de Granada: leyenda oriental por don José Zorrilla, dividido en cinco libros, titulados: de los sueños, de las perlas, de los alcázares, de los espíritus y de las nieves; ilustrado con notas y seguido de la vida de Mahoma y de apuntes sobre la religión; 1 t. 8.º mayor.	10	
Aventuras de Telémaco, en francés; 1 t. 8.º láminas.	6	
Animales célebres de todos los tiempos y todos los países, por D. José de Castro y Serrano; 1 tomo en 4.º, con grabados intercalados en el texto.	20	
Anales de la guerra de Italia; obra ilustrada con magníficos grabados, representando acciones, batallas, sitios, desembarcos, vistas, re-		120
tratos, uniformes, etc. Redactada con presencia de numerosos documentos oficiales y correspondencias particulares, por D. G. Petano y Mazariegos; 1 t. folio.	20	
Amores , ódios y venganzas; recopilación de novelas históricas; obra preciosa y de un mérito extraordinario; 1 t. 4.º, con 12 láms.	12	
Aventuras de un viajero. Consta de un tomo en cuarto de 640 páginas, con 52 grandes láminas, entre las cuales hay 40 en magnífico papel color de rosa con orla encarnada; su precio.	40	
Album de las misiones, ó colección pintoresca de pintura de costumbres, de reflexiones morales, de aventuras y narraciones interesantes, de cosas curiosas, etc., recogidos por los padres misioneros, ilustrado con 24 láminas; 1 t. 4.º, encuadernación con mosaicos y cortos dorados.	80	
Album religioso, gran colección de 25 composiciones líricas de los mejores poetas contemporáneos, sobre asuntos del Evangelio y hechos de los Apóstoles, ilustrado con 24 grandes y hermosas láminas grabadas en acero; un tomo en folio, papel vitela.	120	

	Rn.	Rn.
Arte de escribir, por Torio, con 57 muestras abiertas en cobre; va acompañado de principios de aritmética, gramática y ortografía, y de varios sistemas para la formación y enseñanza de los principales caracteres que más se usan en Europa; un tomo grueso, en folio, papel de tina.	40	
La misma obra en 4.º	24	
Aritmética decimal (tratado completo de), arreglado á los nuevos pesos y medidas métricas conforme al real decreto de 13 de Abril de 1848, ley de 19 de Julio de 1849 y real decreto de 9 de Diciembre de 1852, por D. Victor Lana, director que ha sido de varios colegios de enseñanza; segunda edición corregida y aumentada las tablas de correspondencia entre las actuales medidas de todas las provincias, con las métricas. Está declarada de texto para las escuelas de instrucción pública, 1 t. 4.º	8	
Aventuras de Damian el Monaguillo ó un episodio de la guerra de la Independencia, por Goñeta; 1 t. grueso en 4.º, edición de lujo con láminas.	38	
Atlas geográfico universal para el estudio de la geografía, de Balbi y Malte-Brun, contiene 18 mapas, en un tomo, folio menor, encuadernado en tela, adoptado de texto en los colegios de segunda enseñanza.	14	
Alcalde (el) brevisima compilación de las leyes y disposiciones vigentes, con las decisiones del Consejo Real relativas al ejercicio de dicho cargo, 16.º	6	
Apuntes y documentos parlamentarios sobre las doctrinas políticas y administrativas de don Juan Bravo Murillo, 4.º rústica, esmerada impresión.	8	
B		
Biblioteca para las damas cristianas; 5 t. en 8.º, encuadernados en tela con planchas de oro.	40	
Contiene: <i>Jornada del cristiano</i> por San Bernardo, versión española; un elegante tomo con portadas y orlas de oro y colores.		
La <i>felicidad</i> en la perfección cristiana: un tomo de las mismas condiciones que el anterior.		
Educación de las doncellas, por Fenelon: un tomo igual á los dos anteriores.		
Biblioteca selecta y económica del cristiano instruido; 15 t. 8.º mayor. Esta biblioteca con-	80	

Rn.		Rn.
	tiene 9 diferentes obras religiosas y aprobadas todas por la censura eclesiástica y tan útiles para el sacerdote como para el seglar.	
	Bandera de la muerte , continuación de D. Juan de Serrallonga, por Balaguer, 4.ª láminas.	42
	Biografía de Sisto Cámara , por D. Fernando Garrido.	4
	Blak , el capitán Richard y el saltador; novelas por Alejandro Dumas, un t. folio menor láminas en acero.	34
C		
	Camino de la Cruz , poema en verso por doña Emilia Serrano de Wilson; 1 t. 8.ª	10
	Catecismo para los parrocos , ordenado por San Pío V. latino español; 1 t. 4.ª	26
	Comulgador general , ó recopilación de oraciones para recibir los Santos Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, sacadas de los mejores autores. Obra utilísima á toda clase de personas, por contenerse en ella cuanto puede desearse para este objeto, con láminas; 1 t. 12.ª	12
	Concilio de Trento , traducido por D. J. Lopez de Ayala (latín y castellano), hermosa edición; un tomo en cuarto.	48

	Conferencias ó pláticas sobre las doctrinas y prácticas de la Iglesia católica , por el <i>Ilmo. Wiseman</i> , cardenal arzobispo de Westminster; tenemos por escusado ponderar la obra de este eminente escritor católico; pues todo el mundo sabe que es uno de los primeros vigías de la casa de Israel; 2 tomo 8.ª marquilla.	24
	Colección de pláticas é instrucciones para la primera comunión , por Martín, traducidas de la quinta edición y aumentadas. Esta obra es una colección de pláticas, la única útil y compacta que se ha escrito sobre este asunto; un tomo en 8.ª mayor.	10
	Cumplimiento de las profecías ; historia abreviada de la Iglesia hasta el fin de los tiempos, y una esplicación del Apocalipsis; obra escrita en francés por M. A. D'Orient. Traducido al castellano; 5 ts. 8.ª	30
	Colección de las vidas, misterios é historias de los santos y santas que venera nuestra santa Madre la Iglesia Católica, Apostólica y Romana ; 4 tomos con láminas.	32
	Cristiano (el) instruido en la ley . Discursos morales y doctrinales, dados á la luz en lengua tos-	

	cana, por Señeri, y traducidos por Baeza; obra muy útil para toda clase de personas doctas é indoctas, llena de todo género de erudición, sagrada y profana; 4 tomos en 4.ª	64
	Compendio de la Geografía para uso de los niños , por D. Juan Miró; 8.ª	4
	Condesa de Charny , novela escrita en francés por Alejandro Dumas, traducida al castellano. Consta de dos tomos en folio y 64 magníficas láminas tiradas aparte.	60
	Código penal de España , cuarta edición microscópica, arreglada á la edición oficial reformada, con notas y observaciones prácticas y ampliación del apéndice, por D. Marcelo M. Alcubilla.	8
	Cuentos para la infancia , ilustrados cada uno con una lámina y seguido de una colección de máximas y consejos morales.	4
	Cosas del mundo! Galería burlesca de fragilidades humanas ; publicación eséncrica y divertida. Consta de un tomo, con su cubierta de color, impreso á dos columnas, y contiene 179 chistosas caricaturas. Entre los varios artículos escritos en prosa y verso, figura el que lleva por título <i>Los misterios</i>	

	<i>del mirinaque</i> , que tanto ha llamado la curiosidad del público. El precio es de 12 reales en toda España.	12
	Condesa de Monrion Segunda parte de LA LEONA ; cuarto prolongado, con siete finisimas laminas. Precio de toda la obra.	29
	Colección de instrucciones para la primera comunión , por I. B. Martín.	10
	Cantos del Trovador . Colección de leyendas y traducciones históricas, por D. José Zorrilla; tercera edición; 1 t. 8.ª	14
	Comentarios de Cayo Julio César , traducidos por D. Manuel Valbuena; segunda edición; 2 tomos en 4.ª	50
	Cartografía hispano-científica , ó sea los mapas españoles en que se representa á España bajo todas sus diferentes fases por D. Francisco Jorge Torres; 2 t. folio en holandesa.	40
	Código de las siete partidas , con el índice de las leyes y glosas del mismo, 4 t., folio.	200
	Colección de composiciones serias y festivas , por el Estudiante; octavo mayor.	20
	Colon , poema, por D. Ramon Campoamor, 8.ª	5
	Crónicas catalanas , Cain y Abel, por D. Ramon Berenguer, etc., 4.ª, láminas.	47
	Compendio elemental de	

	Rn.
arqueología por Castellanos; 5 ts. 8.	56
Compendio de economía política, por Rubi; 8.	10
Conversaciones familiares, por Carmentis (Timon), 2 tomos en 8.	28
Cuchilladas á la capilla de Fray Gerundio, por Soler; 1 t. 4.	12
Crestomatia griega, por Bernes de las Casas, en 4. de testo.	50
Cristobal Colon, historia popular, por Orellana; 4. laminas.	45
Conde de Lavernie (el), novela de Augusto Maquet, 1 t. folio menor, magnífica impresion, laminas en acero.	37

D

Diccionario de la rima, el más completo que se conoce; 1 t. folio.	52
de sinónimos de la lengua castellana, por Penalver; 1 t. folio.	40
manual latino-español, por D. Estéban Gimenez, corregido y aumentado de esta nueva edición; pasta.	24
del Notariado de España y Ultramar, por don Gonzalo de las Casas. Comprende: la legislación común de España é Indias que tienen relación con los contratos, actos é instrumentos sometidos por las leyes á la jurisdicción del Notariado.—La municipi-	

pal que sea de interés para los escribanos, secretarios de ayuntamiento.—Práctica general, así en lo escriturario como en las actuaciones gubernativas, civiles y criminales, en todas instancias y en todos los tribunales de los diferentes fueros.—La parte teórica de la paleografía general española.—Gramática y ortografía castellana.—Aritmética decimal y nuevo sistema legal de monedas, pesas y medidas.—Geografía: división territorial y la parte suficiente para poderse comunicar con todas las capitales, cabezas de partido y pueblos del reino y Ultramar, á cuyo fin irá espresada la provincia, audiencia, distrito, diócesis, capitania general á que cada uno corresponda.—Y por último, la estadística general del Notariado, y sus actuales instituciones y privilegios; 10 ts. folio.

Diccionario filosófico de la Religión, en que se prueban y se establecen todos los puntos de la religion combatidos por los incrédulos de nuestros tiempos, y se responde á sus objeciones, por el Abate Nonnote; obra sumamente recomenda-

	Rn.
dada por San Alfonso de Ligorio; 3 t. 8.	50
Diccionario manual castellano-latino nuevamente arreglado para el uso de los estudiantes, con gran aumento de voces que no se hallan en la obra de <i>Requejo</i> , por D. Pedro Reines y Solá; 1 tomo en 4.	16
Deberes (de los) y espíritu de los eclesiásticos para uso de los seminaristas, por Antonio Ricardi; 1 t. 8.	16
Despertador eucarístico, por Contreras, con laminas; 1 t. 18.	6
El mismo aumentado con el <i>Despertador del alma descuidada</i> ; 1 t. 12. con laminas.	12
De la imitación de Cristo y menosprecio del mundo, compuesto por el V. Tomás de Kempis; 8.	6
De immaculato B. V. Mariæ conceptu an dogmatico decreto defluere possit <i>disquisitio theologica Joannis Perenne Societate Jesu in Coll. Rom. Theol. Prof., accurante D. D. Emmanuele Jacobo Moreno, presbitero et baccalario theologo</i> . Esta interesante obra está dedicada por el autor á Su Santidad Pio IX y aumentada por el editor español con notas y documentos relativos á la antigüedad de la devoción de los españoles á	

	Rn.
la Santísima Virgen en el misterio de su Concepcion Inmaculada. Consta de un tomo en 8. marquilla de 400 páginas, de hermosa y esmerada impresion.	10
Dad al César lo que es del César, pero dad tambien á Dios lo que es de Dios, ó sea la disertación sobre la potestad reguladora de la disciplina eclesiástica, por el abate <i>Zacaria</i> , de la Compañía de Jesus. Esta obra es de interés actual, hoy día en que el llamado regalismo invade osadamente los dominios de la autoridad eclesiástica; 1 t. en octavo marquilla.	10
Devoción al Sagrado corazón de Jesus; obra escrita en francés por el piadoso cartujo <i>Higuid de Monteuart</i> , traducida por primera vez al español y aumentada con varias oraciones y noticias de la <i>Coleccion romana</i> ; novena al Corazón de Jesus y al de Maria, gozos, versos, etc., de modo que forma un <i>Manual completo</i> de los devotos de los Sagrados Corazones; 1 t. 8. marquilla.	10
Dama de las perlas (la), por Dumas (hijo), 4. laminas.	24
Dama de las camelias (la), por Dumas, (hijo) 4. laminas.	18

	Rn.
De la ruina á la fortuna (ó el sitio de Maestrik), lindísima novela histórica original, por el Peregrino, 4.ª láminas.	18
Don Juan de Serrallonga, por Balaguer, 4.ª láminas.	42
E	
Educación de las doncellas, por Fenelon; 1 tomo en 8.º, de gran lujo con portada y orlas de oro y colores, encuadernado en tela con plancha de oro.	16
Elementos de economía fiscal, ó sea la ciencia de la hacienda en general, aplicable á todos los pueblos, épocas é instituciones, por Pasaron y Lastra; 1 t. en 4.º.	20
Esplicaciones históricas elementales del derecho romano, por D. Antonio Varela Stolle, del ilustre colegio de esta corte; 1 t. en 4.º.	20
El honor castellano. Novela histórica original de D. José M. Amado Salazar; 1 t. en 4.º.	12
Estudio sobre la elocuencia sagrada, por don Manuel Muñoz y Garnica; 3.ª edición aumentada con notas del autor; 1 t. en 8.º.	20
El amigo del pecador, sacado de las obras de San Alfonso Ligorio y del Beato Porto Mauro, por D. José Pinós.	6

	Rn.
Espíritu y práctica de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Obra escrita en francés por el piadoso cartujo <i>Rigaud de Montenart</i> , traducida por primera vez al español y aumentada con varias oraciones y notificaciones de la <i>Colección romana</i> ; Novena al Corazón de Jesús y al de María, gozos, versos, etc., de modo que forma un <i>Manual completo</i> de los Sagrados corazones; 1 t. en octavo marquilla.	10
Emanuel, ó remedios para todos nuestros males, por el abate <i>Martinet</i> ; obrita moderna recomendada por el reverendo obispo de Annecy; 1 t. 8.º marquilla.	10
El Padre nuestro meditado, ó trece esplicaciones de la oración dominical, adaptadas á los principales ejercicios de la vida cristiana, por don Gerónimo Sendra, presbitero; 1 t. 4.º con 14 láminas.	50
Emilia Paula, ó Roma en la época del emperador Nerón, por A. Barcille; obra del género de la <i>Fabiola</i> , traducida por los redactores de la <i>Razon católica</i> ; 2 t. 4.º mayor con láminas.	52
El hilo del destino. Novela original española. Edición de lujo con profusión de láminas por se-	

	Rn.
parado; 1 t. 4.º marquilla.	52
El mentor piadoso y semanario de lecturas morales y religiosas para fijar la mente en los diversos actos del día, por el D. D. Calvo y Rochina; 8.º.	4
Ejercicio de perfeccion y virtudes cristianas, por el V. P. <i>Alonso Rodriguez de la Compañía de Jesús</i> .—Estas obras son tan conocidas y apreciadas, así de las personas religiosas que moran en el claustro, como de las que en el siglo aspiran á perfeccionarse en la virtud, que creemos escusada toda recomendación. Diremos únicamente que en esta nueva y hermosa edición en 4.º á dos columnas, se hallan traducidas la multitud de citas latinas que se hallaban intercaladas en el texto, sacándolas además al pié de las plenas para los que quieran consultarlas. De este modo se hace más fácil la lectura y pueden aprovecharse de ella toda clase de personas, aun cuando no entiendan latin.—Consta de dos tomos, que contienen 155 pliegos en 4.º marquilla á dos columnas de letra muy clara: su precio.	36
El ángel del hogar. Obra	

	Rn.
moral y recreativa dedicada á la mujer y escrita por la señora doña María del Pilar Sinués de Marco; 2.ª edición corregida, aumentada é ilustrada con láminas aparte del texto; 1 t. en 4.º.	42
El domine Lucas. Enciclopedia pintoresca universal, en folio, con profusion de grabados, obra chistosísima.	40
Elementos de moral, destinados á la lectura del pueblo, por Renevard, octavo.	8
Ensayos sobre el arte de la declamacion, por Barroso, 8.º.	16
Especulo, leyes para los adelantados mayores.—Leyes nuevas.—Ordenamiento de las Taurinas.—Ordenanzas reales de Castilla.—Leyes de Toro, 1 t. folio.	50
Estilo general de cartas ó secretario universal, 16.º.	4
Espíritu moderno ó sea carácter del movimiento contemporáneo, por Sixto Cámara, 8.º.	40
Estudios sobre la historia de las instituciones, literatura, teatro y bellas artes de España, por Viardot, 4.º.	16
Espanoles pintados por sí mismos, 2 t. 4.º, con multitud de láminas, primitiva edición.	80

F
Filosofía social, discursos pronunciados en el Ateneo científico y literario de Madrid, por D. José Ramón Leal, 4.º 22

G
Guía de alcaldes y ayuntamientos, o sea recopilación metódica, en que se consignan cuantos deberes y atribuciones competen á los alcaldes y ayuntamientos, con arreglo al texto literal de las leyes vigentes, y á la práctica seguida por el ayuntamiento de Madrid, por D. F. Jorge Torres; 2 t. 4.º 26

Granada: poema oriental precedido de la leyenda de Alhambra, por D. José Zorrilla; 2 t. 4.º, magnífica edición 60

Guerra de Italia: obra ilustrada con magníficos grabados representando acciones, batallas, sitios, desembarcos, vistas, retratos, uniformes, etc. redactada con presencia de numerosos documentos oficiales y correspondencias particulares, por D. G. Petano y Mazariegos; 4 t. folio 20

H
Historia general de la Iglesia, desde la predicación de

los apóstoles hasta el pontificado de Gregorio XVI; obra escrita en francés por el Abate Berault-Bercastel, canónigo de Noyon, corregida y continuada desde el año 1719 en que la dejó su autor, hasta el año 1845, y adornada con importantes disertaciones por el Barón Henrion, comendador de la orden de San Gregorio el Grande, caballero de la Real orden de San Mauricio y San Lázaro, é individuo de la Academia romana de la Religión católica. Traducida al español, anotada en lo relativo á España, aumentada con un apéndice, continuándola hasta el año 1852, y enriquecida con importantes documentos.

Las numerosas ediciones que con la aprobación de la autoridad eclesiástica se han hecho en toda Europa, prueban el mérito relevante de esta obra.

Es también la más completa que se ha publicado hasta el día, y en ella se tratan con mucha estension cuestiones muy interesantes relativas á Iglesia de España.

Consta de ocho gruesos volúmenes de más de 900 á 1,000 páginas

cada uno, en folio menor á dos columnas, de letra clara y buen papel 200
Historia del antiguo y nuevo testamento, sacada de la que publicó Owerbeg, tercera edición mejorada y aumentada con cuestionarios, y con un pequeño catecismo cristiano, por Juan Llanch; 4 t. 8.º holandesa 14
 — del reinado de Carlos III en España, por D. Antonio Ferrer del Río, de la Real Academia española; edición de lujo, 4 ts. 4.º mayor 100
 — del Papa Leon XII, por el C. Artaud; 2 ts. 8.º marquilla 16
 — de la conquista de Méjico, con una reseña preliminar de la civilización antigua mejicana y la vida del conquistador Hernán Cortés, por Prescott; 4 tomos 4.º 76
 — del reinado de los reyes católicos D. Fernando y Doña Isabel, por Prescott; 4 ts. 4.º 100
 — razonada de la medicina de los tiempos más remotos hasta nuestros días: exámen de las doctrinas médicas y refutación de la homeopatía y del dinamismo vital, por el Dr. D. Pedro Mata; 2 ts. voluminosos en 4.º 60
 — de Grecia, por Victor

Duruy; 2 ts. 8.º mayor, tela 20
Historia de los franceses, por M. Lavallé y Lacroix, 8 ts. 8.º mayor, tela 80
 — de la Rusia antigua y moderna, por Romey y Jacobs; 2 ts. 8.º mayor, tela 20
 — de los soberanos pontífices romanos, por Artaud de Montor, ex-embajador de Francia en Roma; 9 t. 8.º mayor, tela 126
 — de los Girondinos, por Lamartine, ilustrada con 5 retratos grabados en acero, 4 ts. en 4.º 80
 — de la conquista del Perú, por Prescott; 2 tomos en 4.º, encuadernación de tafilete, corte dorado y planchas 60
 — de Alemania, por Kokschausch, 3 ts. 8.º 40
 — de Italia, por Zeller, 2 tomos 8.º, tela 20
 — antigua, por Guillemin, 2 ts. 8.º mayor, tela 20
 — romana, por Duruy, 2 tomos 8.º mayor, tela 20
 — de Portugal, por Bouchot, 1 t. 8.º, tela 40
 — de Inglaterra; 3 ts., 8.º, tela 30
Homilias sobre los Evangelios y epístolas de los domingos y principales fiestas del año, por Mr. Tiebaut, doctor en teología, antiguo superior de seminario.—Esta obra, tan importante

Rn.
para los párrocos y para los que se dedican al ministerio de la predicación, consta de 2 tomos en 4.ª marquilla á dos columnas, de letra clara, que contienen la lectura de más de 8 tomos en 4.ª regular. . . 60

Hijos del Pueblo (tos), sus conquistas, martirios, glorias, luchas, triunfos y merecimientos. Historia de 20 siglos, publicada con los manuscritos de un interés extraordinario que dejó inéditos el malogrado Eugenio Sue; espléndida edición y única traducción autorizada por el propietario y legatario universal el señor Barón de Chatre. Ilustrada con magníficos grabados en acero, 6 tomos 4.ª 104
Sigue abierta la suscripción á real la entrega.

I

Introducción á la vida devota de San Francisco de Sales; 1 t. 12.ª pasta. 7
Introducción á la historia moderna ó manual de literatura, retórica y poética, por Gil y Zarate, 8.ª mayor, de testo. 10
Italia, colección de cantos

Rn.
sobre la guerra de la Independencia italiana, escrita en idioma catalán, por D. Victor Balaguer, 4.ª 18
Inglés (los), tales como son, carácter, leyes, usos y costumbres del pueblo inglés y de todas sus extravagancias, por Bertran Soler, 4.ª, láminas. 12
Idea de la esfera ó principios de geografía astronómica, por Rome, 4.ª, rústica. 4

J

Jornada del cristiano, por San Bernardo; versión española por el presbítero Gonzalez Soto; un tomo en 8.ª de gran lujo, con portada y orlas de oro y colores, encuadernado en tela con planchas de oro. 18
Juego del tresillo, arte de jugarlo con sus leyes. . . 5
Jerónimo Paturót en busca de la mejor república; 4.ª rústica y con láminas. 37
Juan de Padilla, novela histórica, por Barrantes; 4.ª, rústica y con láminas. 40
Justicia de Dios, por Dumas (hijo), 1 t. 16.ª . . . 4

Continúa este Catálogo en las NUEVAS CONFIDENCIAS.

